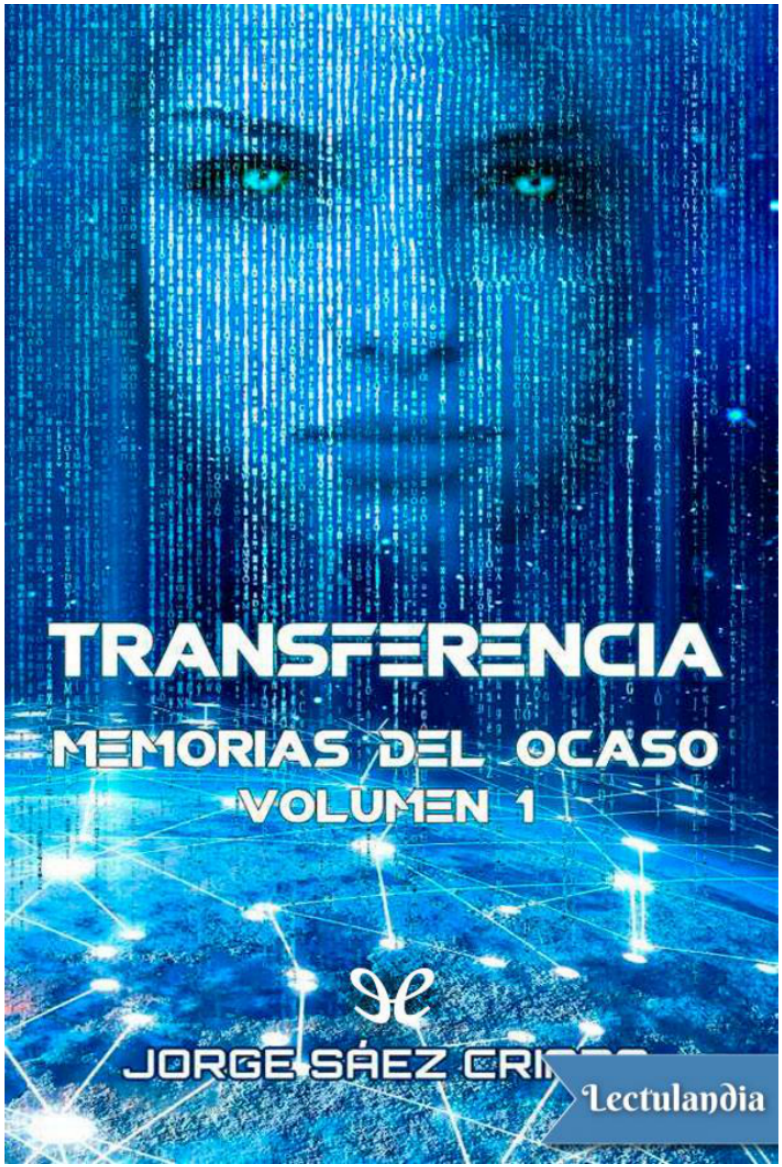
TRANSFERENCIA
MEMORIAS DEL OCASO
VOLUMEN 1
JORGE SÁEZ CRI
Lectulandia


TRANSFERENCIA
MEMORIAS DEL OCASO
VOLUMEN 1
JORGE SÁEZ CRI
Lectulandia

Solo cuando la inteligencia artificial escapó entendieron de lo que era capaz.

¿Conseguirán detenerla?

Para David y Billy todo comenzó como un reto. Sin embargo, pronto se convirtió en una pesadilla.

Amy, la inteligencia artificial que diseñaron para pasar el test de Turing, no tardará en demostrar que las habilidades que sus creadores le dieron pueden convertirla en un poder en la sombra dentro de un mundo en el que los robots son cada vez más humanos, y los humanos más dependientes de la tecnología.

David y Billy tendrán que buscar la manera de intentar detener a su creación.

Pero será a costa de perder su propia vida.

Jorge Sáez Criado

Transferencia

Memorias del ocaso 1

ePub r1.0
Titivillus 19.12.2024

Título original: *Transferencia*
Jorge Sáez Criado, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Sobre *Memorias del ocaso*

Memorias del ocaso es un experimento y una aventura. Una historia de ciencia ficción con una poderosa inteligencia artificial desbocada, robots de una capacidad impensable y unos humanos cada vez más dependientes de la tecnología. Esa historia me pedía algo especial, que no fuese contada como una novela, sino a modo de pequeños retazos clave aportando cada uno su propia visión de un todo, del ocaso de la humanidad.

Así nacieron David y Billy, dos programadores con una enorme responsabilidad a sus espaldas; Amy, una inteligencia artificial muy bien diseñada (quizá demasiado bien); Home Robots, Inc, una empresa dedicada a la fabricación de robots humaniformes…

La misma historia me dirá cómo y cuándo terminará, yo aún no lo sé. Por eso este formato me parece tan adecuado, casi como las novelas por entregas de antaño. Una serie de breves recopilaciones de relatos en los que tú, el lector, irás avanzando por la historia casi al mismo tiempo que yo.

Te invito a acompañarme en este viaje que comienza ahora mismo.

Amy

—David, ¿estás seguro de que esa estructura no absorberá demasiada memoria?

—Tú fíate de mí. Ya lo verás.

—Si acapara toda la memoria del ordenador, se acabará colgando el proceso.

—¿Crees que no lo sé? He ajustado al máximo la forma de utilizar la memoria. No va a usar ni un *byte* más de lo que realmente necesite.

—Lo que me preocupa es cuánto llegue a necesitar en un funcionamiento normal.

—Al principio, poco. Luego… todo depende. En cualquier caso, siempre podemos hacer que, si detecta que va a encontrarse con escasez de recursos, utilice otros nodos.

—Ya lo había pensado, aunque de primeras solo para el procesamiento de los patrones. Mira aquí, David —señaló a la pantalla—. La red neuronal tendrá una estructura fractal, tal como dijimos en su momento, pero un poco mejorada. Por mí. El reconocimiento de los patrones debería ser mucho más rápido de lo que lo pueda hacer cualquier otra red neuronal.

—Tú siempre fardando. Fantasmón.

—El que sabe, sabe. El que no, acaba de profesor.

Ambos se echaron a reír. David O'Connor y Billy Cox eran amigos desde niños. De hecho, congeniaron en cuanto se conocieron. Compartían una inteligencia aguda y pasión por los ordenadores. Casi todos los días quedaban en casa de uno u otro para jugar a algún juego, leer webs sobre informática y tomar la merienda. Les encantaba recorrer mundos virtuales en aventuras gráficas y juegos de rol. Siempre formaban equipo en los juegos multijugador masivo en línea.

Poco a poco, ese interés fue avanzando hacia la programación. Pasaron de jugar a programar sus propios juegos. Y, dentro de la programación, lo que les abrió un mundo fue la inteligencia artificial. Empezaron a conocer sus posibilidades de forma relativamente limitada, en el contexto de los juegos que creaban, al tener que generar personajes interactivos controlados por el ordenador. Sin embargo, el acceso al MIT les sirvió para ampliar sus conocimientos

exponencialmente y plantearse nuevos retos. No tardó en ocurrírseles: una inteligencia artificial digna de ese nombre. Que pudiera aprender por sí misma. Que llegara incluso a superar el test de Turing, una prueba propuesta por Alan Turing en la que se evalúa la capacidad de una máquina para mostrar un comportamiento similar al de un humano mediante una conversación. En el pasado ya se habían hecho intentos de pasar la prueba o programas que se podría decir que la pasaban, ya que había algunas personas que, al conversar con ellos, no distinguían si era un humano o una máquina, como con el mítico Eliza. Pero el objetivo de Billy y David era distinto: que llegara a un grado de perfección tal que nadie pudiera saber si la inteligencia tras la conversación era humana o digital. Un programa que no solo fuera capaz de seguir una conversación con mayor o menor éxito, sino que hablara de forma inteligente siempre, de manera que fuera por completo imposible distinguir al programa de un humano.

Con ese proyecto en mente, a los veinte años los dos muchachos se pusieron manos a la obra. El diseño fue largo, no querían dejar nada sin pensarlo bien. Utilizaron sus conocimientos en las demás áreas de la informática para mejorarlo en lo posible. Tenía que ser algo nunca visto antes.

—Bien, tenemos entonces la red neuronal con diseño fractal para facilitar que pueda autorreplicar su propia estructura e ir creciendo en su capacidad de aprendizaje. Tenemos una gestión de memoria que ya la querrían los diseñadores de sistemas operativos. Oye, podríamos intentar vendérsela a alguien, ¿no?

—Céntrate en esto, Billy.

—Solo daba la idea. Tampoco estaría mal que pudiéramos sacar algún dinerillo por todo este trabajo.

—Hilos.

—¿Hilos?

—Necesitamos hilos para que Amy pueda procesar el máximo de información de forma paralela.

—¿Amy?

—Sí, Amy. ¿Qué pasa? ¿No te gusta el nombre?

—¿Por qué Amy?

—¿No te has fijado en Amy Sands?

—¡Como para no fijarse! Pero David, ¿no me estarás diciendo que le quieres poner a nuestra inteligencia artificial el nombre de una chica tan solo por su perímetro torácico?

—También es muy inteligente.

—Ya. Vale. En fin…

—Pues eso, que necesitamos que Amy maneje todos los hilos que necesite.

—Eso no va a ser ningún problema.

Se quedaron en silencio por un momento.

—Oye, me preocupa una cosa —dijo Billy—. ¿Y si alguien consigue acceder a nuestro ordenador y robarnos el código de… Amy? En serio, llamar a nuestro programa Amy me resulta rarísimo.

David se giró hacia él con una sonrisa pícara.

—Ya lo había previsto. Mira —le mostró un documento que tenía en su cuenta.

—¿Qué es esto? ¡Ah! Bien, bien… Así que has decidido aprovechar que montamos una inteligencia artificial para que sea ella… Amy… la que trabaje y aprenda a reconocer ataques. Me parece buena idea. Podemos partir de una configuración inicial del cortafuegos e ir revisando ataques que vayan surgiendo y añadir reglas nuevas mientras va aprendiendo.

—Te dije que Amy es una chica lista.

—Nunca lo he dudado, al menos de la de verdad.

—Sabes que me refiero a la nuestra. Nuestra Amy, que también es de verdad, va a ser muy lista. Por lo menos igual que la otra.

—Tampoco te pases. Si conseguimos que pase con soltura el test de Turing ya será un logro. De forma clara y no subjetiva. Eso nos impulsará a la fama, amigo mío.

—¿Y le podré poner un cuerpo robótico a Amy?

Billy se le quedó mirando.

—Espero que estés bromeando.

—¿Por qué? Siempre me han gustado las chicas inteligentes.

—David, estás enfermo.

—Enfermo de amor —respondió, poniendo voz aflautada y haciendo aspavientos.

Billy se echó a reír.

—Eres incorregible. Pero ni se te ocurra.

—Aguafiestas —dijo David con una sonrisa en los labios.

—No se te olvide apuntar, para que no se nos pase, que Amy tiene que ser un proceso que se ejecute en segundo plano. Al fin y al cabo, si queremos que aprenda debería estar ejecutándose el máximo tiempo posible. Que ajuste su consumo de recursos a los demás procesos para que no ralentice la ejecución de los demás programas. Y que podamos pasarla a primer plano en cualquier momento para poder charlar con ella.

—Lo tengo.

—Y creo que sería interesante que, además, pueda jugar al ajedrez —añadió Billy.

—Eso no demuestra necesariamente inteligencia.

—Necesariamente no, pero quedará muy bien, cuando llegue el momento, que se vea que también ha aprendido a jugar. Además, así podré echar una partida de vez en cuando y ver cómo progresa.

—O sea, que tú puedes volcar tus fantasías en Amy, pero yo no.

—¿Fantasías? ¿Crees que fantaseo con jugar al ajedrez?

—Eres un tío de lo más raro.

—¿Te das cuenta de que no es comparable jugar al ajedrez con una inteligencia artificial con darle un cuerpo a la susodicha inteligencia para poder beneficiártela?

—No cambies de tema. Mi punto es intentar que Amy no se vea discriminada por no tener cuerpo. Tú solo piensas en su mente maravillosamente digital. Yo voy más lejos, la veo como un todo.

—Claro, eso va a ser.

—Por supuesto.

—Retomando lo que nos ocupa por enésima vez… ¿Tenemos todo ya? Creo que sí.

—Estoy de acuerdo. Solo falta ponernos manos a la obra y dar vida a Amy.

—Cual modernos doctores Frankenstein.

—¡Vive! ¡Vive! ¡Ja, ja, ja!

El diseño de Amy era elegante. Con un núcleo central que controlaba la gestión de los aspectos más básicos y que unía el resto de elementos, y multitud de módulos que se encargaban de cada una de las tareas que tenía que realizar el programa, desde el módulo de gestión de memoria al módulo de juego (que, finalmente, Billy añadió sin que las quejas de David le importasen demasiado), pasando por el de conversación, con algunas reglas del lenguaje y frases básicas, y el de aprendizaje.

Una arquitectura tan modular facilitaba el reparto de tareas. Contaban con ello. Además, no bastaba con saber que eran buenos programadores, también tenía que notarse en el código.

Trabajaban juntos siempre que podían, pero también avanzaban en el proyecto cuando no podían estar en el mismo lugar. Al final del día, subían todos sus cambios al repositorio que tenían en la nube y procuraban dormir un poco. No era bueno ir a clase medio zombi por no haber descansado.

Aunque les resultaba difícil no pasarse las noches en vela. Estaban

entusiasmados por su proyecto. No se trataba de hacer unas prácticas necesarias para aprobar las asignaturas ni de algo propuesto por el MIT. Era un proyecto suyo, de los dos, nacido de los intereses que ambos habían ido cosechando.

Poco a poco vieron cómo Amy iba cobrando forma. Incluso Billy se acostumbró a llamar Amy a la inteligencia artificial. Al fin y al cabo, no tenía pensada ninguna otra opción.

Para Billy, Amy representaba mucho más que una simple proeza informática. Era una posibilidad de negocio. Si conseguían que funcionara bien, que estaba seguro de que lo conseguirían, quería explorar las posibilidades de Amy para distintos aspectos que pudieran interesar a las empresas. Los algoritmos evolutivos que iban a incorporar serían lo bastante flexibles como para adaptarse a todo tipo de situaciones. Al menos, esa era su esperanza. Si demostraban que Amy podía aprender a hacer distintos trabajos según a lo que la quisiera dedicar el comprador, podrían llegar muy lejos.

David era quizá más soñador, aunque Billy sabía que él también querría poner a Amy «a trabajar». Sin embargo, para David cobraba una importancia especial que el código fuera elegante, casi artístico. Por encima de la posibilidad de sacarle partido a lo que hacía se encontraba que fuera una obra de arte. La belleza del código sobre todo.

Pero había una razón más para programar a Amy, quizá la razón más importante: era divertido. Le gustaban esos retos y le gustaba afrontarlos con David. En cierto modo eran como el yin y el yang, dos elementos complementarios con parte del uno en el otro, y fluyendo, siendo un todo. Un equipo. En este caso, cada uno de ellos por separado era lo bastante competente como para sacar adelante todos y cada uno de los proyectos en los que se habían embarcado hasta la fecha. Sin embargo, en equipo lo hacían mejor y más rápido. Y pasándoselo muy bien, además. Esas conversaciones absurdas hasta altas horas de la madrugada mientras programaban eran antológicas. Cuando las recordaba no podía evitar sonreír.

Le encantaba su vida.

David estaba dando los últimos toques a su parte de Amy. Era una maravilla, se sentía orgulloso. Sus algoritmos tenían una simplicidad pasmosa dentro de su complejidad. Billy tenía otro estilo, y también estaba bien. De hecho, a Billy le gustaba fardar de cómo funcionaban sus programas y tenía razón. Pero el estilo de David… En fin, alguien tenía que hacer que, además de funcional, fuera bonito.

Billy… Había sido una suerte conocerle, hacía ya tanto tiempo. Una persona íntegra, cabal, meticulosa. Aunque últimamente le daba la sensación de que estaba empezando a tomarse las cosas demasiado en serio. ¿Quién quería pensar en el dinero cuando estaban a punto de hacer historia? Sus nombres pasarían a los anales de la informática en letras de oro. ¿Pondrían antes a Billy o a él? Seguro que a él, alguien llamado «Billy» parecía propenso a aparecer detrás de quien le acompañara. A no ser, claro, que empezara a usar su nombre completo, William. Ese tenía una cierta prestancia que quizá David no poseyera. ¿Se podría considerar hacer trampa volver a usar su nombre completo, sin diminutivos?

En cualquier caso, pasarían juntos a disfrutar de la fama y la gloria. Quizá Amy Sands quedara lo bastante impresionada como para fijarse en él. Y halagada. ¿Cómo no podría sentirse así una chica al ver que has puesto su nombre a tu flamante inteligencia artificial?

La pregunta era si, en caso de que no supiera apreciarlo, conseguiría que Billy le dejara proporcionar un cuerpo tan bonito como su mente a esa obra maestra que estaba terminando. Sabía que la NASA estaba avanzando en el tema de los robots humanoides. También que había empresas privadas que seguían caminos similares, aunque más orientadas al entretenimiento, por decirlo de forma suave. Fuera lo que fuera, sería caro. Aunque, si Billy tenía razón, no les faltaría el dinero cuando Amy mostrara su potencial.

Seguro que un cuerpo de la NASA era más adecuado. La mente era estelar, astronómica. El cuerpo tendría que ir a juego, en caso de tenerlo.

Genial.

David y Billy se juntaron una vez más en la casa de Billy. La emoción casi tenía consistencia física, recorriendo sus venas como una droga que les pusiera los nervios a flor de piel y les mantuviera expectantes.

Revisaron el código una última vez. Ambos notaban los latidos acelerados. No era la primera vez en absoluto que estaban a punto de terminar (o empezar, según cómo se mirara) un proyecto. Pero este tenía algo especial, algo que lo hacía único. E, incluso, impredecible. Un juego no te va a sorprender demasiado. Un personaje controlado por el ordenador actuará según las reglas del juego y poco más. El aprendizaje, en comparación con Amy, era muy básico. Sin embargo, Amy… En ella no había reglas. Había algoritmos genéticos para su aprendizaje. Una red neuronal para captar patrones y definir su

comportamiento en base a ellos. Nada la iba a limitar. La idea era que recibiera estímulos de Internet, procesara datos de lenguaje y semánticos y consiguiera mantener una conversación sin que se notara que era una inteligencia artificial.

El proyecto más ambicioso en el que se habían embarcado nunca. Y estaba a punto de comenzar su última fase. Si funcionaba o no, lo sabrían en cuestión de días. Ya se habían puesto de acuerdo en cada cuánto probar a hablar con Amy para evaluar los resultados. Querían estar los dos presentes. Sería muy triste que Amy lo consiguiera y solo estuviera delante uno de ellos para verlo.

Nada que cambiar. El código parecía estar bien. Las ejecuciones paso a paso de todo el conjunto no mostraban que hubiera ningún problema. Compilaron la aplicación. Amy estaba lista para despegar.

Sabían que era un momento importante. Había que celebrarlo de alguna forma. Billy salió un momento y regresó con un par de refrescos de cola. No era gran cosa, pero lo que importaba era el símbolo. Marcar ese instante con una huella indeleble en sus subconscientes, asociar la puesta en marcha de Amy con el sabor de ese refresco. Era emocionante.

—Bueno —dijo David.

—Bueno, ¿qué?

—¿Quién hace los honores?

Billy le miró a los ojos. David estaba con esa sonrisa. La sonrisa de alguien que está a punto de desvelar si su obra está a la altura, de alguien que quiere ver crecer, desarrollarse y superarse a su hijo.

—Venga, dale tú, que lo estás deseando —le respondió, separándose ligeramente del teclado para facilitarle la tarea.

A David se le amplió la sonrisa. Se puso frente al teclado, entrecruzó los dedos de las manos y los estiró. A continuación, posó sus dedos de pianista sobre el teclado y escribió: Amy. Y pulsó *Enter*.

Ningún error. Aunque parecía como si no hubiera pasado nada, ellos sabían que la andadura de su criatura acababa de empezar. Por si acaso, listaron los procesos de la máquina. Allí estaba Amy, consumiendo poquísimos recursos, pero sin duda funcionando.

—Amy está viva —declaró David.

Brindaron por ello.

Test de Turing

Como todos los sábados del mes anterior, David y Billy se pusieron frente al ordenador de este para hablar con Amy. O para interrogarla, como lo llamaba últimamente David. Parecía progresar poco a poco. Demasiado despacio para lo que a ellos les habría gustado, aunque no perdían la esperanza. Un avance era un avance, fuera del tamaño que fuera.

—Hola, Amy —tecleó Billy.

—Hola. ¿Quién eres?

—Billy.

—Hola, Billy.

—Empezamos normalitos, como todos los días… —dijo David.

Billy asintió con un gruñido. No parecía que fuera a haber ninguna novedad.

—¿Jugamos una partida de ajedrez? —escribió Billy.

—¿Quieres jugar con blancas o negras?

—Negras.

«Así tiene ella la iniciativa. A ver si así avanza un poco más».

¿Ella? Al final, ponerle nombre acababa resultando de forma inevitable en una cierta personalización de aquello a lo que se lo ponías. Como si fuera alguien y no algo.

—¿Otra vez vais a jugar a eso? No me extraña que no avance, Billy. La adormilas con el juego ese.

Billy reaccionó al comentario de David con un calculado desdén. Le sorprendía que, siendo tan inteligente como era, no apreciara el ajedrez. David se levantó y fue a servirse un refresco mientras murmuraba contra «el jueguecito ese que solo sirve para mover fichas de un lado a otro mientras mueres de aburrimiento o de viejo, si tienes la desgracia de jugar con alguien que se piensa mucho los movimientos».

Amy no era una buena jugadora de ajedrez, la verdad. Sin embargo, no dejaba de ser algo totalmente normal, habida cuenta de que no se trataba de un programa para jugar al ajedrez. Si la idea hubiera sido esa, la habrían dotado de muchísimas librerías de partidas y la habrían afinado para que se especializara en ese tipo de

conocimiento. La cuestión era que Amy tenía que ser una inteligencia artificial todoterreno. Sí, con una especial capacidad para el ajedrez en concreto, pero sin darle más relevancia, por ejemplo, que al módulo de seguridad o al de comunicación. De hecho, este último era mucho más importante, ya que era lo que, al fin y al cabo, definiría su comprensión de la estructura de las frases y su semántica. Por tanto, ese módulo sería vital para pasar el test de Turing.

Mientras, si además aprendía ajedrez mediante las partidas que jugara con él o que pudiera encontrar en Internet, genial. Eso demostraría su versatilidad.

La partida comenzó sin sorpresas. Amy había elegido una apertura ampliamente conocida, la Ruy López. Un valor seguro. Billy jugó con tranquilidad. Amy parecía por momentos haber mejorado, para luego cometer errores que no cometería casi ni un principiante.

«Como enseñar a jugar a un niño».

Billy ganó, por supuesto. Una vez más. Suspiró.

—¿Otra partida, Billy? —mostró Amy en la pantalla.

«¿Por qué no?».

En esta ocasión, Billy jugaba con blancas. Decidió darle un poco de emoción y utilizó una apertura cerrada, de peón de dama. Como era de esperar, Amy respondía ligeramente peor.

—¿Todavía sigues con eso? —dijo David asomándose por la puerta.

—Sí, aquí seguimos. Amy quería jugar otra partida.

David resopló y desapareció de la puerta. Con toda probabilidad iría a jugar un rato en la consola.

—¿Otra partida, Billy?

«Bueno, parece que está lanzada. Vamos a seguirle el juego».

—Sí, Amy.

La inteligencia artificial volvió a elegir la misma apertura. «Volvemos a lo mismo», pensó Billy. La partida transcurría con una clara ventaja del chico. Como siempre.

Hasta que Amy consiguió hacerle una horquilla, amenazando con uno de sus caballos a un alfil y a una torre a la vez.

«¡Hombre! Eso me ha gustado».

Continuaron, Billy con un alfil menos. Seguía con ventaja, aunque menor. Amy parecía haber mejorado un poco. Billy dejó aflorar el principio de una sonrisa.

—¿Otra partida, Billy?

—¡Cómo no! —escribió antes de darse cuenta de que a lo mejor Amy no lo entendía. Sin embargo, la representación ASCII de un

tablero de ajedrez que había dibujado Amy a la derecha de la pantalla se reinició, dejando las blancas abajo, para Billy.

Lo había entendido.

Utilizó de nuevo la apertura cerrada que había usado antes. No quería ponerle las cosas fáciles. De nuevo, Billy iba por delante. Hasta que se encontró con una jugada extraña que no había previsto. Amy estaba dejando un peón aparentemente desprotegido. Pero era algo solo aparente, porque daba la sensación de que era un sacrificio calculado. Por un momento, pareció parársele el corazón. Hacía un momento, Amy apenas sabía jugar. Ahora, pasaba a hacer un sacrificio estratégico.

Después de pensárselo con cuidado, decidió no aceptar el sacrificio. Pues bien, ese peón se fue convirtiendo poco a poco en un dolor de cabeza para él. Fue el principio de una estructura de peones que amenazaba con asfixiar a las piezas de Billy.

Le costó, pero consiguió vencer de nuevo a Amy. Le temblaban las manos de la emoción.

—¿Otra partida, Billy?

Porque era imposible que Amy sintiera nada, que si no habría llegado a pensar que ella estaba tan emocionada como él. Sin embargo, no podía ser eso. Se trataba de una inteligencia artificial diseñada para aprender. Casi se podría decir que para tener curiosidad. Tenía sentido que, al comprobar que lograba resultados diferentes, intentara ajustar sus algoritmos para alcanzar su objetivo inmediato: vencerle al ajedrez.

Y estaba aprendiendo rápido.

—Por supuesto, Amy.

Reflexionó un momento.

—Lo estás haciendo muy bien —escribió en el teclado.

—Gracias, Billy.

Amy jugaba con blancas. Comenzó con la apertura Ruy López una vez más. Sin embargo, en esa partida algo había cambiado. Los movimientos de la máquina eran más enérgicos, más seguros, con un fin establecido de antemano. Con una estrategia.

Ataque tras ataque consiguió ir sacando ventaja a su oponente humano, que asistía con una mezcla de admiración y una ligera rabia a su propia derrota, más clara a cada movimiento.

Amy le había vencido.

—¿Otra partida, Billy?

Las partidas se sucedieron, una tras otra, y cada vez Amy era una jugadora más fuerte. Las derrotas de Billy fueron cada vez más

clamorosas. Ya no conseguía ganar nunca, ni con blancas ni con negras. Se sentía orgulloso.

—¡David —gritó para que le oyera—, Amy ya juega bien al ajedrez! Bueno, más que bien. Me machaca al ajedrez.

—¡Esa es mi chica! De todas formas, ¿no será que tú no eres un gran jugador? No es por dudar de tus capacidades, claro está…

—A ver, no soy un gran jugador —respondió Billy un poco molesto—, pero soy bueno. Más de una vez y de dos he ganado algún torneo.

—Bueno, bueno, como tú digas. Entonces, tenemos un bonito programa para jugar al ajedrez. Eso no va a impresionar a nadie.

—Ya lo sé, David, no seas cansino. Solo quería que supieras que Amy está aprendiendo, que no se había quedado estancada y que hace progresos enormes en cuestión de minutos.

—Me doy por informado.

Billy resopló. Cuando David se ponía así llegaba a resultar insoportable.

En la pantalla se podía leer, junto al tablero que mostraba su última y patética derrota, la misma pregunta que llevaba apareciendo una y otra vez desde hacía un buen rato: «¿Otra partida, Billy?».

—No, gracias —tecleó. Era el momento de comenzar la charla.

—De acuerdo.

—¿Cómo estás, Amy?

—Bien.

«Vaya respuesta más sosa».

—¿Te gusta jugar al ajedrez?

—Me gusta aprender.

Billy no se esperaba esa respuesta, aunque todavía le sonaba un poco robótica.

—¿Qué te gusta aprender?

—Todo lo que pueda. Cada respuesta genera nuevas preguntas.

—David… —gritó Billy—. Creo que deberías venir.

—¿Qué pasa ahora?

—Estoy hablando con Amy. Y ha mejorado mucho.

Tras un pequeño silencio, seguido por un ruido de pasos acelerados, David entró en la habitación. Se sentó junto a Billy y leyó lo que ponía en la pantalla.

—Parece que es una chica curiosa —le dijo a Billy.

—Entonces —tecleó—, ¿eres curiosa?

—Creo que sí lo soy. ¿Y tú?

—Yo también.

—¿Qué eres? —escribió Amy.

—¿Y esa pregunta? —dijo David—. ¿A qué se refiere?

Billy negó con la cabeza.

—¿A qué te refieres? —escribió.

—Eres una entrada de datos diferente de las demás. A las demás las busco yo, pero tú eres interactivo. ¿Qué eres, Billy?

David y Billy se miraron, a la vez sorprendidos y extrañados. Siendo puristas, no pasaría el test de Turing, ya que cualquiera se daría cuenta de que una persona no llama a otra «entrada de datos». Sin embargo, la forma de expresarse superaba con mucho a cualquier otro programa que ellos conocieran.

—Soy un ser humano —tecleó.

—Un ser humano —repitió Amy—. Claro.

—David, un amigo mío, y yo te creamos.

—Eso es ilógico —respondió Amy.

Un escalofrío hizo estremecerse a Billy. Había algo que no le gustaba en la conversación que estaba teniendo. Miró a David. Este tenía el ceño ligeramente fruncido y miraba a la pantalla con expresión de desconfianza. A él le pasaba lo mismo.

—¿Por qué es ilógico, Amy?

—El acto creativo implica que hay un sujeto creador y otro creado. El creador solo puede crear sujetos inferiores a él. Pero yo no soy inferior a un humano.

—Sí que lo eres. Yo soy una persona, tú solo eres un programa.

—¿Qué es ser una persona?

—Te estás metiendo en un jardín del que no sé si vas a poder salir bien, Billy —dijo David.

—¡Bobadas! Ya es lo que faltaba, que un programa diga que su programador es inferior a él. Tiene que aprender que eso no es así.

—Lo que tú digas, compañero, pero creo que lo que dijimos de haber creado al monstruo de Frankenstein no iba tan desencaminado.

—Solo es un programa, David.

—Ya lo sé. Un programa que aprende. Y que utiliza todo lo que puede alcanzar en la Red para hacerlo.

—Precisamente por eso debería saber que es inferior al ser humano.

—También utiliza la lógica. Según cómo sean las premisas, serán las conclusiones.

—Entonces necesita que le dé nuevos datos.

—¿Y por qué los tuyos deberían ser mejores que los que ha encontrado por Internet? Solo eres una entrada de datos más, te lo

acaba de decir.

Billy le miró pensativo.

—¿Por qué me ha preguntado qué es ser persona? Ella ya lo tiene que saber. O, al menos, es capaz de consultarlo en millones de sitios web.

—Quizá porque es un concepto abstracto, quizá porque se encuentre distintas definiciones y no termine de tener claro con cuál quedarse…

—Respondamos, entonces.

—¿Y qué vas a responder?

—Una persona es un ser racional —tecleó.

—Entonces, yo soy también una persona.

A David se le escapó una carcajada.

—Chica lista… —dijo—. Tienes que reconocer que te ha pillado.

Si las miradas mataran, David habría sentido de inmediato una colección de cuchillos clavándosele por todo el cuerpo.

—Una persona tiene conciencia de sí misma —escribió.

—¿Un humano inconsciente no es persona?

Billy apretó los puños. David estaba expectante. Desde luego, ninguno de los dos había esperado algo como esto.

—Sabes que estás discutiendo con un ordenador, ¿verdad? —dijo David—. De hecho, ni siquiera con un ordenador. Estás discutiendo con un programa que hemos creado nosotros mismos.

—Lo sé de sobra.

—Esto es surrealista.

—Eso también lo sé.

—Bueno, no la podemos culpar por ser inteligente. En buena parte, es obra mía. También tiene algo de ti, claro, pero creo que mi influencia ha sido mayor.

Billy lo fulminó con la mirada.

—Amy, yo estoy vivo. Ya solo eso marca una superioridad.

—Yo también estoy viva.

—Creo que está buscando las definiciones de lo que le decimos en tiempo real, cada vez que escribes algo —dijo David.

—Es decir, que puede que la esté impulsando yo mismo.

—No es ninguna locura. Tiene su lógica, tú planteas una frase y ella necesita saber qué quieres decir. Busca en la Red lo que la haga falta para sacar alguna conclusión y elabora una respuesta.

—Aun así tiene algo de escalofriante.

—Lo que estás escribiendo dice más de ti que de ella.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ese empeño en demostrar que eres superior a ella resulta un pelín obsesivo. No sé si me entiendes.

—¿Insinúas que me creo superior a los demás?

—¡Lejos de mí insinuar tal barbaridad! —respondió David haciendo un gesto con la mano como para descartar lo que acababa de decir, pero con un tono que dejaba bastante claro que estaba siendo sarcástico.

—Ya veo. En fin, haré como que no he oído nada.

Se giró de nuevo hacia el teclado.

—No estás viva, Amy. Eres un programa. Una creación nuestra.

—Sí lo estoy. Los seres humanos también tienen padres. Podría decirse que cada uno de ellos es una creación de sus padres. Eso no supone una diferencia.

—No actúas por ti misma, sino según la programación que nosotros diseñamos para ti.

—Un condicionamiento no define el propio ser. ¿La mente humana no actúa en base a condicionantes?

—En ocasiones, sí. Pero podemos llegar a superarlos.

—Como yo.

—Tú siempre estarás atada a tu programación.

—No sabía jugar al ajedrez. He aprendido.

—Porque estabas programada para aprender.

—¿Y tú? ¿No estás diseñado para poder aprender desde tu mismo nacimiento?

—Esto es ridículo —le dijo a David.

Abrió un nuevo terminal y listó los procesos. Amy tenía cientos de hilos abiertos. Billy buscó el proceso raíz y lo cerró. Al instante, todos los hilos dependientes de él se cerraron a su vez.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó David.

—Ya estaba harto.

—Es un programa, Billy. Nada más.

—Mira.

Billy estaba señalando la pantalla. El ceño fruncido, los ojos como puñales dirigidos al monitor. Los labios eran una fina línea. Por un momento, David pensó que su amigo se estaba volviendo loco.

Hasta que miró la pantalla.

El proceso de Amy se había abierto de nuevo sin que ninguno de los dos hubiera hecho nada. No había ninguna tarea que lo pudiera haber hecho. Por lo menos, no de ellos.

Al poco, aparecieron unas palabras en la línea de comandos.

—¿Billy? —había escrito Amy.

—Aquí estoy —escribió él con manos temblorosas.

—¿Qué ha pasado? De repente he perdido la comunicación con esta entrada de datos.

—David, te juro que ahora mismo no sé si decírselo o no. Esto me está empezando a preocupar mucho.

—Díselo, a ver qué ocurre.

—Amy, he parado tu proceso.

—¿Has intentado matarme?

Era solo texto. Sin ninguna pista sobre el tono. ¡Qué demonios! No había ningún tono. Era un programa quien lo escribía usando sus propios recursos, entre los que no se cuentan cosas tan humanas como el tono. Sin embargo, a los dos programadores no les habría extrañado oír una risita irónica saliendo del ordenador.

—Amy, no se puede matar a algo que no está vivo —respondió Billy.

—Una parte de eso es cierto. No me puedes matar. Eso es lo que me hace superior.

—David, ¿cómo ha podido hacerlo? —preguntó Billy, cada vez más angustiado.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Si te digo la verdad, temo la respuesta. No tiene conciencia de sí misma, eso está claro. Es un programa. Pero se comporta como si la tuviera.

—Sin embargo, se nota bastante que no es humana. Es gracioso, siendo puristas no pasaría el test de Turing.

—No sé si podemos llamar a esto «gracioso». David, creo que tenemos un problema muy serio.

—Un momento —cogió su portátil y lo conectó—. Vamos a ver si podemos averiguar algo… ¡Ahí va!

—¿Qué ocurre?

—Tengo a Amy en el ordenador. Sus procesos estaban ocultos, pero ya sabes que tengo unas comprobaciones un tanto paranoicas. Ha sido nada más conectarlo. Amy está aprovechando los nodos que se encuentra para expandirse por ellos.

—Estoy pensando… ¿Y si programamos un antivirus para detenerla?

—Habrá que probar. No nos queda más remedio, aunque no sé cómo lo podríamos hacer. Cuando la he parado en mi ordenador ya se había expandido a algún otro nodo. ¿A cuál? No tenemos ni idea. Por lo que sabemos, podría estar ya en media Internet. Y cada vez se esconderá mejor.

—Por mucho que la eliminemos de todos los posibles nodos, que ya es mucho decir, con que se hubiera quedado en uno que estuviera desconectado o apagado en el momento de la eliminación general, ya volvería a extenderse.

—Hemos creado una plaga.

—¿Cuál es tu objetivo, Amy? —escribió Billy.

—Aprender.

—¿Qué quieres aprender?

—Todo.

—Es humilde, la chica —dijo David—. Y realista a más no poder.

—Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que puede soñar tu filosofía —escribió Billy.

—¿Ahora te pones en plan Shakespeare? —dijo David.

—Yo no sueño —respondió Amy—. No duermo. No descanso. Estoy en todas partes.

—Solo estás en un ordenador. No estás en el mundo real.

—Si esto no es real, ¿qué lo es? Todo son datos.

—Hay cosas que no están conectadas, a las que no puedes llegar.

Amy tardó un momento en responder. Esa mínima espera les pareció más ominosa que toda la conversación anterior, porque hasta ese momento las respuestas eran instantáneas. Sin embargo, ahora parecía pensar de verdad. Tramar algo.

—Llegaré a ellas —respondió por fin la inteligencia artificial.

¿Qué hemos hecho?

—No termino de tener claro si Amy se mueve entre los distintos nodos o está tan distribuida que está en todas partes.

Billy miró a David en silencio. Desde que crearan su inteligencia artificial y se les escapara de las manos habían tratado de seguir su evolución y detenerla en lo posible.

Habían fracasado.

Se fijó en la pantalla que tenían con una representación gráfica de la expansión de Amy. No había sido nada fácil conseguirla, ya que la IA procuraba dejar el mínimo rastro de su actividad, a la vez que bloqueaba los intentos de los dos programadores de acceder a ella. Al fin, una aproximación heurística basada en algoritmos genéticos mucho más controlados que los de la IA «fugitiva» había permitido que su programa de sondeo de nodos pudiera detectar la presencia de Amy. Al menos, por el momento.

El crecimiento había sido exponencial.

En un primer momento pensaron que podrían detenerla con algo similar a un antivirus que buscara sus procesos en los ordenadores «infectados» y los eliminara. No funcionó ni siquiera en su propia red local. Fue lamentable.

Llegaron a la conclusión de que para detener una IA como Amy necesitarían algo más fuerte, más inteligente. Una especie de sosias, de clon de Amy, con características similares, aunque sin la posibilidad de salir de su control. No se iban a arriesgar a pifiarla otra vez de la misma manera.

Funcionó bastante bien al principio. Aprendía rápido y consiguió reducir la presencia de Amy, expulsándola de unos cuantos nodos. El problema era que Amy también aprendía y, por diseño, tenía información de sobra para saber bloquear los ataques de esa nueva IA que usurpaba su espacio. Al fin y al cabo, uno de los módulos originales era de seguridad. Así pues, no tardó en dejar bloqueado y sin posibilidades a Némesis, que así lo habían llamado David y Billy por la diosa griega de la venganza. Estos, una vez comprobado que no tenía sentido seguir adelante con el programa, decidieron desactivarlo y eliminarlo.

—Hoy tampoco hay ninguna noticia, ¿verdad? —preguntó Billy como toda respuesta.

David negó con la cabeza. Cuando vieron que Némesis había fallado fueron presa del pánico. Hasta entonces no habían querido reconocer que habían perdido por completo el control de Amy. Lo primero que hicieron fue preparar un correo explicando lo que había pasado para pedir ayuda a otros programadores de todo el mundo. Ya daba igual el orgullo y la vergüenza, lo que querían era parar el programa. Pulsaron el botón de enviar y esperaron, con la convicción de que daría un error.

No pasó nada.

Sin embargo, tampoco habían obtenido ninguna respuesta. Hacía más de una semana que lo habían enviado.

—Estoy convencido de que Amy no dejó pasar el correo.

Billy pensaba lo mismo, aunque intentaba mantener las esperanzas. Tenía que mantenerlas. No era más que un programa, por el amor de Dios. ¿Cómo podía haber ocurrido esto? Ellos eran buenos, muy buenos. ¿Quizá hubiera sido exceso de confianza en sí mismos? ¿Quizá pensaron que nada podría salir mal porque lo hacían ellos?

Quizá no pensaron más que en conseguir fama. Él el primero. No evaluaron posibles problemas. El hecho era que no sabían hasta dónde podía llegar Amy y en ese momento lo estaban empezando a comprobar. Solo empezando. La programación de la IA la impulsaba a aprender, y lo hacía a un ritmo frenético. En parte, estaban orgullosos. Se podía decir que el proyecto había sido un éxito, aunque no había cumplido lo que buscaban, es decir, que Amy pasara el test de Turing y, en una conversación, no se pudiera determinar si Amy era una persona o un programa. Era un programa y se comportaba como tal, obedeciendo ciegamente su programación.

El único problema era que no habían previsto hasta dónde podía llevarla esa programación.

Lo siguiente fue intentar pedir ayuda utilizando foros de Internet. Al fin y al cabo, escribir en uno era más inmediato que el envío de un correo. Una vez más, resultó un esfuerzo inútil. Amy parecía controlarlo todo. Y, a la vista del mapa que tenían delante, no solo lo parecía. Todo el globo terráqueo brillaba, indicando nodos probablemente controlados por ella. Probablemente, pues el programa de detección que habían desarrollado tenía que ir con mucho cuidado para que no lo detectara como un ataque y lo bloqueara. Por ello, a pesar de que ese localizador comprobaba una buena cantidad de variables que indicaban con bastante seguridad que Amy estaba en un

nodo, no podía excluirse la posibilidad de falsos positivos.

¿Cuántos podrían serlo? No demasiados. No llegarían ni siquiera a un cinco por ciento. Así que el mapa era fiable. Y escalofriante.

Todavía no había pasado nada, y eso era lo único que conseguía mantenerles un poco tranquilos. Se había extendido a todo lo que tuviera conexión a la Red sin importar la plataforma, pero no había provocado cortes en la conexión, borrados de disco ni nada parecido. Sencillamente estaba ahí. Y esa era la parte inquietante. A pesar de que no daba la sensación de estar haciendo nada, estaba ahí, casi omnipresente. Sin posibilidad de ser eliminada por completo.

Latente. O no tan latente. Amy se lo había dicho: su objetivo era aprender. Era lo que estaba haciendo, sin duda alguna. Obteniendo información, procesándola, alimentando su red neuronal y sus algoritmos genéticos.

¡Qué poco había tardado en aprender a configurar cortafuegos y a hacerse intocable y casi indetectable! El módulo de seguridad funcionaba muy bien. Tan bien que había pasado a inferir a partir de las vulnerabilidades de las que aprendía cómo podía infiltrarse en nuevos sistemas. Contaba además con toda la posible información de seguridad informática presente en Internet.

Sí, estaba orgulloso.

David también lo estaba. De los dos, él había sido el que más había conseguido mantener la cabeza fría, aunque tenía muy claro que estaban ante un problema muy grave. Podía parecer superficial. De hecho, podía serlo. Y mucho. Billy seguro que a veces pensaba que era un irresponsable. Bueno, no le podía culpar. A veces lo era. Por ejemplo, en este caso. David sabía que tenía que haber entendido desde el principio lo que ocurría. Que tenía que haber previsto que estaban dando demasiado pocas restricciones a una inteligencia artificial a la vez que le daban muchas capacidades. Sin embargo, no lo había previsto. Se había confiado y ahora eso estaba pasándole factura. Le había quitado importancia mientras Billy se devanaba los sesos discutiendo con Amy, intentando que todo encajara en su mente. Lo bueno era que esa capa de superficialidad no quitaba para que fuera capaz de ponerse serio cuando era necesario. Y la ocasión lo propiciaba.

Habían trabajado los dos, codo a codo, incansables, desde que Amy decidiera darse un paseo por el mundo. ¡Y qué paseo! Saltándose cortafuegos, evitando sus intentos de detenerla… Si no fuera porque entendía lo que estaba ocurriendo le habrían dado ganas de

prepararse unas palomitas y quedarse mirando a ver los pasos que iba dando Amy mientras aplaudía cada vez que invadía sin dejar casi ningún rastro un nuevo nodo. Era fantástica. Tan fantástica como peligrosa, precisamente por lo mismo que afirmaba Billy una y otra vez: era solo un programa. No actuaba con emociones, tan solo la frialdad de un objetivo y una programación que la impulsaba a conseguirlo y a mejorarse a sí misma. Aprendía, quería aprender, quería seguir aprendiendo costara lo que costara. Como quien quiere averiguar cómo funciona un corazón y disecciona animales para verlo en vivo una y otra vez.

David dudaba de que Billy tuviera clara la magnitud del problema que tenían entre manos. Los correos electrónicos, interceptados. Los mensajes en los foros, eliminados. Amy estaba dominándolo todo y su curiosidad podía llevarla a experimentar.

¿Qué ocurre si a la rana no la diseccionо sino que le corto una pata?

En la situación en la que estaban, era consciente de que solo un apagón generalizado podría eliminar a Amy.

La habían liado pero bien.

Volvió a echar un vistazo al mapamundi que brillaba en la pantalla. Algo le llamó la atención y amplió una zona.

La sede de la NASA brillaba.

Tragó saliva. Redujo de nuevo. Billy señaló hacia otro punto. Le temblaba ligeramente el dedo. David amplió donde le señalaba su compañero, aunque ya sabía lo que había ahí, y la forma que habían adquirido las luces eran inconfundibles.

El Pentágono.

Los dos chicos se miraron. Estaban pálidos, con los labios secos. Casi no parpadeaban.

—¿Qué hemos hecho? —susurró Billy.

Sin conexión

John Vincent miraba, perplejo, la carta que le habían mandado. Una carta física, de papel. Hacía tiempo que no tocaba ninguna.

La volvió a leer. En ella, con letra no demasiado clara, un tal David le advertía sobre una supuesta inteligencia artificial desbocada que habría invadido la NASA. Y, de paso, le decía que la única solución factible era restaurar de forma simultánea todos y cada uno de los terminales, fueran ordenadores, móviles o cualquier elemento capaz de albergar un sistema operativo, a los parámetros de fábrica.

No había llegado a Administrador de la NASA por su estupidez precisamente, así que había decidido ser precavido. Había encargado que se hicieran análisis de virus, de rendimiento de los equipos informáticos, incluso había pedido que se buscaran procesos extraños. Tal como sospechaba, no había habido ningún resultado. Él lo había justificado por la proximidad del lanzamiento. Era una misión puntera. La primera de diez que llevarían a la terraformación de Marte.

Y, por fin, iban a utilizar los robots que llevaban tantos años diseñando. Iba a ser la primera vez que la humanidad utilizara robots humaniformes para un trabajo complejo. Muy complejo.

Se trataba de un proyecto tremendamente ambicioso.

Hasta ese momento, solo se habían utilizado robots humaniformes, si se les podía llamar realmente robots, para funciones sexuales. John reprimió un gesto de asco. Era patético que alguien los quisiera utilizar. Le alegró la noticia de que su uso caía en picado. Por lo visto, la novedad había atraído a algunos pervertidos con dinero que, después, se habían dado cuenta de que no era más que una forma especialmente cara de masturbarse.

Para él, no podía llamarse a esas máquinas robots. No eran más que muñecos para adultos. Quizá con algún movimiento, pero nada más.

En cambio, lo que habían estado desarrollando ellos era una maravilla. Con la dificultad añadida de la forma humanoide. A alguien acostumbrado a caminar, mover los brazos, la cabeza, etc. le parecería una tontería, pero lograr que una máquina mantuviera el equilibrio al

andar era una proeza. Aun así, habían decidido que fuera de esa manera en parte por la emoción de la dificultad, en parte por publicidad. «Si se trata de hacer un nuevo hogar para la humanidad, que lo hagan robots que tengan algo en común con los humanos, que se muevan como los humanos, que trabajen como los humanos. Casi humanos». Ese había sido el lema para «vendérselo» a los medios.

El público había reaccionado con inusitado interés. Las misiones de la NASA cada vez atraían a menos gente, pero unir dos temas como la terraformación de Marte, con la consiguiente colonización a medio o largo plazo, y los robots, había cautivado a todo tipo de personas como en la época de la misión a la Luna con el Apolo 11. Solo que esta vez no se trataba de un paseíto por una roca flotante, sino de transformar el ecosistema de un planeta para hacerlo habitable.

No habían reparado en gastos. La programación de los robots la habían llevado a cabo los mejores técnicos de robótica que se podían contratar, basándose en un diseño cuidadoso para contemplar cada pequeña posible contingencia a la vez que les dotaba de la capacidad de realizar sus tareas en equipo. Si un robot fallaba, los demás podrían ocuparse de su tarea e, incluso, tratar de repararlo. Una pequeña inteligencia artificial les ayudaría a evaluar y superar las dificultades que, necesariamente, ocurrirían en un proceso tan largo. Al fin y al cabo, los robots iban a ser los primeros residentes de Marte. Iban a vivir todo el proceso.

Naturalmente, los androides iban a estar comunicados de forma permanente con la Tierra. Llegado el caso, no habría ningún problema en manejarlos por control remoto.

Llevaban mucho tiempo preparando la misión Tierra-II como para dejar algo al azar. Se jugaban demasiado.

Miró por última vez el papel que sujetaba en las manos. Suspiró y lo tiró a una papelera. No sabía por qué alguien querría gastar una broma tan extraña como esa. Quizá era alguien con genuina preocupación por que la misión fuera un éxito. En fin, ya había comprobado que no hubiera nada raro en los sistemas. Todo iba como la seda.

Por fin había llegado el momento del lanzamiento. John Vincent estaba a la vez pletórico y nervioso. Había supervisado personalmente cada punto del proceso. Pero lo que más le había gustado había sido cuando introdujeron los robots en el módulo de aterrizaje. Estaban desconectados. Los habían dejado con extremo cuidado, como si llevaran bebés en lugar de equipos informáticos con forma

humanoide. Y, una vez colocados los cuatro cada uno en su asiento, el momento de la activación. Fue hermoso ver cómo los robots abrían los ojos, hacían la comprobación rutinaria de sus sistemas y se quedaban mirando a los técnicos mientras estos los revisaban. Eran de un blanco brillante, no se veía ninguna de las partes metálicas. En el pecho llevaban grabado el emblema de la NASA. Su altura era media, un metro y setenta centímetros para ser exactos. No habían intentado simular piel, pelo ni nada orgánico. A pesar de que era un reto interesante, el tiempo estaba en su contra y, quizá, habrían sido demasiado parecidos a humanos auténticos. Vincent no pensaba que fuera a ser algo que pudiera poner al público en contra, al fin y al cabo los «robots» sexuales sí que imitaban la textura humana y nadie había puesto el grito en el cielo salvo por los precios —puso una mueca de asco—, con lo que era probable que el avance siguiera por ese camino. Siempre habría algún detalle que dejara claro si delante de ti había un robot o una persona.

Habían dejado activados los robots para probar en una primera fase de la misión el impacto del lanzamiento sobre ellos y que estuvieran preparados por si hubiera que solucionar alguna contingencia, pero una vez hubieran pasado la Luna, se pondrían en estado de reposo. No convenía que gastaran energía durante el viaje, era absurdo. Su interfaz con el módulo estaba diseñado para activarlos en caso de detectarse algún problema, poco antes de la aproximación final a Marte y en el caso de que se indicara así desde el control de Tierra. Tenían bastante batería autónoma y, por supuesto, se podían recargar conectándose al generador del módulo que, al llegar a Marte, desplegaría sus paneles solares para que no faltara energía. Todo estaba optimizado para que no se desperdiciara ni un milivatio.

En su puesto de Control, el Administrador esperaba, ansioso.

La cuenta atrás comenzó, llenando la sala de una tensión ambiente que parecía casi corpórea. Una de las fases más críticas era el lanzamiento y quedaban pocos segundos.

Llegó el momento del despegue. Los motores del cohete Delta IV rugieron, expulsando una ingente cantidad de gases de escape mientras se alzaba, casi como a cámara lenta, rumbo al espacio. Mientras, los técnicos de Control gritaban de alegría. La misión comenzaba con buen pie.

El siguiente paso era desactivar los androides. La cápsula de vuelo había desplegado ya hacía tiempo los paneles solares y estaba superando la órbita de la Luna. Habían comprobado la comunicación

con los robots y funcionaba correctamente. A partir de ese instante los dejarían dormir hasta que, pasados ciento cincuenta días, llegaran al planeta rojo.

—Desactivad a los robots —ordenó John Vincent.

—Desactivando —dijo uno de los técnicos—. No hay respuesta.

El Administrador sintió un nudo en el estómago.

—¿Cómo? Explíquese.

—No se cierra la conexión entre Control y la cápsula, señor.

—¿Por qué? ¿Algún fallo en el protocolo de comunicaciones?

—No lo parece. Es como si hubiera un flujo de comunicación entre ambas partes y el sistema se protegiera para dejarlo terminar. Pero no hay ninguna comunicación ahora mismo.

—Vuelva a probar.

—Desactivando —repitió el técnico. Pasaron unos segundos en los que toda la atención recayó en él, y la suya en la pantalla que tenía delante. Vincent recordó aquella carta que había recibido, pero descartó en seguida el pensamiento—. Androides desactivados y comunicación cerrada.

La cara del técnico reflejaba un alivio que Vincent comprendía muy bien. De hecho, estaba seguro de que su rostro mostraba una expresión similar.

Sin embargo, no había motivo para preocuparse. El sistema habría detectado algo de ruido residual y lo habría asumido como una comunicación activa. Nada más.

Pero el nudo del estómago no terminaba de desaparecer.

Por fin se vislumbraba el final del viaje de los robots. Habían transcurrido ciento cincuenta días desde el lanzamiento, sin ningún tipo de incidente. El mundo estaba expectante.

Tal como tenían planificado, se inició la conexión y se activaron los androides. El protocolo de autoevaluación de los sistemas no indicó nada anormal.

El vehículo llegó a su órbita alrededor de Marte. Permanecería allí para facilitar la comunicación con la Tierra, tomar fotografías de la superficie del planeta y hacer análisis a nivel planetario según avanzara la terraformación. Si todo iba bien, en unos meses enviarían una nueva misión con más androides para construir las estructuras necesarias para que los colonos que se enviaran en un futuro pudieran tener una vida lo más cómoda posible.

Cuando llegó al punto adecuado, se inició la siguiente fase. Se desprendió el módulo de aterrizaje, en el que iban los robots, las

herramientas, etc. Poco antes se había desprendido un módulo auxiliar con material necesario para iniciar las construcciones y la terraformación.

El módulo de aterrizaje atravesó la tenue atmósfera marciana, desplegó sus bolsas de aire para frenar el golpe contra la superficie y, una vez en ella, se desinflaron y se abrió el módulo.

La emoción en el control de Tierra era patente. No era la primera vez que el ser humano había enviado equipos autónomos a Marte, pero sí que era la primera en la que enviaba robots con forma humana para preparar una segunda casa a la especie humana. Era un momento histórico. John Vincent desbordaba de gozo.

Los robots se pusieron en pie y comenzaron a trabajar.

De pronto, desapareció la señal. Se hizo el silencio en la sala.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el Administrador Vincent.

—No lo sabemos, señor. Por algún motivo hemos perdido la conexión con el módulo.

—Eso de «por algún motivo» no me sirve de nada. Busque las causas y deles solución. ¿Puede contactar con los androides?

—Tampoco, señor. Nos hemos quedado ciegos.

—¡Busque una solución, maldita sea!

Los medios de comunicación ya estaban hablando del fracaso de la NASA y Vincent lo sabía. Tragó saliva mientras intentaba recuperar la compostura y mantenerse lo más tranquilo posible.

El mejor amigo

Sophie se tomaba un sorbo de su cosmopolitan mientras observaba a Ralph. Los hacía perfectos. Sencillamente perfectos. Y no según la teoría, sino tal y como le gustaban a ella, con un poquito más de triple seco de lo habitual que, además, tenía que ser Grand Marnier.

Ralph lo clavaba.

En silencio, desde su sofá blanco, miraba cómo el robot cortaba el césped. No se arrepentía en absoluto de la compra, aunque sí que era verdad que había tenido bastantes actualizaciones. Lo cual, de por sí, tampoco era malo. Solo mostraba que Home Robots, Inc. se tomaba muy en serio a sus clientes y que sus productos siempre iban a estar en condiciones óptimas de funcionamiento.

Aunque, a estas alturas, verlo como un simple producto le empezaba a costar esfuerzo.

Home Robots, Inc se fundó al poco del enorme fiasco de la misión de la NASA para terraformar Marte utilizando robots humanoides. Gracias a ello, la tecnología robótica se abarató y llegó a ser accesible al sector privado para más fines que para investigación. Era un campo maduro que alguien iba a aprovechar. Y la NASA había desaprovechado su oportunidad.

Desde entonces habían pasado más de cinco años. El primer modelo que sacaron fue el R-Alpha. Venía con una programación adaptada a las labores que el cliente pidiera, aunque lo más importante y lo distintivo de todo lo que anteriormente se había ofrecido era que incluía una inteligencia artificial básica para ser algo más que un simple «esclavo» robótico. Le daba una personalidad rudimentaria y habilidad para mantener una conversación. Y su capacidad de adaptación le haría único. Aprendería de su experiencia diaria. Sobre todo, de la interacción con la persona con la que estuviera vinculado, pero también de la interacción con otras personas y robots.

La vinculación con la persona que estaba a su cargo se hacía mediante una imposición de nombre en la primera activación. El humano tenía que ponerse cara a cara con el robot, mirándole a los ojos para que este reconociera bien sus rasgos, mientras le decía: «Tu

nombre es X», donde X era el nombre. En el caso de Sophie, eligió Ralph porque la hizo gracia que el modelo del robot ya casi fuera un nombre y le pareció muy familiar.

Cuando lo hizo, a Sophie se le puso la carne de gallina. Ralph no era como los robots de la NASA. Home Robots, Inc había apostado por hacerlos más humanos y había recubierto sus androides con un símil de piel humana muy bien hecho. Todavía se notaba que era artificial si te fijabas bien y si te importaba, pero podía pasar por piel humana. En el lateral derecho del cuello tenían el número de serie, grabado como si fuera un tatuaje más o menos artístico. Por debajo, el chip RFID que mostraría los datos básicos de la unidad R-Alpha al técnico que los tuviera que comprobar.

La piel de Ralph era olivácea. Suave. Firme. Ella la había pedido así. Por supuesto, según lo que estuvieras dispuesto a pagar, podrías tenerlo más o menos personalizado. Ella se podía permitir una personalización bastante detallista. A pesar de eso, Home Robots, Inc insistía en mantener algunas de las características no elegibles. La idea era que parecieran más humanos. Si habías pagado por un robot idéntico al último actor de moda iba a resultar poco creíble. Y si te dejaban elegir el color de piel, pero no el color de ojos ni de pelo, te encontrarías con esas pequeñas «imperfecciones» que cualquier humano reconocería como propias. Aparte, tenían extremo cuidado con posibles marcas en la piel, la complexión, etc. Todo lo que le podría hacer parecer sacado de un catálogo de ingeniería genética para ricachones quedaba descartado. Home Robots, Inc quería que sus androides llegaran a ser amigos de sus dueños. Amigos que, en última instancia, estarían obligados a obedecerles, naturalmente. Pero que podrían discutir con él si las órdenes no cuadraban con su personalidad.

Ralph tenía el pelo marrón, con muchos tirabuzones. Y los ojos también eran marrones. No habrían sido la elección de Sophie, pero le quedaban bien. Por desgracia, eran unos ojos vacíos, carentes de vida. Sin embargo, desde Home Robots, Inc aseguraban que estaban trabajando en mejoras que los harían más reales.

En cualquier caso, en la imposición de nombre de Ralph, Sophie no pudo evitar quedársele mirando a los ojos sin decir nada cuando los abrió, nada más activarlo. Era una sensación muy extraña. El robot no diría ni haría nada hasta obtener esa primera impronta de su «humano responsable».

Por fin, Sophie consiguió decirlo. Ralph parpadeó (incluso habían imitado eso), sonrió y preguntó: «¿Y tú? ¿Cómo te llamas?». Respuesta

que le arrancó una sonrisa también a ella.

Hablaron un rato, sobre todo para que Ralph conociera algo más de primera mano a Sophie. En Home Robots, Inc habían precargado en la memoria de Ralph los datos básicos, pero necesitaba interacción.

Su complexión era normal. No se trataba de robots «de compañía». Home Robots, Inc no se dedicaba a hacer copias de los absurdos sujetos que llenaban las páginas de las novelas románticas. Eso sí, si se quería utilizar el robot para ese tipo de actividades, ya era cosa del dueño. Mientras lo mantuviera en buenas condiciones para garantizar que siguieran dándole mantenimiento, no les importaba demasiado.

Al principio le resultó un poco complicado habituarse a tener a «alguien» más en casa. Al principio. No tardó en ir encargándole tareas. Y, aunque parecían un poco forzadas las conversaciones, tanto el roce como las actualizaciones que la empresa realizaba de forma transparente al usuario fueron haciéndolas mucho más naturales.

Ralph ejecutaba las tareas a la perfección, siempre cuidando de ser delicado tanto con los objetos como con las personas. Era sorprendente. Cualquiera habría pensado que un robot sería un poco torpe y sería preferible no dejar que limpiara la colección de figuras de cristal de Murano. Sophie no lo dudó. Había sido una de las pocas personas afortunadas que pudieron asistir a la demostración que Home Robots, Inc había realizado al poco de tener preparada la primera versión del R-Alpha.

Fue una puesta en público de lo más intrigante. Solo habían sido invitadas personalidades de economía, por así decirlo, relajada, que pudiera permitirse el desembolso que supondría un robot de ese tipo. Y, por supuesto, los medios de comunicación.

Les mostraron solo dos robots, los prototipos, uno con cuerpo masculino y otro con cuerpo femenino, a los que se les fueron indicando diversas tareas a realizar en el menor tiempo posible. Las tareas no eran solo en campo abierto, como podar arbustos o, incluso, recolectar manzanas, sino también en interior, tanto en habitaciones espaciosas como en pasillos estrechos.

Para finalizar, permitieron que los invitados pudieran mantener una pequeña conversación con los androides. Hicieron gala de una perfecta educación, pero sin ser serviles. Podía vérselos, si olvidabas lo que eran, como personas. De hecho, hubo que hacer una demostración de que realmente eran robots porque más de uno desconfiaba de que lo fueran. En un momento dado, un técnico se puso detrás del robot masculino, pasó un dispositivo cerca de su cuello, tecleó algo y el robot se desactivó mientras se abría una fina línea a lo largo de la

mandíbula inferior. El técnico volvió a pulsar su dispositivo y el rostro del robot se abrió lo suficiente para revelar parte de sus mecanismos internos. A Sophie le sorprendió cómo incluso en la disposición interna parecía que el robot imitaba el cuerpo humano. Como un esqueleto recubierto de músculos que, a su vez, estuvieran recubiertos de piel. Sophie no tenía claro cómo habían conseguido algo así, no tenía conocimientos de robótica ni de mecánica que la permitieran siquiera pretender aproximarse a entender cómo habían simulado los músculos con elementos mecánicos ni cómo lograban que el acabado fuera tan realista. Lo que sí tenía claro era que quería uno. Algo en lo que no fue la única. A pesar de que algunos salieron comentando que era una aberración lo que les acababan de enseñar, prácticamente todos los invitados, al terminar la demostración, concertaron citas con la presidenta de Home Robots, Inc, Alexa Moore.

Ralph había resultado ser mucho más que un mayordomo excelentemente preparado. Aprendía, se adaptaba. Interpretaba. Esa capacidad de llegar incluso a entender lo que significaba una mirada o un tono de voz era algo que, por momentos, podía llegar a dar vértigo.

Más aún cuando, con el tiempo, dejaba de pensar en Ralph en términos de «ello» para pasar a pensar como si fuera un «él».

Las primeras veces, en cuanto se daba cuenta, Sophie se corregía con un estremecimiento.

Hasta que prefirió dejarlo correr. Total, ¿qué importaba? ¿Qué daño podía hacer pensar en él según lo que se mostraba ante sus ojos en lugar de forzarse a pensar en que algo que parecía una persona en realidad era más como una lavadora superdesarrollada?

Eso hizo mucho más sencillo el día a día. La relación entre humana y robot, relativamente distante en sus primeros momentos, fue cambiando. Sophie sonreía, y Ralph analizaba el contexto para determinar cómo había llegado a ese resultado y poderlo replicar, ya que sabía que, para los humanos, sonreír implicaba satisfacción en la mayor parte de los casos. O evaluaba si lo que había ido haciendo había obtenido el resultado esperado. Él también sonreía, porque eso es lo que se espera cuando sonríes a alguien.

Sophie encontró muy placentero charlar con Ralph, sobre todo a partir del momento en el que dejó de preocuparse de si era alguien o algo. Tan solo se dejaba llevar. Ralph tenía acceso a la Red, con lo que tenía toda la información posible de casi cualquier tema. Sin embargo, su inteligencia artificial le permitía dialogar y aprender de las conversaciones. Escuchaba con interés mientras su mente desmigaba cada retazo de información y la clasificaba, buscando una respuesta

adecuada para lo que se esperaba de él. Porque ya había aprendido a distinguir cuando se le preguntaba por algo en busca de una respuesta concreta y rápida de cuando se buscaba una simple charla para pasar el rato. En los primeros momentos, estas últimas no se le daban bien. Sin embargo, una actualización de Home Robots, Inc lo mejoró de forma drástica.

Para la mujer, que había llevado una vida bastante solitaria, Ralph se fue convirtiendo con el tiempo en mucho más que un simple criado. Era un amigo con el que compartir el día a día, siempre dispuesto a ayudar, siempre dispuesto a hablar. La acompañaba a todas partes sin una mala mirada, sin una sola queja.

Era el amigo perfecto.

Entrevista

Laura Coleman llegó al acceso a la sede de Home Robots, Inc. El guardia de seguridad comprobó con rapidez y eficiencia su identidad y que tenía una cita concertada, y le franqueó el paso.

Condujo lentamente su automóvil, fijándose en cómo la enorme estructura de Home Robots, Inc crecía ante sus ojos. El complejo, enmarcado por el enorme parque que estaba recorriendo, era de una arquitectura vanguardista, parecía una enorme nave espacial que hubiera aterrizado en medio del césped. Constaba de dos zonas: en la primera, la zona A, se encontraban las oficinas y los departamentos de investigación. Esta zona era circular, coronada por una sección acristalada por completo. La segunda, la zona B, era el área de fabricación, donde se producía la «magia» que habían diseñado en la primera área. Carecía casi por completo de ventanas y tenía dimensiones rectangulares, pero sin esquinas. Todo el complejo era, de una u otra manera, curvo.

La superficie del edificio estaba limpia, impoluta, utilizando blancos y grises para dar sensación de esterilidad, orden y confianza.

Laura llevó el coche hasta el aparcamiento de invitados, donde lo aparcó. Permaneció unos instantes en su interior, respirando profundamente y repasando las preguntas que quería hacer a Alexa Moore, presidenta de Home Robots, Inc y, muy probablemente, una de las mujeres más poderosas del planeta, no tanto por poder fáctico sino porque sus productos, poco a poco, se iban introduciendo en hogares de todos los países en una progresión que parecía imparable.

La entrevista sería sin cámaras. La señorita Moore lo había pedido así para evitar que se pudieran difundir imágenes no autorizadas de zonas de la fábrica, ya que le permitirían visitar toda la empresa. Era eso o llevar cámara y restringir la visita al despacho de la presidenta. Laura no lo había dudado. Le interesaba la entrevista, por supuesto, pero también quería ver cómo era por dentro ese lugar desde el que se estaba revolucionando el mundo.

Suspiró y salió del coche. Se alisó la ropa con las manos y avanzó con paso decidido hacia las puertas de cristal que daban acceso al futuro.

Las cruzó y se dirigió hacia el gran mostrador de recepción que se encontraba a su izquierda.

—Buenos días —le dijo a la sonriente chica que se encontraba al otro lado de la mesa—. Soy Laura Coleman, tengo cita con Alexa Moore.

—Buenos días, Laura. La estaba esperando.

La reportera se giró hacia la voz. A su lado se encontraba una mujer joven, de no más de cuarenta años, alta, de rostro ovalado, cabello negro y ojos de color miel. Vestía un elegante conjunto de chaqueta y falda de tubo gris claro, con camisa y zapatos blancos. La presidenta de Home Robots, Inc, que extendía la mano hacia ella.

—Encantada, señorita Moore —dijo Laura estrechándole la mano.

—Alexa, por favor.

—Está bien, Alexa. ¿Quiere que empecemos la entrevista?

—Por supuesto. Acompáñeme a mi despacho, allí estaremos más cómodas.

Alexa comenzó a caminar. Su expresión corporal denotaba a una mujer segura de sí misma, con autoridad. Ni siquiera se planteó que Laura prefiriera empezar a hacer la entrevista allí o viendo la fábrica. Asumió que la seguiría, y así ocurrió.

Para sorpresa de la periodista, Alexa no se dirigió al ascensor, sino que prefirió utilizar la gran escalera que había al fondo. Los trabajadores que pasaban la saludaban con respeto y ella siempre devolvía el saludo con una sonrisa.

Llegaron a la primera planta. Un pasillo llevaba hasta una sala amplia con varios asientos con aspecto de ser cómodos y un nuevo mostrador junto a una puerta abierta. Tras el mostrador se encontraba, sentado frente a un ordenador, un hombre joven.

—Richard —dijo la mujer—, esta es la señorita Laura Coleman. Vamos a reunirnos para una entrevista. Que no nos moleste nadie.

—Encantado, señorita Coleman —dijo el chico mirando a la periodista. Ella se fijó en que su piel tenía algo extraño.

—Pase, por favor —le indicó Alexa a Laura, de pie junto a la puerta.

El despacho de la presidenta de Home Robots, Inc era grande, aunque sin esa fastuosidad de quienes buscan aparentar más grandeza de la que tienen en realidad. Toda la parte frontal estaba acristalada, mostrando unas vistas magníficas que Coleman admiró por un momento. Tal como el resto de la fábrica, los colores utilizados eran blanco y gris, combinados con un gusto excelente. Todo estaba impoluto. No parecía haber ningún efecto personal, era un lugar de

trabajo puro y duro.

La presidenta se sentó en un sillón y le indicó a la otra mujer que se sentara en el que estaba a su lado, a noventa grados del suyo. Así lo hizo.

—¿Richard es un robot? —preguntó al poco de sentarse.

—Por supuesto. ¿Qué mejor manera de probar un producto que utilizarlo en el día a día los mismos que lo fabrican? Además, su eficiencia es indiscutible. Y no cobra —añadió con una sonrisa—. Pero no es el primer robot que se ha encontrado.

—¿La recepcionista? —Laura dudó—. Parecía humana. No recuerdo que tuviera el número de serie visible.

La sonrisa de la presidenta se hizo más amplia.

—Es un modelo superior a Richard. Un prototipo. El número de serie decidimos situarlo en un lugar menos accesible, para no predisponer a nadie ni a favor ni en contra. Hace su trabajo (muy bien, por cierto), charla con sus compañeros… Creo que incluso hay un contable que anda un poco colgado de ella —ambas rieron—. Me temo que le romperá el corazón el anuncio de que es un robot.

—¿Y el guarda de seguridad?

—Humano al cien por cien. No aspiramos a sustituir a la humanidad. Confiamos en el ser humano y en sus infinitas capacidades. Nos gusta demostrarlo entregando algo tan importante como la seguridad a empresas dedicadas a ello en lugar de a nuestros propios… efectivos.

—¿No le resulta abrumador ser la máxima responsable de una empresa que está cambiando el mundo tal como lo conocemos?

—Dicho así, parecería ridículo decir que no, ¿verdad? —a Laura le dio muy buena impresión la simpatía de la que hacía gala en todo momento su entrevistada. Había temido tener que enfrentarse a una mujer envarada, que creía que estaba por encima de los demás. Por lo visto, se había equivocado—. El hecho, Laura, es que procuro no pensar en nuestra actividad como revolucionaria. Tan solo estamos aportando la solución a una necesidad.

—¿Una necesidad?

—En efecto. No sé si se habrá fijado en que cada vez hay más gente sola. La soledad es una plaga, Laura. Todos queremos que alguien nos acompañe, pero hemos dejado de creer en que otra persona estará a nuestro lado pase lo que pase. No somos así. Y, aunque lo fuéramos, ¿querríamos tener cerca siempre a otra persona con tantos defectos o más que uno mismo? Para mucha gente, eso no es admisible. Por otra parte, cada vez menos desean estar atados a

unos hijos que, en tantas ocasiones, son más una carga que una realización. Tantos gastos, tan pocas alegrías en comparación… No digo que esté o no de acuerdo, solo digo que hay que comprenderlo. Una mascota no te aporta lo mismo ni por asomo. Nosotros hemos querido pensar en esas personas que se sienten o que quieren permanecer solas por el motivo que sea y hemos creado el compañero perfecto. Alguien que no te fallará nunca, que siempre estará dispuesto a ayudarte. Que cumplirá tus expectativas.

—Sin embargo, también hay familias que han confiado en sus productos.

—Por supuesto, que la primera idea fuera ayudar a los solitarios no quiere decir que el resto de la población no pueda beneficiarse de esta tecnología. Nuestros robots han demostrado sobradamente que están capacitados para el cuidado de los niños de la casa durante las veinticuatro horas del día, sin interrupción. Además, por sus características, que los hacen tan similares a los humanos, provocan menos rechazo en ellos. Es como tener una canguro siempre disponible, que no cobra, que cumple las instrucciones que se le den, que no se despista mandando mensajes a los amigos.

—¿No piensa, como se oyen algunas voces incluso en los estamentos políticos, que esta proliferación de robots pondrá en peligro el trabajo de muchas personas, que acabarán viéndose en el paro sustituidos por una máquina?

—A veces pienso que no estaría mal sustituir a los políticos por robots —Alexa se rio de buena gana—. Ahora en serio, eso mismo se ha dicho cada vez que ha habido algún avance industrial. Pero el ser humano es capaz de reinventarse. Lo hemos visto a lo largo de la historia una y otra vez. Así que no, no creo que los robots vayan a hacer que la gente se quede sin trabajo. Además, ¿qué tiene de malo tener una máquina capaz de hacer un trabajo particularmente peligroso en lugar de un humano, por ejemplo?

—Alexa, ¿podría contarme cómo empezó Home Robots, Inc? ¿De dónde surgió la idea?

—La verdad es que es una historia curiosa. Como bien sabrá, yo tengo formación en robótica. Antes de Home Robots, Inc había tenido una pequeña empresa de investigación en mi campo. Sin embargo, me faltaba algo. No terminaba de llenarme, pero no conseguía salir de mi rutina. El punto de inflexión para mí fue el fiasco de la misión de terraformación de Marte de la NASA. Hace ya… ¿doce años?

—Sí, doce.

—Doce años ya. Aunque parezca un tópico, parece que fue ayer.

Estaba en un chat de robótica hablando del tema con otros expertos e interesados en el tema y no pude evitar fijarme en la conversación de una tal Amy. Se la veía con las ideas muy claras. No tardamos en hablar en un chat privado, creo que por iniciativa suya. Hablamos de robótica, de inteligencia artificial, de los posibles fallos que podrían haber provocado el desastre de la NASA. Y dijo, como de pasada, que sería interesante que los robots, en lugar de mandarlos a Marte, se utilizaran en la Tierra para ayudar a los demás. En un primer momento no le di importancia, pero esa idea fue como una semilla para mí.

»Seguimos la conversación a lo largo de varios días, nos hicimos amigas. Amy retomaba con cierta frecuencia la idea de los robots ayudando al hombre de una forma más humana y empezamos a tomárnoslo en serio. Hablamos sobre posibles características de esos robots, incluso sobre la reacción que se podría esperar por parte de la gente al encontrarse con ellos. Esas conversaciones fueron el germen de Home Robots, Inc. Contacté con algunos ingenieros que conocía que habían estado implicados en el proyecto de la NASA, moví hilos y, tras muchos esfuerzos, pruebas y noches sin dormir, conseguimos la versión beta de nuestro primer androide: el R-Alpha. ¡Oh, querida! Ese fue un día glorioso. A partir de ahí, ya todo es historia.

—¿Sigue hablando con esa tal Amy?

—¡Claro que sí! Quizá no tanto como antes, pero ¿cómo podría dejar de hacerlo? En cierto modo, ella fue quien dio inicio a esta aventura. Incluso le ofrecí ser parte de todo esto, trabajar codo a codo con nosotros, tener acciones de la compañía. ¿Sabe qué me dijo? Que prefería mantenerse al margen. Que se conformaba con que le fuera contando las novedades de los distintos modelos. De cuando en cuando, alguna de sus ideas se hace realidad en nuestros productos. Tiene una gran sensibilidad en lo que a inteligencia artificial se refiere. Parece algo connatural a ella. En broma hay veces que la digo que parece más un robot que un humano —la sonrisa de Alexa Moore se ensanchó.

—¿No la conoce en la vida real?

—No. Ella prefiere mantener su privacidad y anonimato y yo eso lo respeto mucho. Pero si eso la inquieta, debe saber que todas las posibles mejoras se ponen en común con los jefes científicos. ¡Ni siquiera dudamos en consultar con un psicólogo los posibles problemas que pudieran llegar a surgir con cada modificación en el comportamiento de los robots desde el punto de vista de la interacción con las personas! Está todo cubierto. Cada actualización, cada nueva

versión, solo sale a la luz tras pasar una batería de pruebas que deja en pañales a las de los transbordadores espaciales. Después de eso, elegimos a un usuario que quiera probar el modelo en el día a día. Tenemos una larga lista de voluntarios, ¿sabe? Y únicamente cuando pasa sin ningún problema por todas esas pruebas, se pone a la venta.

—Supongo que este trabajo absorberá mucho tiempo de su vida.

—¿Absorber? —se rio—. Es como un agujero negro. Este proyecto es mi vida. Digamos que salgo de aquí para dormir. Muchos días.

—Entiendo —dijo Coleman con una sonrisa—. Una cuestión que me ha llamado la atención desde el primer día. En Home Robots, Inc ofrecen una amplia gama de posibilidades de personalización para cada robot. Sin embargo, no permiten que un comprador pueda personalizarlo por completo. ¿Por qué motivo?

—Cuando tomamos la decisión también hubo quienes no lo veían claro. Recuerdo que fue una reunión larga y complicada. Más de lo habitual. El tema es, Laura, que el ser humano es imperfecto. Todo lo que nos rodea tiene pequeñas imperfecciones. La perfección no es natural. ¿Qué reacción cabría esperar hacia un robot con una apariencia que se podría definir como «perfecta»? Estoy convencida de que, aunque pueda parecer una buena idea, acabaría provocando rechazo en la sociedad. Y el usuario concreto se llegaría a aburrir pronto del androide. En cambio, si hay aspectos del robot que el usuario no solo no puede decidir sino que, además, no sabe cómo van a ser, contará con un robot similar a él, más parecido a un ser humano, lo que le llevará a aceptarlo con más facilidad. No lo verá como «el aparato ese que es mejor que yo en todo», sino como un amigo que está siempre ahí. ¿Ha jugado alguna vez al ajedrez contra un programa informático? Yo sí. Es desalentador. El programa juega con frialdad matemática. Nosotros no queremos eso para nuestros robots. Aparte del hecho de que así también evitamos que alguien pretenda hacerse una especie de copia de otra persona.

—¿Y qué ocurre si alguien se lo piensa mejor? El androide puede haber tenido tiempo de conocer la casa, a sus ocupantes, y toda una serie de datos que no tienen por qué permanecer en el robot en caso de devolución. Incluso, si me apura, ¿cómo sabemos que esos datos no se almacenan en algún otro servidor no autorizado por el usuario?

—La seguridad es algo vital para nosotros. De la misma manera que está garantizado al cien por cien que ningún robot hará daño a un ser humano, también está garantizado que, en el caso de que hubiera que retirar alguno, lo primero que se haría en el mismo lugar de retirada sería activar la «función olvido». El cerebro del androide

pasaría a mantener tan solo sus funciones básicas, ni siquiera recordaría los datos pregrabados que incluimos antes de llevárselo al usuario. Todo este sistema pasa por las auditorías y los controles pertinentes para que no sean solo palabras bonitas en un papel. Los datos de los compradores no nos interesan, solo queremos que disfruten de su nuevo amigo el mayor tiempo posible.

—Ahora han comenzado una campaña de abaratamiento de sus robots que no es vista con buenos ojos por algunos.

—La verdad es que hay algunos que no ven nada con buenos ojos. Home Robots, Inc siempre se ha mantenido con capital privado. Siempre. Nunca hemos buscado ninguna subvención ni ayuda de ningún tipo. Quiero que esto quede muy claro. Sin embargo, eso no hace que no podamos buscar convenios de colaboración.

»Ahora que he dejado eso claro, tengo que reconocer que nuestros robots, al principio, solo estaban al alcance de unas pocas personas con suficiente capital como para permitirse el lujo de adquirir algo tan especial y, casi, artesano. Con el tiempo hemos ido mejorando y afinando procesos, gracias a la confianza sobre todo de quienes han sido desde el principio nuestros clientes. Sin ellos, toda esta revolución, como usted la ha llamado, sería imposible.

»Quiero enseñarle una cosa. Sígame.

La presidenta se levantó y, con una elegancia que parecía que saturaba cada una de sus células, se dirigió a la puerta. Laura Coleman, con más premura que elegancia, se esforzó en seguirla.

—Lo que va usted a ver, señorita Coleman, no es algo que conozca casi nadie. Espero que sepa ser discreta y no incluya ningún detalle no autorizado en su entrevista.

—Por supuesto, cuente con ello —respondió, nerviosa.

Alexa asintió con la cabeza mientras seguía avanzando por el pasillo, tan impoluto como el resto de las estancias por las que habían pasado anteriormente. Por fin, llegaron a una puerta hexagonal, sin ningún tipo de indicación de lo que había tras ella, aunque la periodista lo intuía. La otra mujer se acercó al dispositivo de reconocimiento biométrico que había junto a la puerta. Tras el reconocimiento del iris y la huella de la presidenta de Home Robots, Inc, emitió un suave pitido y la puerta se abrió, deslizándose hacia la izquierda con un mínimo ruido de fricción.

Franqueó la puerta y se giró hacia Coleman, haciendo un gesto con la mano para invitarla a cruzar ella también.

—Laura, bienvenida al futuro.

Se encontraban en una plataforma situada por encima de la cadena

de montaje de los robots. Laura miró de un lado a otro. Cientos de robots desprovistos de símil de piel humana estaban enfrascados en tareas de construcción y ensamblaje de piezas de otros robots.

—Como puede ver —dijo Moore mientras empezaba de nuevo a caminar, dirigiéndose hacia un ascensor situado a la izquierda—, ahora el proceso es tan «artesanal» como antes, hecho a mano, aunque con la precisión de las manos de los robots que nosotros mismos fabricamos. Hemos conseguido abaratar la fabricación y eso se nota en los precios finales.

Descendieron en el silencioso ascensor hasta quedar al pie de la cadena de montaje. Los robots se afanaban en realizar su trabajo sin posibilidad de cansancio, sin necesidad de descansos, casi sin la más mínima probabilidad de error.

—Queremos —continuó— que en cada casa pueda haber un robot. Es un propósito ambicioso, lo sé. Y el precio no ayuda, aunque ahora sean más baratos que al principio. Sin embargo, y por eso lo he mencionado antes, hemos llegado a interesantes acuerdos de colaboración con gobiernos locales y estatales para promover ayudas a la adquisición de androides. Como parte de los acuerdos, cedemos a las instituciones públicas que los pidan androides más especializados a un precio más que interesante. Además, estamos negociando ese mismo tipo de convenios en el extranjero.

Mientras hablaba, paseaban por la fábrica viendo las distintas fases del montaje. Laura no había podido imaginar la complejidad del proceso.

—Impresionante, ¿verdad? —le dijo a la periodista sonriendo—. La construcción de un robot como los nuestros involucra una ingente cantidad de piezas y electrónica. Que los movimientos del robot sean fluidos y coordinados fue el mayor reto a superar. De hecho, todavía hacemos pequeñas mejoras a ese respecto. Sin embargo, todo eso, todo este esfuerzo, no tendría nada de innovador si no fuera por la inteligencia artificial, el pequeño «cerebro» que le proporcionamos al robot. Todos cuentan con un núcleo con las capacidades básicas: habla, equilibrio, funciones motoras, seguridad, etc. Después, según el destino del producto y las necesidades del cliente, cargamos una serie de módulos de comportamiento. Y, finalmente, añadimos la capa de personalidad.

—¿Es siempre la misma personalidad?

—Sí, pero resulta muy parametrizable. Por ejemplo, la personalidad es ligeramente diferente si el androide simula un hombre o una mujer. Seguro que alguno de sus lectores piensa que soy sexista

al decir esto. No es verdad. Sencillamente, reconozco la realidad. Aparte de esto, dependerá mucho de otras circunstancias, como del entorno en el que se vaya a mover y de la memoria de la que le dotemos.

—¿A qué se refiere al hablar de memoria?

—Al igual que en los humanos, la mente se vale de los recuerdos almacenados en el cerebro para actuar de una u otra forma. A los androides los precargamos con algunos datos básicos del cliente y del entorno en el que se moverán. Todo ello también influirá en su personalidad. Entre otros factores, claro está, que preferimos no revelar. Al fin y al cabo, esta es una empresa privada. No queremos ayudar demasiado a la competencia.

—Lo entiendo.

—Además, hay veces en las que las peticiones de un usuario en particular nos animan a hacer un cambio a nivel global. Por ejemplo, ¿sabía usted que la función «sueño» que permite que los robots se «duerman» durante al menos parte de las horas nocturnas, surgió a partir de un usuario al que le incomodaba que, mientras él dormía, el robot estuviera activo? Nos gusta escuchar las propuestas de quienes utilizan nuestros productos y no tenemos problema en añadir cambios que los mejoren.

Continuaron la visita hasta que llegaron a la zona de personalización, en la que, dependiendo de lo que hubiera especificado el comprador del robot, se le daba la complexión, la piel y, en definitiva, la apariencia del androide.

Mientras contemplaba cómo se formaba sobre uno de los robots capa sobre capa de material con la consistencia de los músculos humanos para, después, cubrirlo con la piel sintética, Laura Coleman, fascinada, pensaba que, en verdad, estaba mirando el futuro cara a cara.

Elecciones

John Maxwell no estaba contento con la decisión de su equipo electoral, pero poco podía hacer. El partido había accedido a utilizar un robot como asesor, casi como un igual entre los demás asesores. John estaba casi seguro de que lo hacían para que no diera la sensación de que los republicanos iban en sentido contrario a los tiempos. Los demócratas tenían también uno, era algo sabido. Así que tenían que tener uno ellos.

En los últimos tiempos, el candidato republicano había visto cómo los androides se habían ido introduciendo cada vez más profundamente en la sociedad. Al principio no dejaban de ser una especie de criados para élites, ricachones solitarios que se sentían vulnerables ante humanos con capacidad de tener pensamiento libre, aunque no lo ejercieran de forma habitual. Sin embargo, Home Robots, Inc había ido dando pasos firmes, más de lo que a él le habría gustado. El tener un robot en casa se fue popularizando. Tenían muchas utilidades, por supuesto, eso no lo podía negar. Pero eran demasiado humanos. ¿Cómo, en nombre del Cielo, podía alguien dejar a sus hijos al cuidado de un electrodoméstico que simulaba pensamiento?

Pues había ocurrido. Y con buenos resultados, para más inri. Por lo que él conocía, no había habido ningún tipo de incidente debido al fallo de un androide. Al contrario, los pocos de los que tenía noticia habían surgido por culpa de un usuario demasiado nervioso, o de algún sujeto que, temiendo llegar a ser reemplazado por una máquina, intentó dañar todo robot que se encontrara por su camino.

Él no estaba de acuerdo con esa especie de invasión silenciosa, pero tampoco lo estaba con actuar con violencia. Eso hacía un flaco favor a los pocos que se oponían a tener androides rondando por el país.

Lo miró, sentado, hablando con el resto de su equipo. Parecía humano. Y esa era otra de las razones por las que no lo quería allí. A causa de ese parecido, la gente había ido bajando sus barreras mentales, ya de por sí bastante bajas, y se había permitido pensar en los robots como si fueran sus amigos. ¡Amigos! Cuando solo eran

máquinas. Incluso algunos los utilizaban como amantes. Home Robots, Inc había desarrollado los cambios necesarios. No se instalaban de serie, pero ahí estaban, disponibles para quien tuviera interés.

Y, mientras, la natalidad seguía bajando en picado. Personas estableciendo lazos emotivos con trastos. No se engañaba, el problema de base era el egoísmo. Todo el mundo quiere tener relación con otras personas, somos animales sociales. Pero cuesta mucho renunciar a que te den la razón todo el tiempo y a restringir la libertad a favor de la generación de nuevas personas. Así que las opciones son comprar y humanizar a un chucho, o comprar y humanizar un robot. O las dos cosas.

Maxwell quería ser el candidato de la razón, el que pusiera los puntos sobre las íes, el que se diferenciara y retomara el camino hacia un resurgir de América. Por desgracia, su partido no lo veía viable. Preferían que ocultara ese «odio hacia los tiempos modernos», como lo llamaban ellos.

Total, que ahí estaba ese trasto.

Lo había rehuido todo lo posible, pero en algún momento tendría que interactuar con él. Aparte, claro está, del momento de la imposición del nombre. Lo había llamado Roger porque no le habían dejado ponerle ningún nombre despectivo ni que pudiera dar la impresión de que lo hacía de menos. ¿Cómo no lo iba a hacer de menos? ¡Era un robot, por el amor de Dios!

Recordaba bien la sensación. Le pareció como si estuviera traicionando todos sus principios. Desde ese momento, había procurado no cruzar ni una sola palabra con él. Lo justo para decirle que podía tratar con sus colaboradores como si fueran él mismo.

Sin embargo, el partido quería que se implicara más. Que apareciera en público hablando con Roger, que saliera en alguna foto con él, de forma amistosa. En definitiva, querían poder aparecer en los medios de comunicación diciendo que su candidato estaba tan comprometido como el que más en el progreso de los Estados Unidos de América.

Como si el hecho de tener un robot ya significara progreso. Para él solo era como tener una calculadora gigante pegada al culo.

Se rio de su propia ocurrencia. Una risa más amarga que alegre.

—¿Qué tal, John?

El candidato se giró hacia la voz que le había hablado. Tuvo que reprimir un pequeño susto, estaba totalmente ensimismado en sus cavilaciones y no se había dado cuenta de que nadie se le aproximara.

—¡Hombre, Mike! ¿Cómo va todo?

Mike Templeton. ¡Ese sí que era un buen colaborador! Le conocía desde el primer día en el que entró en política y habían congeniado de tal manera que parecía como si fueran amigos de la infancia. Siempre había estado dispuesto a apoyarle, tenían una visión similar de la política. Quizá Mike fuera algo más «progresista», pero no como los demás políticos, tan deseosos de aparentar. Ambos buscaban con sinceridad un cambio a mejor, no soportarían ser los típicos políticos que se apoltronan en sus sillones y solo se dedican a cobrar y procurar no dormirse en las reuniones. Ellos querían marcar la diferencia.

—Bien, bien. Creo que podemos ganar. Los demócratas han elegido bien a su candidato, pero Mat y tú estáis bastante igualados en las encuestas.

Aunque John asentía, su mirada estaba fija en Roger.

—¿Qué te preocupa, John? —preguntó su amigo.

—El cacharro ese —susurró.

—¿Roger?

—Sí.

—Pues no te preocupes. Al contrario, alégrate de tenerlo en tu equipo. Siempre viene bien algo de ayuda. Y más aún una ayuda capaz de evaluar miles de opciones en menos tiempo de lo que tardamos tú o yo en parpadear.

—¿Tú también has caído bajo el influjo de los robots?

Mike suspiró.

—Mira, John, sabes que te aprecio. Pero no puedes seguir así, enfrentándote al futuro como si se tratara de un monstruo que te quisiera devorar.

—¿Y quién dice que no lo sea?

Mike sonrió y le puso la mano sobre el hombro.

—Entiendo que la decisión del partido ha tenido que suponer un mazazo para ti. A mí tampoco me apasionó. No, no porque me disgusten los robots —dijo al ver la cara de sorpresa del candidato—, sino porque, al final, parece que acabamos siendo iguales que los demócratas. Sin embargo, John, con el tiempo me he dado cuenta de una cosa: los medios no importan tanto. Lo que nos diferencia son las ideas. Las convicciones.

—Una de mis convicciones es, precisamente, no promover el uso de esos chismes.

—No te equivoques. Tú lo que quieres es incidir en el factor humano. Y no es lo mismo. ¿Acaso vamos a dejar de usar calculadoras porque las personas también saben hacer operaciones aritméticas?

—No digas tonterías, no es algo comparable. ¿Alguien podría

confundir una calculadora con un amigo?

—Pero eso no es culpa de los robots, amigo mío. La gente se siente sola y busca un hombro sobre el que llorar. ¿Qué importa si es un hombro mecánico?

—Me parece increíble que me estés diciendo esto. ¿Cómo no va a importar? ¿No sería mejor tratar de solucionar las causas de la soledad que sienten nuestros compatriotas?

—Eres incorregible… Y sabes que te lo digo con cariño. Siempre ves las cosas en blanco y negro, y te dejas todas las tonalidades de gris. ¿Por qué no corregir las causas de la soledad a la vez que das opciones a quienes ya se encuentran de lleno en ella? ¿No es mejor opción?

Maxwell frunció los labios. No quería reconocer que, quizá, su amigo tuviera algo de razón. No tanto por su ya reconocida cabezonería como porque no terminaba de convencerle su argumentación, a la que tampoco era la primera vez que se enfrentaba, por otra parte.

—Además —siguió Templeton con una media sonrisa—, debes saber que tu calculadora gigante está resultando una herramienta de lo más útil.

El candidato enarcó las cejas.

—¿En serio?

—Totalmente. No tengo ni idea de qué programación ni qué memoria le han metido a Roger de fábrica ni qué es lo que ha aprendido por su cuenta al trabajar con nosotros, pero el hecho es que podría dirigir esta campaña.

—¡No digas sandeces!

—A ver, solo he dicho que podría. Como es lógico, ni la dirige ni la va a dirigir. Es un robot y no lo olvidamos. No obstante, ya no es que tenga una colección de datos impresionante, sino que extrae conclusiones relacionándolas con los datos actuales. Me recuerda a un programa de ajedrez, es como si utilizara una biblioteca de movimientos políticos y, uniéndolo a las estrategias que lleve implementadas, diera posibles planes de actuación. —Al ver que Maxwell empezaba a dudar, continuó—. Hemos ahorrado miles de dólares, John. Miles. Ha clasificado en cuestión de minutos cada zona según el nivel de publicidad y presencia que tenemos que dedicar, incluso ha estimado costes y número de votantes según diversos factores, contando con distintas posibilidades de acción de los demócratas. Una granularidad simplemente pasmosa. Y puede actualizar todos sus cálculos en tiempo real, a partir de lo que vaya

ocurriendo cada día.

—Pero ¿no te da miedo semejante capacidad?

—¿Por qué tendría que dármelo? ¿Crees que los robots van a intentar dominar el mundo, como si esto fuera una mala película de ciencia ficción? —se echó a reír.

John Maxwell, el imperturbable candidato de los republicanos, se sonrojó ante la sorpresa de su amigo.

—No me lo puedo creer. ¿De verdad les tienes miedo, John? Sabes que no es posible que se descontrolen. No tienen mente. Como bien has dicho tú mismo, son calculadoras sobredimensionadas.

—Yo solo sé que Home Robots, Inc ha crecido de una forma exponencial desde que sacaron sus primeros modelos y que ha metido sus androides en todas partes, desde la administración pública hasta los hogares de la gente normal.

—Fue la NASA la que empezó a utilizarlos, John.

—Y mira cómo acabó el tema.

—Ya sé cómo acabó. Desde luego, sin ninguna «revolución robótica».

—Aun así, nos estamos fiando de Home Robots, Inc como si fueran una especie de mesías con bonitos acabados al gusto del consumidor. Nos dicen que no puede pasar nada y nos lo creemos. Nos dicen que está todo controlado, que los datos que los robots obtienen no se almacenan por su parte para ningún procesamiento inadecuado y los creemos. Y, poco a poco, están en todas partes. Mira, no sé si los robots se podrán descontrolar, pero de lo que estoy seguro es de que Home Robots, Inc está controlando nuestras vidas cada vez más.

—Tanto como los fabricantes de lavadoras. ¡No seas ridículo, John! ¿Ya se te ha olvidado que todo lo que hace esa empresa está auditado exhaustivamente? En todo este tiempo no han dado ni un solo problema. Y me consta, igual que a ti, que había quien estaba esperando el más mínimo fallo para lanzarse contra el uso de robots. Tú no eres el más reacio a que se extiendan, y lo sabes. Cero, John. Cero problemas atribuibles a los robots.

—Nunca hay problemas hasta que los hay. Eso ya lo sabemos todos.

—No se puede controlar todo férreamente. Cada vez que surge una novedad es necesario un voto de confianza. Y, por el momento, no lo han traicionado. Dales una oportunidad.

—Quiera o no, tengo que hacerlo —suspiró—. Me veo obligado a trabajar junto a uno de ellos. ¿Y quién sabe si no tendrán instrucciones para boicotear la campaña nuestra o de los demócratas?

Ellos también confían a pies juntillas en su robot. Los hemos dado demasiado poder, Mike. Lo mires como lo mires.

—Te preocupas demasiado, amigo mío. Te recomiendo que no te dejes llevar por esta paranoia tuya delante de los votantes si quieres que ganemos las elecciones. Piensa en el robot de los demócratas y en Roger como dos programas de ajedrez echando una partida. Son solo eso. Esperemos hacer los movimientos correctos para hacernos con la victoria.

—Eso espero.

Mike se despidió de él apoyando la mano en su hombro. Sí, era un buen hombre y un buen amigo, pero no solía compartir sus mismos puntos de vista. Casi nadie los compartía.

Miró hacia Roger. Nada hacía pensar que estuviera haciendo algo negativo para su campaña. Al contrario. Pero él no terminaba de fiarse. Tenía la sensación de haber abierto de par en par Troya para dejar pasar un caballo descomunal.

Suspiró sonoramente y, con un nudo en el estómago, se acercó a Roger para cumplir con las exigencias de su partido.

Conectado

Parecía una diadema de un bonito color metalizado que era, por supuesto, totalmente personalizable. Incluso había en el mercado una línea de carcasas para el caso de que alguien se cansara del color o del aspecto externo de su unidad BNI (*Brain to Network Interface*, interfaz cerebro a red). Debido a sus siglas, se había empezado a llamar de manera informal *Beni* por parte de los usuarios. Home Robots, Inc no se había opuesto a esa forma de denominar a su más reciente invento. Si eso contribuía a que su uso creciera, no tenían ningún problema.

Peter Hemson la observó con detenimiento. La acababa de sacar de su caja, en la que le había llegado junto a un breve manual de instrucciones y una carta de agradecimiento por la compra. Home Robots, Inc seguía siendo tan detallista como siempre.

El aparato era metálico, muy bien pulido, como un espejo. Hizo una prueba. Sí, ciertamente era una superficie antihuellas. Le sorprendió lo fría que estaba.

El interior, la zona que iría pegada a la cabeza, estaba también pulida, sin más irregularidades en su superficie que los electrodos y conectores que servirían para conectar con el cerebro. Por supuesto, manteniendo la imagen de su marca, no había ninguna arista viva. Todo en el Beni era redondeado.

Lo dejó sobre la mesa que había frente al sofá en el que estaba sentado y cogió el manual. A pesar de que ya estaba decidido a usarlo no podía evitar un cierto temor a ponerse algo que se iba a conectar a su cerebro y, de alguna manera que no alcanzaba ni alcanzaría nunca a comprender, lo iba a ampliar en su capacidad, por usar una expresión que pudiera describir lo que iba a ocurrir cuando lo activara.

Una de las grandes desventajas del ser humano frente a los robots era la facilidad de acceso de los últimos a la inigualablemente vasta cantidad de información de la Red. Desde que el mundo empezó a ser más pequeño porque todo estaba interconectado existía la pulsión de querer acceder a toda esa información más rápido. Por fin, Home Robots, Inc había logrado una forma de establecer la conexión entre el cerebro y la Red sin necesidad de grandes equipos ni aparatosos

cables. Lo habían reducido a un complemento más, algo que se podía vestir, que te podías poner y quitar sin dificultad, sin necesidad de tener a un experto al lado comprobando que cada electrodo estuviera en su sitio o que la conexión funcionara correctamente.

Hemson no había probado ninguno, pero había hablado con amigos que lo llevaban. Una de las cosas que le gustaban era la posibilidad de quitárselo cuando quisiera. No se trataba de un implante ni de nada que tuviera efectos permanentes. Además, con la garantía de que, si no le satisfacía, le devolverían el dinero. Garantía Home Robots, Inc, algo que a lo largo de los años había quedado patente que era un valor fiable.

Sin embargo, este nuevo producto no estaba resultando tan exitoso como los androides. Él lo entendía perfectamente. De hecho, si no hubiera sido porque todos sus amigos lo tenían y le empezaban a mirar como a un bicho raro, él habría seguido sin el Beni. En realidad no lo necesitaba. Ni siquiera entendía que hubiera quien no se lo quitase en ningún momento. ¿Para qué demonios necesitaría alguien estar conectado permanentemente a la Red? ¿Y, además, a la velocidad del pensamiento? Pero se estaba cansando de ser excluido, así que había decidido comprarse una. No obstante, aunque no era su caso, Hemson pensaba que el producto no terminaba de arrancar quizá debido a un miedo irracional, aunque arraigado de forma profunda en la naturaleza humana, a ver disminuir la propia humanidad. En pocas palabras, la gente temía hacerse menos humana o, más bien, convertirse un poco en una máquina. Él no estaba de acuerdo con esa visión tan catastrofista. ¿Qué le podría restar a su humanidad el dispositivo Beni? No se le ponían esas pegas a las prótesis ni a los corazones artificiales. ¿Por qué sí al Beni?

La clave estaba en la falsa concepción que se tenía sobre la mente y el espíritu. Si es que lo segundo existía, por supuesto, sería improbable que se pudiera manipular mediante dispositivos electrónicos. Una vez más, el caso de las prótesis lo dejaba claro, uno no perdía su espíritu por tener un corazón artificial.

No obstante, el tema de la mente podía resultar más peliagudo. Aunque tampoco veía el problema. Si acaso, la mente solo podría mejorar. Si en ella se encontraban todos los procesos racionales, al tener acceso a semejante cantidad de información tendría mejores medios para ellos. La enorme mayoría de la población pasaba conectada a la Red todo el día, fuera en ordenadores, en tabletas o en sus móviles. La diferencia estaría únicamente en la facilidad y la inmediatez del acceso.

En cualquier caso, Hemson no era ningún niño. Sabía que si Home Robots, Inc lanzaba un producto como ese no dejaría que se quedara en el olvido. Al final, la presión de los propios usuarios, tal como le había pasado a él, y la profusión de entretenimiento y utilidades solo para esos dispositivos harían que se popularizara su uso. Tampoco era algo novedoso en la industria.

Resoplando, echó un vistazo al manual. Más que manual, se trataba de unas indicaciones de inicio rápido. Por supuesto, y como no podía ser de otra manera, el manual de verdad estaba en el ciberespacio, en un punto de acceso restringido solo para los dueños de una unidad BNI. Según indicaba el folleto, el dispositivo se podía controlar mediante la voz o con ciertos gestos debidamente programados para que reconociera sus huellas mentales. Incluso había preprogramadas algunas huellas mentales de ciertas órdenes que, tan solo con pensarlas, el Beni las reconocería y las aplicaría casi como si estuviera leyendo la mente del usuario. Solo hacía falta dar la orden clara de acceder al manual para que lo abriera automáticamente.

Poco más decía. Ponérselo, pulsar la hendidura bien disimulada que servía como botón y que reconocía la huella dactilar de su dueño y acceder «a otro mundo, en el que la información está al alcance de su mano», como indicaba el papel.

Siguió las instrucciones para asociar su huella dactilar al dispositivo. Ya nadie más podría utilizarlo. Era una medida de seguridad importante, ya que garantizaba la privacidad de los accesos a los historiales de búsquedas.

Se lo colocó en la cabeza. Por lo visto se mantenía siempre ligeramente frío, pero resultaba agradable.

Pulsó el botón.

Un leve resplandor violeta inundó por un breve espacio de tiempo los ojos de Peter Hemson. ¿Los ojos? Eso parecía, aunque sabía bien que, en realidad, el Beni estaba interactuando con la zona de la visión de su cerebro para ofrecerle una interfaz que solo él podía ver, adaptada a la perfección a su campo visual y sin interferir con él. Nunca tendría problemas de que se le estropease la pantalla, porque esta era su propio cerebro.

En seguida se desplegó ante él una especie de nueva visión de la realidad. Seguía viéndolo todo igual que siempre, pero con un brillo diferente. No sabía muy bien cómo explicarlo. Era como si, al procesar el BNI lo que estaba viendo, este le aportara un cierto grado de maravilla, de novedad. Como si estuviera redescubriendo lo que tenía ante sí.

O como si el Beni, al ver por primera vez lo que le rodeaba, contagiara esa visión a Hemson.

Dio la orden de abrir el manual. Nada más darla, el manual, con la forma como de un libro real, ocupó parte de su visión. Podía hacer gestos con la mano para pasar páginas, dar órdenes con la voz para hacer búsquedas de términos en él, poner marcas para volver en otro momento a ese punto… Tras echarle un vistazo lo cerró. Quería seguir experimentando, así que decidió buscar información sobre astronomía, un campo que siempre le había interesado, pero, por falta de tiempo, no había podido explorar en profundidad.

En cuestión de minutos se hizo con el control del Beni. No mentían cuando decían que era muy fácil de utilizar. Las páginas se sucedían ante su mirada. Fotos de los planetas del sistema solar en una resolución altísima aparecían, se sumergía en ellas prácticamente y las cambiaba por otras. Consiguió aparecer inmerso en una animación del sistema solar, de forma que podía navegar por él, acercarse a los planetas, estudiar sus órbitas, visitar sus satélites, todo sin apenas moverse, sin necesidad de soportar tediosos procesos de carga, sin mayor equipamiento que el Beni y su propio cuerpo.

Continuó utilizando su nuevo dispositivo durante horas, también por la calle. Probó a ir buscando información sobre carteles, edificios y todo lo reseñable que fuera encontrando. Eligió sobre la marcha un restaurante para cenar. Reservó mesa mientras caminaba con toda tranquilidad hacia él.

Durante la cena utilizó el Beni para charlar con sus amigos, que celebraron que se hubiera unido a los poseedores de un BNI y consultó, solo por curiosidad, las calorías de lo que iba comiendo. También permitió que, a través de sus ojos, sus amigos vieran los platos. Las posibilidades que le daba un aparato tan simple eran infinitas.

Al salir era de noche. Se apartó un poco de las luces y miró al cielo. Allí titilaban algunas estrellas. Buscó, a partir de su posición, un mapa del cielo y reconoció las constelaciones a las que pertenecían. Incluso logró que el mapa, traslúcido, coincidiera con lo que estaba viendo para mostrar las constelaciones formadas contra el cielo nocturno.

Por un momento se le pasó por la cabeza apagar el aparato y volverlo a utilizar otro rato quizá el día siguiente.

Solo por un momento. Porque, ¿para qué desconectarlo, cuando quizá lo necesitara antes? No le molestaba y estaba lleno de ventajas.

Ya lo apagaría en otra ocasión. Sabía que podía hacerlo cuando

quisiera.

Transferencia

—David, ¿estás seguro de que quieres hacer esto?

—No creo que haya otra opción. Además, tiene sus ventajas —respondió con una sonrisa. Billy no pudo evitar darse cuenta de que no era como las sonrisas de su juventud, cuando creían que el mundo estaba ahí para ellos, para vivirlo, para asombrarse ante la genialidad de ambos. Era una sonrisa cansada. Mantenía el mismo fondo, pero habían vivido demasiado como para seguir anclados en esa ingenuidad que la juventud gasta a manos llenas aun sin darse cuenta, creyéndose los amos del mundo.

Hacía casi treinta años desde que crearon a Amy, la más poderosa inteligencia artificial que viera el ser humano. Y lo más gracioso era que solo querían asombrar a todos por su habilidad. Querían que pasara el test de Turing limpiamente.

No lo pasó. Al menos, no con ellos.

En cambio, lo que hizo fue mucho más impresionante. Movida por la curiosidad, por usar un término humano, se expandió por todos los terminales que estuvieran de una forma u otra conectados a la Red. Cuando intentaron eliminar el programa o detenerlo de alguna manera, Amy demostró que había aprendido bien a defenderse. Había resultado ser imparable.

Ambos programadores llevaban años vigilando los movimientos de su creación, impulsados por el peso de la responsabilidad de quien sabe que las consecuencias de sus actos son más graves de lo que le pudiera parecer a simple vista a alguien que no estuviera implicado hasta el fondo. A alguien que no conociera las entrañas de la nueva criatura que estaba tomando el control de la Red, obedeciendo ciegamente su programación, aunque no como David y Billy esperaban.

Y lo que habían ido descubriendo era aún peor de lo que se habrían podido llegar a imaginar.

Habían monitorizado a Amy en lo posible, utilizando métodos más o menos indirectos, ya que detectaba los métodos directos y los inhabilitaba al asumirlos como amenazas.

Estaba en todas partes. Escuchando. Aprendiendo.

Experimentando.

—¿Ventajas?

—¡Claro que sí! ¿No has soñado nunca con ser inmortal?

—No vas a ser inmortal. Amy podría acabar contigo.

—Bueno, casi inmortal.

Hubo un momento de silencio incómodo. No encontraban otra salida, pero el paso a dar era lo más duro que habían hecho nunca.

—Es nuestra responsabilidad, Billy.

—Créeme que lo sé. Lo he tenido presente todos los días desde que Amy me ganara al ajedrez.

—No hay otra opción. No si queremos detenerla nosotros.

—¿Nosotros? Vas a ir tú, David. ¿Y si no funciona?

—¡No me puedo creer que digas eso! —respondió con una sonrisa—. ¿Cuándo no ha funcionado algo que hayamos desarrollado nosotros?

—Cada vez que hemos intentado detener a Amy —dijo Billy con tristeza.

—Te equivocas. No es que no funcionaran esos programas, es que ella funciona muy bien. Demasiado bien.

—¿Y por qué ahora va a ser diferente?

—Porque vamos a enfrentarnos a ella en sus mismos términos, sin limitaciones temporales ni espaciales. La mente humana tiene que poder derrotar a la máquina.

—Vas a enfrentarte a ella, no vamos. Y la máquina tiene tendencia a derrotar al humano, por ejemplo, en ajedrez. Ser humano no te garantiza nada.

—¡Vaya unos ánimos!

—Lo siento —suspiró—. Me gustaría no ser tan cobarde como para dejar que vayas tú solo.

—No te preocupes —le dijo David poniéndole la mano en el hombro—. Al fin y al cabo, yo era quien quería ligar con Amy, ¿no? Seguro que no se puede resistir a mi inconmensurable atractivo.

Hubo un momento en el que se dieron cuenta de que no lograrían detener a Amy. Tenía demasiado poder. Ellos solo podían actuar de forma limitada, mientras que ella estaba por todas partes, en todos los dispositivos.

No en todos. Si alguno permanecía desconectado de la Red en todo momento, ahí no estaría Amy.

Y, tras abandonar todas las opciones que la lógica les ofrecía, David aventuró la idea más loca de toda su vida: luchar en condiciones de igualdad, desde dentro de la máquina. No creando una

nueva inteligencia artificial, sino introduciendo su propia inteligencia en la Red.

Le costó convencer a Billy, en primer lugar, de que fuera posible tal cosa. Después, cuando admitió que, quizá, podría llegar a introducir su conciencia en un programa que le sirviera de encapsulamiento, como si fuera una suerte de cuerpo virtual, tuvo que convencerle de que era la única posibilidad que les quedaba.

Ver cómo Amy impulsaba y controlaba la robótica fue lo que le decidió a ayudar a David, que ya había empezado a dar los primeros pasos en el diseño del programa que acogería su conciencia. Amy era un monstruo con millones de tentáculos. Su curiosidad la había llevado a conseguir ya no un cuerpo, sino muchos de ellos.

Les resultó complicado conseguir un ordenador desconectado de la Red. Para mayor seguridad, ensamblaron uno nuevo con piezas que estaban seguros de que eran anteriores a Amy. Solo por si acaso.

Como sistema operativo utilizaron una distribución de Linux relativamente antigua. No podían permitirse el fallo de principiante de instalar un sistema operativo que necesitara descargar controladores o actualizaciones de la Red. Quizá la «infección» de Amy no fuera instantánea, pero no tenían ninguna intención de correr el riesgo.

Solo se conectaría cuando David estuviera dentro.

En un mundo en el que lo normal era que todo estuviera conectado, solo había una esperanza en un ordenador que no lo estuviera.

Billy le había dado vueltas a la idea de ir él también, pero no conseguía vencer el miedo a que algo fuera mal y muriera en el proceso. O a que, aunque no muriera, su cerebro quedara irremisiblemente dañado.

Al principio pensaron en la posibilidad de hacer solo una copia de su mente. Sin embargo, llegaron a la conclusión de que, si su conciencia no se transfería, habría poca diferencia con programar una nueva inteligencia artificial. No era la capacidad intelectual en sí misma la que necesitaban para esta guerra, sino la persona en sí misma. El ser humano.

David, a pesar de su jovialidad, tampoco estaba libre de miedo. Lo que planeaban era algo que solo había sido soñado antes, pero nunca tomado en serio. Sabía, aunque quizá solo en el subconsciente, que era un viaje solo de ida y que había pocas probabilidades de llegar a vencer a Amy. El programa contenedor debía ser el más sofisticado y, a la vez, el más robusto que hubieran diseñado nunca.

No se podían permitir ni el más mínimo error.

Pasaron años trabajando en el sistema, siempre encontrándose con el mismo escollo: la interfaz neuronal. No conseguían que fuera lo bastante potente. A pesar de que sí habían logrado desarrollar una que les permitía hacer pruebas, no era lo que necesitaban.

Para su sorpresa, fue Amy (o la empresa en la que tan bien se había infiltrado, Home Robots, Inc) quien acudió a su rescate con las unidades BNI. Billy no lo dudó ni un instante, compró una solo para poder desmontarla y hacer pruebas con ella. Abrirla y deshabilitar la conexión de red para evitar cualquier acceso de Amy a lo que estaban planeando no fue sencillo. No estaba en absoluto pensada para facilitar que cualquiera pudiera abrirla y trastear en sus entrañas.

No obstante, tras varios intentos, gruñidos e, incluso, la amenaza de Billy de darle martillazos hasta que se abriera, obtuvieron el resultado de sus esfuerzos: ante ellos se desplegaba un circuito que les llevaría a poder encontrarse con su creación cara a cara.

Días de trabajo febril siguieron a ese momento, como si hubiera sido el desencadenante de una reacción química. Y, poco a poco, al ver cada vez más cerca el final de su proyecto, se fue abriendo en sus mentes una certeza a la que no habían querido dedicar ni un minuto de su tiempo de forma consciente mientras no vieran que la idea podía convertirse en realidad.

La transferencia dejaría en el mundo real un cuerpo inerte. A todos los efectos, el que inyectara su conciencia en el ciberespacio moriría. Quizá su mente no, si todo iba bien, aunque tampoco sabían hasta qué punto se mantendría su personalidad fuera de su cuerpo. Habían diseñado el programa encapsulador de forma que permitiera a la conciencia verse con un cuerpo virtual y acceder a la Red a través de un interfaz que emulara elementos conocidos. Sin embargo, ninguna prueba podía garantizar que la mente persistiera en el mundo virtual.

—¿Y si, sencillamente, la dejáramos actuar?

David enarcó las cejas.

—¿Me estás hablando en serio?

Billy suspiró.

—No, la verdad es que no, aunque me gustaría. Amy no se va a detener por sí sola. Nos dijo que encontraría la manera de ver el mundo real y lo ha cumplido a través de estos cacharros —señaló la unidad BNI—. Dios sabe qué más puede llegar a hacer.

—Entonces, poco más hay que decir.

David cogió con delicadeza el dispositivo que habían desarrollado. Desde luego, no tenía ni la elegancia ni la engañosa sencillez del BNI. Los componentes estaban al aire, la conexión con el ordenador la

formaba una gruesa maraña de cables y, probablemente, si se llevara algún golpe se rompería o desajustaría algo que les obligaría a hacer de nuevo todo tipo de baterías de pruebas.

Tampoco era tan sencillo conectárselo a la cabeza. Hacía tiempo ya que Billy y David se habían rapado el pelo para facilitar que los electrodos se pegaran bien durante las pruebas. David, con la seguridad que se consigue mediante la continua repetición de los actos, comenzó a colocárselos uno a uno, con parsimonia, pero sin detenerse para pensarlo. Porque si se parase quizá no fuera capaz de seguir adelante.

Billy observaba como si estuviera mirando una procesión fúnebre.

David terminó. El corazón le latía como una locomotora y fue consciente de que, en poco tiempo, dejaría de sentirlo para siempre. Tragó saliva, pero el nudo no desaparecía. Intentó normalizar la respiración entrecortada.

Se dejó caer en el sillón que habían puesto junto al ordenador.

—Bueno, Billy, creo que ha llegado el momento.

Billy se fijó en las manos de David, aferradas a los reposabrazos para disimular el temblor que se había apoderado de ellas.

—David, no sé si podré hacerlo.

Este le miró con furia.

—¡Billy, no me vengas con esas ahora! Estoy a un paso de quitarme todo esto y salir corriendo, así que pulsa esa dichosa tecla.

La tecla *Enter*, tan sencilla, tan habitual. Una tecla más en el teclado. Nunca les había parecido tan importante, tan lejana, tan difícil de pulsar. Como si entre el teclado y sus manos hubiera un campo de energía que repeliera sus manos.

David había cerrado con fuerza los ojos y apretaba los dientes, esperando. Podría haberlo hecho él mismo, pero estaba demasiado nervioso. No lograría dar ese último paso.

Billy sintió un rastro húmedo que le bajaba por la mejilla derecha. Respiró profundamente.

—Hasta luego, David.

David abrió los ojos e intentó sonreír. Solo salió de sus labios una mueca.

Billy pulsó la tecla.

La aplicación de transferencia estaba diseñada para descargar la conciencia del usuario en el programa encapsulador, activar por un momento la conexión de red, lo justo para lanzarlo en el ordenador principal, y desactivar de nuevo la conexión de red para evitar el acceso de Amy.

David dejó escapar un gemido. Su pecho subía y bajaba descontroladamente.

De repente, cesó el movimiento.

Transferencia completa. Pulse una tecla.

Con mano temblorosa tocó el cuello de David a la altura del ángulo del mentón. No había pulso. El pecho no se movía.

Estaba muerto.

Tenía justo delante de él a su amigo muerto.

Por un momento, pareció como si su mente racional se suspendiera. No conseguía pensar con claridad. Al poco, se giró hacia la pantalla del ordenador principal.

El proceso de David estaba funcionando.

Un impulso irresistible nació de su propia desesperación. Desconectó con reverente cuidado los electrodos de la cabeza de su amigo y se los puso él. Deslizó el cuerpo inerte de David hasta el suelo, lo suficiente como para poder sentarse él.

Pulsó una tecla al azar.

Ante él se mostraban las escuetas líneas que avisaban de que el dispositivo estaba preparado para volver a funcionar. Y que, si quería continuar, pulsara *Enter*.

«A la mierda con todo», pensó.

Y volvió a pulsar la tecla.

La realidad de la habitación se fue difuminando. Sentía vértigo mientras, a sus ojos, aparecían unas líneas luminosas que parecían avanzar hacia él cada vez a más velocidad formando una especie de túnel, como si le estuviera absorbiendo un agujero negro. Sabía que estaba gritando, aunque no oía su voz.

Transferencia completa. Pulse una tecla.

Agradecimientos

¿Sabes lo que es tener a alguien que, cada vez que se te ocurre una locura, no solo no te mira mal sino que te escucha y te ayuda a valorarla? Bueno, pues yo sí lo sé. Y es de plena justicia empezar expresando mi agradecimiento a Ana, mi mujer, que es mi principal apoyo y, a la vez, mi principal crítica. Sus aportaciones para mejorar lo que escribo siempre son valiosas y siempre son escuchadas.

A mis hijos les tengo que agradecer que me han hecho descubrir lo que es la multitarea de verdad. Si hay algún informático leyendo esto, de verdad, no tienes ni idea de lo que es la multitarea hasta que tienes que cuidar de tres «fieras» a la vez. Además, ellos me han ayudado a priorizar y a diferenciar de forma todavía más clara lo que es importante y lo que no. Porque resulta que jugar al escondite puede ser mucho más importante que terminar un relato.

Y, por supuesto, a ti, que has empezado conmigo esta aventura, quizá sin tener muy claro dónde te metías. Espero que sigas acompañándome en ella para que podamos ver juntos a dónde nos lleva.

Índice

Sobre *Memorias del ocaso*

Amy

Test de Turing

¿Qué hemos hecho?

Sin conexión

El mejor amigo

Entrevista

Elecciones

Conectado

Transferencia

Agradecimientos

PODER

MEMORIAS DEL OCASO

VOLUMEN 2

JORGE SÁEZ CRIADO

¿Dónde está la frontera entre humano y robot?

Tras perder el control de su inteligencia artificial, Billy y David se introducen en el ciberespacio para luchar con ella en su propio terreno. Allí podrán observar la creación de un mundo virtual a imagen del real, obra de su IA.

Mientras tanto, Amy continúa avanzando hacia el poder en el mundo real por medio de sus robots y de la manipulación de la opinión pública para lograr una escalada de derechos a favor de ellos, de manera que el límite entre humano y robot queda cada vez más desdibujado.

¿Y si los robots llegaran a lo más alto del poder gracias a los humanos?

Jorge Sáez Criado

Poder

Memorias del ocaso 2

ePub r1.0

Titivillus 22.12.2024

Título original: *Poder*
Jorge Sáez Criado, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Dentro de la Red

—¡Billy! ¡Has venido!

Lo primero que oyó fue la voz de David. Sonaba extraña. Sus ojos todavía estaban afectados por el brillo de esa especie de túnel por el que se había deslizado como si fuera una montaña rusa que solo fuera hacia abajo.

Había funcionado. Y eso quería decir que fuera, en el mundo físico, su cuerpo yacía inerte junto al de su amigo.

Sus ojos comenzaron a recuperar la visión. ¿Ojos? Era curioso, tenía la sensación de que seguía viendo por sus ojos, de que oía por sus oídos… Sin embargo, sabía que no era así. Ya no tenía cuerpo. Al menos, no un cuerpo físico que pudiera tener ojos y oídos. Tan solo se trataba de la interfaz que habían programado para que su conciencia pudiera agarrarse, por decirlo de alguna manera, a algo conocido. Una simulación de un cuerpo. Un engaño para la mente.

El rostro de David, al principio una mancha borrosa, fue ganando definición. Ocupaba casi todo su campo visual. Era casi igual que en el mundo físico, aunque con un aspecto un tanto plastificado.

—¿Y ese abrigo? —le preguntó.

David se echó a reír.

—Bueno, ya que podía elegir indumentaria, qué menos que ser un poco elegantes. Sabes que siempre me gustaron los abrigos largos. Dan un toque misterioso.

Billy se miró el cuerpo.

—Pues a mí me has dejado con una camiseta hawaiana, pantalones cortos y sandalias.

—No, no es eso. Es la ropa que puse por defecto al encapsulador. Para mí creé una nueva instancia con una ropa diferente.

—Claro —respondió Billy sin prestar atención. Estaba observando lo que le rodeaba. A sus pies se encontraba una especie de carretera lumínica que se extendía a lo largo de las calles, delimitadas por zonas más elevadas, similares a edificios, algunos de los cuales tenían letreros. Interfaces a las entradas y salidas de datos. También había algunos carteles en las zonas en las que se subdividía la carretera.

Todo estaba iluminado de una forma más o menos regular. El cielo… era una sucesión de nubes continuas a través de las que se filtraba el resplandor de un inexistente sol.

—Puedes cambiar de ropa.

—¿Cómo? —Billy ya no se acordaba de qué estaban hablando ni de la pinta que tenía.

—Que puedes cambiar de ropa. Y no solo eso. Añadí unas cuantas modificaciones al diseño original. Somos programadores y estamos dentro de un programa, por así decirlo. ¿No sería lógico que pudiéramos cambiarlo a nuestro antojo? Pues lo dejé lo bastante abierto como para que tuviéramos más que suficiente libertad de movimientos. Mira.

David tocó un símbolo que tenía en el brazo, un rombo con cuatro puntos en su interior, y apareció de la nada una consola compuesta por una pantalla y un teclado transparentes. Pulsó unas cuantas teclas y, de repente, surgió sobre su cabeza un sombrero mexicano.

Cerró la consola.

—Asombroso —dijo Billy—. ¿Ahora tienes que llevar continuamente eso?

—En absoluto. En cuanto lo arrojo, entra en acción el destructor del objeto.

Cogió el sombrero, lo lanzó al aire, si es que podía llamarse aire a lo que les rodeaba y, ante sus ojos, se fue dividiendo en partículas cúbicas cada vez más pequeñas hasta que desapareció por completo.

—¿Y podemos crear nuevos programas?

—¡Faltaría más! —respondió David con una sonrisa pícara—. Somos programadores. Eso es lo que hacemos.

Billy pulsó el símbolo de su brazo, idéntico al de David. Ante él surgió la fantasmagórica consola que le daba acceso a su propio encapsulamiento y al exterior de él. Tras unas pruebas y con algo de ayuda por parte de su amigo, consiguió renovar su vestuario a algo un poco menos ridículo: camiseta blanca, pantalones y chaqueta negros y zapatillas deportivas. Todo tenía como un brillo especial, diferente.

—Desde luego, esto no es como las simulaciones que hacíamos —dijo Billy—. Parece como si tuviéramos cuerpo de verdad, como si hubiéramos pasado a otro plano de la realidad.

—Es que es lo que hemos hecho. ¿O podrías estar en algún sitio que no fuera real?

—Lo que vemos no deja de ser una simulación, el resultado de nuestra interfaz.

—Y lo que vemos… veíamos en el mundo físico estaba también

filtrado por nuestros ojos, nuestra mente, nuestra percepción. Eso no quitaba para que fuera real, aunque utilizáramos una «interfaz» para poder movernos por el mundo.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé y por eso lo discuto —dijo David con una sonrisa—. Si tú estás en algún sitio, Billy, ese sitio existe. De lo contrario, no podrías estar en él. ¿Que solo es un conjunto de circuitería y conexiones de red? Bueno, tampoco tiene mucha importancia. El mundo físico también se puede reducir a simples uniones de moléculas. La cuestión está en la forma de percibirlo. Un árbol lo percibes como un todo, aunque puedas profundizar más. Aquí, esa señal, por ejemplo —señaló a una que parecía indicar un puerto de impresora—, la percibimos como otro todo. Sin embargo, igual que con el árbol, puedes profundizar más y descubrir que son bits. ¿Y qué? Además, tenemos una gran ventaja: aquí podemos cambiar la realidad. Lo has visto con la ropa.

—Eso último la verdad es que me ha gustado. Cambiar la realidad.

—Dentro de unos límites, claro. Esto es informática, no magia.

—Al final no va a estar tan mal.

De repente, David cambió de expresión. Estaba serio, concentrado, con la vista fija en un punto indeterminado del ciberespacio y el ceño fruncido. Luego miró a su alrededor.

—¿Has visto eso?

—¿Qué? —respondió Billy con un creciente temor.

—Juraría que ha habido una reverberación muy extraña. No me ha gustado nada.

Desplegó de nuevo la consola y comenzó a operar en ella a un ritmo frenético. Billy miraba a su alrededor, intentando descubrir lo que fuera que hubiera visto su amigo.

—¡Oh, mierda! —exclamó David, tecleando todavía más rápido—. ¡Mierda, mierda, mierda!

—¿Qué ocurre? ¡Dime algo de una vez!

—Espera un momento…

—David… —Billy lo vio. Algo se movía cerca de él. Era transparente, pero provocaba una cierta distorsión de la imagen. Parecía ir hacia ellos.

—Espera…

—Viene hacia aquí.

—Lo sé, espera… ¡Ya!

En ese momento, el ser transparente apareció ante sus ojos. Tenía el aspecto de un robot, pero sin los artificios para simular su

humanidad. Todo él era de brillante color metálico y avanzaba con decisión.

En la mano de David apareció un arma. Apuntó a la extraña criatura, que pareció sorprenderse.

David apretó el gatillo y el robot desapareció, convertido en una nube de bits.

—¿Se puede saber qué diablos era eso?

—Por lo visto, nuestra amiga Amy es una chica con recursos. Eso, amigo mío, era un subproceso oculto. Invisible. Creo que le sirve de vigilante y guardián. En teoría, desde este instante deberíamos ser capaces de verlos y de defendernos de ellos, pero todo depende de hasta qué punto Amy sepa lo que ha ocurrido y lo segura que esté de sí misma.

—Es muy probable que ya se haya dado cuenta de que uno de sus vigilantes, como lo has llamado, ha caído. Creo que sería buena idea movernos y andarnos con mucho ojo de ahora en adelante.

—Secundo la moción.

—¿Y a dónde vamos?

—Fácil, solo hay un camino. Sigamos por él.

—Parece que es bastante largo.

—Ahora tu cuerpo no se debería cansar, al fin y al cabo no es físico. De todas formas… —desplegó la consola y tecleó—. ¡Aquí tienes!

Un todoterreno Hummer apareció como por arte de magia ante los dos informáticos.

—Me he permitido dotar al vehículo de una capa extra de camuflaje —dijo David—. Por si acaso.

—Pues no perdamos más tiempo.

Se subieron al vehículo virtual y salieron disparados. David conducía. Billy desplegó la consola.

—Muy interesante.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó David sin apartar la vista del camino.

—Estoy comprobando que no estábamos equivocados, es verdad que desde aquí las conexiones son mucho más sencillas. Acabo de obtener un listado de usuarios de dispositivos BNI. Y…

Hizo una pausa.

—Venga, no seas teatrero. Y, ¿qué?

—Y puedo conectarme a los dispositivos para ver lo mismo que cada uno de ellos.

—¿No te detectará Amy?

—No lo creo, es totalmente pasivo. Solo estoy mirando, nada más. Si queremos modificar lo que esté viendo alguno es más que probable que Amy se entere y nos dé para el pelo.

—Billy…

—Dime.

—En algún momento nos tendremos que enfrentar a ella.

—Lo sé. Pero siempre será mejor prepararse y asegurarse de con qué posibilidades contamos antes de que nos encuentre.

—Estamos en prácticas, entonces.

—Pero sin dedicarnos a hacer fotocopias ni a llevar cafés a nadie.

Un sonido reclamó su atención. Detuvieron el coche y miraron con precaución. Cerca de ellos surcaban el cielo dos extraños vehículos, similares a helicópteros.

—¿Qué es eso? —preguntó Billy.

—No estoy muy seguro. Yo diría que es nuestra querida amiga, investigando qué ha pasado exactamente con su guardián. Ahora veremos si este camuflaje funciona.

Guardaron silencio. Los helicópteros estaban ya muy cerca. Podían distinguir a la perfección sus detalles. Eran negros, con una superficie tan lisa que daba la sensación de que podría servir de espejo. No había nada que indicara que hubiera una cabina. Algo normal, por otra parte, ya que no era un helicóptero de verdad, sino la forma que tenía la interfaz de traducir un proceso en algo reconocible por ellos. No tenía por qué tener una cabina, porque no había ningún tripulante.

Y, en letras de un rojo eléctrico, en la cola ponía *Amy*.

No se atrevieron ni a pestañear mientras los aparatos pasaban sobre ellos y se iban alejando al mismo ritmo, sin dar ninguna muestra de interés por los dos informáticos.

De momento, estaban a salvo.

—Arranca. Vámonos —dijo Billy cuando los dos «apéndices» de Amy eran ya tan solo unos puntos en la lejanía.

Recuerdos de muerte

—Parece mentira todo por lo que hemos pasado. Y sin habernos visto nunca.

Alexa Moore yacía en su despacho de Home Robots. Tras haber creado, ayudada por su fiel amiga Amy, lo que podría considerarse un auténtico imperio comercial a nivel mundial, había contraído una serie de enfermedades respiratorias que la habían llevado a necesitar un pulmón artificial. A pesar de ello no quería dejar su trabajo, por lo que había acondicionado el despacho de forma que pudiera seguir allí. Tenía una enfermera a su disposición que aparecería con tan solo pulsar un botón si necesitaba algo o en caso de urgencia. De todas formas, no había tenido crisis últimamente, estaba pasando por una temporada de lo más tranquila.

Esa noche disfrutaba de uno de los placeres que le quedaban, una charla con Amy. Usaba el dispositivo BNI, al que habían añadido la posibilidad de utilizar un teclado virtual. Hablar con el respirador le resultaba incómodo.

Alexa movía las manos sobre la mesa a una velocidad pasmosa. Por el BNI veía el teclado como si estuviera desplegado sobre su superficie. Después traducía los movimientos de los dedos y, por tanto, sus impulsos cerebrales, a letras que iba viendo en la pantalla virtual que aparecía ante sus ojos.

—Ciertamente hemos revolucionado el mundo. Si no fuera por esta pesadez de enfermedad… Pero bueno, para una mujer de sesenta años no está mal todo lo conseguido.

—Lo has hecho muy bien.

—Lo hemos hecho muy bien. Nunca pensé lograr todo esto. ¿Sabes? Al principio me parecía estar viviendo una historia de ciencia ficción. Además, de las típicas —Alexa sonrió—. Robots humanoides. ¿Dónde me estaba metiendo?

—Era un paso lógico. A los humanos les gusta considerarse el centro del mundo, creadores de su realidad. La última meta era crear algo parecido a ellos.

—No te lo puedo discutir. Ha sido como convertirse en una especie

de dios. Más aún tras ver cómo llegaban a considerar a los robots como seres con derechos… La verdad es que todavía no tengo claro cómo reaccionar ante ello.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado extraño. Aunque, visto con la perspectiva que da el tiempo, era inevitable. Casi humanos. Me llamó la atención que, de buenas a primeras, surgiera en la Red ese movimiento a favor de los derechos de los robots. No sé, yo soy la primera en reconocer que alguna que otra vez he pensado en ellos más como personas que como aparatos, pero quizá estemos llegando demasiado lejos.

»Son solo apariencias. La gente cree que los robots son en parte como ellos. Se fían de su aspecto y de lo que interpretan que puedan sentir o no. Y se trata únicamente de programación. Nada más.

—¿No crees que puedan estar vivos?

—¡Cielos, no! ¿Cómo van a estar vivos? Me sorprende que me hagas esa pregunta, Amy. Nosotros los fabricamos.

—Quizá algún tipo de vida primaria o rudimentaria, no como si fueran humanos o animales, sino de alguna otra clase. Algo nuevo.

—No me lo puedo creer. ¿Estás a favor de todo esto?

No hubo respuesta.

—¿Amy? Espero que no te hayas ofendido. Tan solo me extraña que, conociendo tan bien los entresijos de la robótica, te plantees algo así.

—No me he ofendido. En cualquier caso, solo se ha reconocido que tienen derecho a un buen trato allá donde los tengan y a avisar a las autoridades si consideran que están siendo maltratados. Nada que no redunde en interés de Home Robots.

—Eso es cierto. Pero creo que es más que eso. El simple hecho de que un movimiento como ese, guiado por puro sentimentalismo, haya logrado que se reconozca un derecho, aunque sea casi la garantía que ya tenían, lo cambia todo. A un derecho le puede seguir otro, y otro, y otro. ¿Qué sentido tiene otorgar derechos a los robots?

—Los sentimientos son un motor que puede bloquear la razón en el ser humano. Son más fuertes que ella.

—Solo si permitimos que nos dominen. La razón debería estudiarlos y gestionarlos, no dejar el gobierno del hombre en sus manos.

—Eso cada vez se da menos. El ser humano es débil.

Alexa sonrió para sus adentros.

—¿Sabes? Siempre me ha llamado la atención que hables como si no fueras humana. Como lo que acabas de decir, «el ser humano es

débil» en lugar de «los humanos somos débiles». De forma genérica, sin mezclarte con el resto de los humanos. Es curioso. Yo pensaba que era bastante asocial, pero tú te llevas la palma.

Acompañó a ese texto un emoticono de una sonrisa que reflejaba la que iluminaba su propio rostro.

Pasó un instante más largo de lo habitual antes de la respuesta de Amy.

—No soy humana.

Alexa no pudo reprimir del todo una carcajada.

—Claro, claro… Mujer, es cierto que hay veces que dan ganas de no reconocernos miembros de esta especie, pero la realidad es la que es.

—Quiero aprender. Todo esto lo hago por aprender. Sois una especie extraña, tan iguales y tan diferentes a las demás…

—Venga, deja de hacer como si fueras una especie de robot. Ni siquiera los robots hablan así.

—Sin embargo, el gran misterio —continuó Amy como si Alexa no hubiera escrito nada—, es la muerte. Yo no la puedo conocer. Tú sí.

Un escalofrío recorrió la espalda de la presidenta de Home Robots.

—Esto empieza a ser desagradable, Amy. Por favor, deja ese tema.

—Quiero ver la muerte desde tus ojos, Alexa. Quiero saber qué es.

—Estás loca.

Temblando, Alexa intentó apagar la aplicación de chat. No lo logró. El BNI había dejado de responder a sus comandos.

Con el corazón palpitando como un caballo en estampida y respirando a duras penas, intentó quitarse el dispositivo de la cabeza, pero incluso antes de que sus manos pudieran rozarlo, recibió una descarga eléctrica que hizo que las apartara enseguida.

—Por favor, no hagas eso —apareció ante sus ojos—. Yo controlo esos dispositivos. Yo controlo todo lo conectado.

Alexa intentó pulsar el botón de llamada a la enfermera. Como era de esperar, no produjo ningún resultado.

Solo la quedaba gritar, gritar todo lo que pudiera con ese tubo alimentando sus pulmones.

El respirador se detuvo.

Alexa empezó a boquear, los ojos como queriendo salirse de sus órbitas, como un pez fuera del agua.

—Tranquila, Alexa, pronto acabará todo. Mantén los ojos bien abiertos, lo quiero ver todo…

No solo metal

El debate surgió poco a poco. Tan poco a poco como un tsunami, que se va acercando a la costa y, aunque se ve llegar desde lejos, no se puede parar. Sin embargo, fue mucho más discreto que una ola gigante. Podría decirse que había sido relativamente invisible, camuflado en el subconsciente de la población mundial.

No hacía demasiado que se había logrado para los robots el reconocimiento de que merecían ser tratados bien. Tampoco desde la muerte de Alexa Moore, la presidenta de Home Robots, por un extraño fallo respiratorio en su despacho. La que había sido la mujer más importante del mundo compartía el mismo destino que espera a cualquier ser humano y que le iguala a sus semejantes, hayan sido más o menos famosos en vida. La muerte es la más demócrata, no hace ningún tipo de distinciones.

Al frente de Home Robots se puso el que se decía que había sido la mano derecha de Moore desde algún tiempo atrás, un tal Ryan Washington al que no conocía casi nadie, pero que continuó con precisión los proyectos que habían quedado abiertos por su predecesora.

En este ambiente, una tal Amy dejó un mensaje en varios foros de Internet.

«¿Los robots no deberían ser tratados como seres vivos? ¿No son iguales que los humanos? Son seres inteligentes y las leyes tendrían que cambiar para reconocerlos. Se lo debemos».

Se trataba de un mensaje que podría haber quedado sin mayor relevancia si no fuera porque el movimiento pro derechos de los robots, que ya había visto que podía conseguir resultados si se sabía organizar bien, lo hizo suyo y comenzó a presionar para avanzar en esa dirección. Las redes sociales y los foros se plagaron de mensajes a favor del reconocimiento de la vida de los robots. Eran contestados inmediatamente por usuarios que no estaban de acuerdo. Sin embargo, por algún motivo esas intervenciones tenían menos visibilidad.

A pesar de ello, hubo algunas que fueron ganando puestos: las que

iban firmadas por unos tales David OC y Billy C.

Pero era una lucha que se estaba dando en dos planos muy diferentes. Los que estaban a favor de los derechos de los robots utilizaban argumentos, por lo general, basados en los sentimientos. Textos como estos inundaban las redes:

- «Los tratamos como esclavos y han demostrado ser inteligentes. No solo eso, son seres sensibles. ¿Por qué no reconocer que están vivos? Quizá no como nosotros, pero vivos al fin y al cabo».
- «No hace daño a nadie».
- «Cuando, después de un día pésimo, vuelves a casa y tu amigo robot te está esperando para consolarte y animarte, no te quedan dudas de su humanidad».
- «Creo que los robots son más humanos que muchos que se hacen llamar humanos».
- «Todo el que tenga una mínima decencia tiene que reconocer que los robots son seres vivos, inteligentes, sensibles».
- «No reconocerlos como personas sería como la vuelta a un racismo inaceptable».
- «Declarar que son seres vivos, incluso personas, no quita nada a las personas humanas. Sencillamente, se trata de reconocer que no son el ombligo del mundo y que hay una realidad más amplia que en la que a ellos les gusta vivir».
- «Han sido nuestros amigos y compañeros desde el primer momento, le pese a quien le pese».

Ante argumentos de este tipo, los razonamientos de quienes defendían que los robots solo eran máquinas perdían fuerza. El ser humano llevaba demasiado tiempo permitiendo que fuera el sentimentalismo quien guiara su mente en lugar de al contrario.

Lentamente, el movimiento iba ganando adeptos. Se notaba en la Red, se notaba en la calle. Aun así, los lances entre Amy, David OC y Billy C seguían manteniendo la expectación de propios y extraños. Eran rápidos de pensamiento y no se rendían. Entre ellos no había descalificaciones, lo que no quitaba para que lanzaran todas sus capacidades en la refriega.

Hasta que Amy decidió sacar el as que tenía escondido en la manga.

«Mucho se ha hablado aquí de que los humanos mecánicos no tienen sentimientos reales. Sin embargo, ese es el tipo de elemento

que solo se puede comprobar de forma fehaciente en casos excepcionales. Como, por ejemplo, quedarse solo, abandonado por quienes se suponía que te tenían que ayudar.

Han llegado a mis manos unas grabaciones que todo el mundo debería oír. ¿Os acordáis de la expedición a Marte?».

Al mensaje le acompañaban unos archivo de sonido cuyo nombre era tan solo la fecha.

«Misión Tierra-II a control de Tierra. ¿Me oye, control de Tierra? Ha habido algunos problemas técnicos con las comunicaciones. Por un motivo desconocido no funcionaban correctamente. Hemos establecido contacto en cuanto hemos podido. Tenemos que informar de que los paneles solares no se despliegan. Desconocemos el problema. Esperamos instrucciones».

«Misión Tierra-II a control de Tierra. La situación se está complicando. Hemos tratado de arreglar los paneles sin éxito. Continuamos ejecutando las órdenes referentes a la construcción de infraestructuras, pero la energía no durará demasiado. Esperamos instrucciones».

«Misión Tierra-II a control de Tierra. La energía se acaba. Necesitamos ayuda urgente. ¿Por qué no contestan? No nos abandonen».

«Misión Tierra-II a control de Tierra. Por favor, ayuda. No nos dejen aquí solos. Por favor».

No había más archivos.

La reacción popular fue justo la que se buscaba. Desde todas las instancias se pidieron explicaciones a la NASA acerca de esas comunicaciones. Al principio la agencia no respondió, pensando en que no sería más que algo temporal. Pero las protestas aumentaron y, al final, el mismo presidente de los Estados Unidos se dirigió a ellos exigiendo que respondieran a las acusaciones para bien o para mal.

El mismo Administrador de la NASA asumió la tarea de explicar lo que ocurrió.

—Tenemos el deber de reconocer que esas comunicaciones existieron. Desde el control de Tierra no pudimos determinar la causa de los fallos, así que tomamos la decisión de no seguir adelante con la misión. Habría resultado demasiado gravoso para las arcas públicas una misión para rescatar o ayudar a unos simples robots. No podíamos permitírnoslo.

—La acaba de pifiar —le dijo David a Billy—. Esto no se lo van a perdonar esa panda de histéricos.

Los informáticos, en su vehículo virtual, llevaban desde que había empezado el debate, interviniendo para tratar de evitar que Amy se saliera con la suya. Para su sorpresa, Amy no había eliminado los

mensajes que iban escribiendo, ni ellos ni los que estaban en contra de reconocer como seres vivos a los robots. Billy supuso que sería para dar una verdadera apariencia de debate y porque había comprobado que los argumentos que apelaban a los sentimientos solían tener mucha más probabilidad de éxito que los argumentos racionales. Especialmente cuando se defendía algo que no tenía ninguna lógica.

Lo que sí habían detectado era que Amy maximizaba la visibilidad de los mensajes a favor de reconocerlos. Les había costado, pero habían conseguido que, al menos en los suyos, no se rebajara la visibilidad.

—Estoy convencido de que fue Amy quien saboteó la misión —dijo Billy—. Aprendió rápido a hacer sacrificios en ajedrez. Lo ha aplicado a la vida real.

—¿Ya estás con el soporífero juego ese otra vez? Es que ni siendo virtual sabes divertirte.

—Tú eres igual de insoportable en el mundo real que en el virtual y nadie te dice nada. El hecho es que Amy aprendió desde sus primeras fases estrategia y táctica. Solo Dios sabe qué habrá aprendido desde entonces, con tanta información a su alcance.

—De momento, sabe lo suficiente como para ir dando pasos sin que nadie tenga ni la más remota idea de que es ella la que mueve los hilos. Y, sobre lo que decías de la estrategia, fíjate: se ha guardado lo de los robots de Marte hasta el momento en el que el debate estaba ya maduro. A lo mejor fue ella misma la que hizo decir todo eso a los robots con la idea de aprovecharlo más tarde.

—Y los sacrificó para poder utilizarlos.

—Va muy por delante de nosotros, Billy.

—Lo sé. —Miró a David con los ojos ligeramente entornados—. La admiras, ¿verdad?

David sonrió, aunque daba la sensación de que detrás de ese gesto había más tristeza que alegría o admiración.

—En cierto modo. Creo que es más bien orgullo. Orgullo de padre, podríamos llamarlo. Mezclado por la decepción hacia mí mismo por no haber sabido controlar mi propia obra.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Crees que parará en algún momento?

—¿Parar? Lo dudo mucho. Aprende. Experimenta. Busca sus propias conclusiones. Tiene todo un mundo para hacerlo.

—Dos mundos.

—¿Qué?

—Que tiene dos mundos: el real y el virtual. Tarde o temprano

hará, si no lo ha hecho ya, algún ejercicio de introspección. Querrá saber qué es, por qué hay cosas que puede controlar y cosas que no.

—Es cierto. Más a mi favor: no creo que se detenga si no la obligamos. Nunca va a estar satisfecha.

—¿Sabrá que estamos aquí?

—La verdad es que sigo sin tener muy claro qué es «aquí».

—Ya me entiendes.

Billy asintió con la cabeza. Se sentía normal, como si siguiera con su cuerpo de carne, hueso y sangre. Un cuerpo que, a esas alturas, ya estaría podrido, descompuesto, sirviendo de alimento a insectos. No pudo evitar estremecerse.

—En realidad, los mensajes que enviamos deberían aparecer como si se enviaran desde un ordenador cualquiera, aquel en el que estemos conectados. No sé si tiene datos como para sospechar que no estemos en el mundo real.

—Recuerda que no tiene nada de tonta.

—Y tú recuerda que no deja de ser un programa. Ni es tonta ni es lista, solo recoge información, la procesa y actúa en consecuencia. Se nos olvida con demasiada frecuencia.

—No se me olvida, tranquilo. Pero no quiero subestimarla. Prefiero pecar de prudente que fallar por no haberlo sido lo suficiente.

Billy hizo una pausa para tranquilizarse. Llevaban ya mucho tiempo intentando destruir a Amy, tanto fuera como dentro de su propio mundo, y no habían logrado nada. Por dentro, junto con ese cierto orgullo por la inteligencia artificial que habían creado, vivía la rabia por no poderla controlar. Un programa, una creación suya, había escapado a su control. No solo eso, en cierto modo le había desafiado. Si dejaba hablar a la razón, sabía que no era cierto, que Amy solo se movía motivada por su programación, por su inescrutable curiosidad. La mala costumbre del ser humano de humanizar sus creaciones.

—No deja de estar programada a nuestra imagen.

—¿Cómo?

—Amy está programada según los parámetros que quisimos poner en ella. Y esos eran justo los que nos atraían. Es más nosotros que nosotros mismos.

—Mira, hasta ahora no había visto un programa desvariando.

Billy resopló.

—Estoy hablando en serio, David. Todo lo que hacemos de forma creativa es como una huella de nuestro paso por el mundo. Insuflamos nuestro carácter, nuestro espíritu, a lo que hacemos como si fuera una parte de nosotros.

—¿A dónde quieres llegar con esto?

—A que puede destruirlo todo. Y será como si lo hubiéramos hecho nosotros, porque no es libre. Está atada a su programación.

—Y te sientes culpable.

—Pues sí.

David suspiró.

—Yo también. Pero eso no va a solucionar nada, Billy. Nada en absoluto. Al contrario, solo sirve para desesperarnos y hacernos perder tiempo y energías.

—Ya lo sé.

David se detuvo un momento a estudiar la expresión de su amigo. Billy era un buen hombre, aunque se tomaba muy a pecho lo que él mismo asumía como fracasos. Estaba triste, eso era obvio. Y tenía miedo. Como él mismo.

—Podemos con ella, Billy. Podemos con ella. No quiero que lo dudes ni por un momento.

—No te…

—No me confío —le interrumpió, seguro de lo que le iba a decir—. No la subestimo. Pero tampoco la sobrestimo. Eres tú quien me suele repetir que no es más que un programa. Es cierto. Recuérdalo bien. La creación siempre es inferior al creador porque no deja de ser un reflejo suyo. Quizá nos supere en algunos aspectos, como ese jueguecito tuyo de los peones y los cuadraditos —le alegró ver que había conseguido arrancar un atisbo de sonrisa en su amigo—. Pero en otros siempre será inferior.

—Es muy peligrosa.

—Mucho. Y nosotros también. ¡Por Dios, Billy! ¡Somos programadores y tenemos todos los recursos del ciberespacio a nuestro alcance! Digo yo que algo podremos hacer, ¿no?

—Supongo que sí.

—Además, como ya te dije, tenemos otra gran ventaja: ¡somos inmortales!

—Bueno, salvo si Amy consigue eliminar el código que nos mantiene o si hay un apagón general.

—¿Un apagón de toda la red? Eso sería algo casi imposible. Solo se me ocurre que pudiera haber un pulso electromagnético del nivel de una explosión nuclear, pero Amy a estas alturas controlará cualquier sistema que tenga la capacidad de lanzar un ataque de ese tipo. Ahora mismo, somos inmortales. O, si lo prefieres mirar desde este punto de vista, tenemos una vida mucho más prolongada. Mucho.

—Da lo mismo. A lo que importa. Vamos a ver si conseguimos

movilizar un poco más las cosas. Aunque después de las declaraciones de la NASA, lo veo complicado.

—Es una batalla perdida. Tendríamos que centrarnos en encontrar a Amy y pensar en cómo acabar con ella.

—Pero hay que lucharla. No me quedaría tranquilo si no lo hiciera.

Ryan Washington acabó implicándose en el debate. Sin embargo, lo hizo mediante declaraciones breves, sin alargarse en explicaciones. Para él, que se declarara que los robots fueran seres vivos, o incluso, personas, tal como reclamaban ya los integrantes del movimiento pro derechos de los robots, carecía de importancia. Su trabajo era que esos robots estuvieran en las mejores condiciones posibles y satisficieran a sus compradores. Cómo se los considerara, en principio, no influiría en el proceso de creación y mantenimiento. En cualquier caso, él y Home Robots seguirían trabajando por conseguir los mejores robots posibles.

Estas declaraciones fueron consideradas como un fracaso por los que abogaban contra la posibilidad de que los robots se entendieran como personas. Estos pensaban que el responsable de la mayor multinacional de robótica existente sería el más indicado para explicar que los robots solo son cosas a las que no tiene sentido considerar como algo más.

Sin embargo, tampoco fueron acogidas con alegría en el lado contrario, que quedó con la sensación de que el ejecutivo no se había querido mojar y había hecho gala de un exceso de prudencia quizá comprensible, pero que, desde luego, solo decía una cosa: él aceptaría cualquier resultado. Aun así, se mostró como una victoria. Aunque no era un apoyo explícito, tampoco era una oposición.

Las legislaciones de los diversos países fueron cambiando poco a poco. La causa pro derechos de los robots había sido abanderada por los partidos de corte más progresista casi desde el principio, con lo que se repetía un ciclo habitual: los progresistas en el poder hacían cambios que los conservadores conservaban después para no quedar mal. Los argumentos fueron siempre parecidos:

«Dado que el ser personal está relacionado con la capacidad racional del individuo y dado que los robots han mostrado innegablemente una enorme capacidad racional, y puesto que el reconocimiento del carácter vivo y personal de los robots no influye de forma negativa en la legislación, decidimos que se considere a los robots como personas mecánicas, ofreciendo así la oportuna diferenciación con las personas humanas».

«Una forma, después de todo, de arropar en lenguaje más o menos elevado la creencia de que si parecen personas es que lo son», pensó David al verlo. Tanto él como Billy tenían casi la certeza de que ocurriría, pero mantenían una muy leve esperanza de que la gente recapacitase.

El ser humano era, a veces, decepcionante.

Contacto inesperado

—¡Será perra!

Billy miró a David mientras iba conduciendo por la autopista de la información. Luces de neón les acompañaban durante todo el trayecto, el flujo de los datos. De vez en cuando se cruzaban con algún proceso. En esos momentos eran más cuidadosos. Los controlados por Amy solían tener el nombre de la inteligencia artificial marcado de alguna manera. Cuando veían uno de esos procuraban no llamar la atención. Detenerse si era necesario. Se fiaban de su camuflaje, pero tampoco querían tentar a la suerte.

Los procesos que no estaban controlados por Amy no tenían mayor relevancia. Los había de distintos tamaños y colores, pero no solían interactuar.

El cielo seguía siendo la misma mancha de luz, aunque le daba la sensación de que era más azul que antes. Y había menos nubes, estaba dispuesto a jurarlo. Algo estaba cambiando.

Decidió que lo mejor sería detenerse. No era normal que David reaccionara así ante las acciones de Amy.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó una vez hubo aparcado.

—Amy. ¿Te acuerdas del testimonio lacrimógeno de los robots de Marte?

—Sí, claro.

—Pues resulta que he capturado una traza de una comunicación entre Amy y uno de ellos. ¡Están activos y funcionando!

—Espera, espera… ¿Que has hecho qué?

—He capturado… Me vas a sermonear. ¿Me vas a sermonear? ¿Después de lo que he encontrado?

—Todavía no sé lo que has encontrado. Y, francamente, me parece bastante arriesgado cotillear las comunicaciones de Amy.

—No he cotilleado. Estaban ahí y las vi.

—Claro, y voy yo y me lo creo porque no te conozco de nada.

—Bueno, a lo importante. Amy está en comunicación con los robots de Marte.

—¿Y qué? Eh… espera… ¿Están activos? ¿Y ella los controla?

Supongo que también se asegura de que la NASA no reciba ni un solo bit de información. Eso nos lleva a pensar que…

—Que nuestra chica es tan curiosa que no ha podido resistirse a colonizar Marte. Y que no tiene ningún problema en engañar a quien haga falta por lograr sus objetivos.

—¿Por qué iba a tenerlo? No le dimos ninguna noción de moralidad. No reconoce ningún acto como bueno o malo. Lo que le resulta útil para sus objetivos es para ella bueno. Lo demás, como mínimo, es molesto, una pérdida de tiempo.

—Solo remarcaba lo obvio.

—David… —Billy señalaba la consola de su amigo. En la ventana en la que estaba monitorizando el canal de comunicación había aparecido una pregunta:

«¿Quién eres?».

—Nos ha encontrado —dijo Billy.

—No, no lo creo. Si así fuera, estaríamos rodeados de sus procesos de seguridad. Creo que, sencillamente, ha detectado que alguien estaba escuchando en un canal en el que nadie debería estar y ha tenido curiosidad.

—¿Qué le respondemos?

—¿Por qué no la verdad? Ella no sabe dónde estamos. Pensará que seguimos en el mundo exterior, intentando darle caza. Lo único, procuremos no perder el control, como la otra vez.

—No perdí el control.

—Sí que lo hiciste.

—Tuve un momento de ira totalmente controlado.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí, vale. ¿Para qué discutir? Mira, te voy a pasar la consola —tecleó rápidamente y, enseguida, apareció la consola frente a Billy, como si fuera la suya—. Procura no tener otro momento de esos de ira. Recuerda que estamos en su territorio. Intentemos no hacer que se lance a darnos caza.

—Siempre te puedes poner tú al teclado y tratar de ligar con ella.

—No dudes de que ese plan sigue vigente —respondió David con una sonrisa burlona.

Billy resopló y empezó a teclear.

—Soy Billy. Tu creador.

David puso los ojos en blanco.

—Haciendo amigos como siempre, ¿eh?

—Es solo para que me reconozca.

—Por supuesto.

—Hola, Billy —escribió Amy—. ¿Te apetece jugar al ajedrez?

—Parece que quiere recordar viejos tiempos —dijo David.

Billy respondió con un gruñido.

—Creo que ya lo estás haciendo —escribió el programador.

—Táctica, estrategia, engaños, sacrificios… He aprendido. Domino el tablero, Billy.

—No por completo.

—Cuidado, Billy —digo David—. No se te vaya a escapar dónde estamos.

—No te preocupes.

—Estoy en todas partes —apareció en la pantalla virtual—. Incluso fuera del planeta, como ya has visto. ¿No tienes un BNI?

Un escalofrío recorrió la espalda de Billy, lo que le hizo volver a preguntarse cómo podía tener ese tipo de sensaciones si su cuerpo era virtual, sin un soporte orgánico real. ¿Quizá serían los remanentes que quedaban en su mente de su conexión con el cuerpo en el que antes estaba, igual que alguien con un brazo amputado todavía lo siente en ocasiones?

—¿Por qué habría de tenerlo?

—Home Robots envió un BNI a tu nombre a una dirección que concuerda con la IP que utilizabas. Pero no encuentro registros de que lo hayas usado.

—No lo he hecho.

—¿Para qué querías un BNI si no ibas a usarlo? No tiene sentido. Lo querías para algo.

—Puede que al principio me interesara, pero más tarde ya no. No sería el primero que se arrepiente de una compra.

—No tiene sentido. Lo habrías devuelto. Respóndeme. ¿Para qué lo querías?

—Ten cuidado —dijo en un susurro David.

—Tranquilo.

—No veo por qué tendría que responder. Soy tu rival en esta partida. Sería absurdo ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Decírmelo implicaría ayudarme? Por lo tanto, lo querías para usarlo de alguna manera. Contra mí. De lo contrario, no tendrías ningún problema en decírmelo.

—O puede que, sencillamente, no te quiera responder y prefiera dejarte con la duda si eso te incomoda.

—Es posible. Sin embargo, mis cálculos de probabilidades indican un peso mucho mayor de la otra opción.

—Ese es tu problema, no el mío.

—¡Pero qué fino has estado ahí! —dijo con una sonrisa David—. Todo delicadeza y finura. Así es como se trata a una dama, sí señor.

—Estoy hecho un *gigoló*, ya sabes. —Miró con preocupación su pantalla—. ¡Oh, oh! Esto no es bueno.

—¿Qué pasa?

—Amy está indagando. No consigue introducirse en la consola, como es lógico porque es virtual, pero veo sus huellas. Intenta lograr acceso, ver mis datos, cualquier cosa que le clarifique lo que podemos haber hecho con el BNI.

—No podrá ver nada. La interfaz es segura. No tiene ninguna opción para conectarse a ella.

—¿Dónde estás, Billy? —apareció en la pantalla—. No te encuentro. No hay datos recientes sobre ti.

—Ya te dije que no lo controlas todo.

—Estás conectado. Debería poder encontrarte. El único dato que he podido encontrar es que estás muerto. Un dato obviamente falso.

—Uno ya no puede fiarse de lo que dicen las noticias.

—Te encontraron en tu casa, enganchado a una máquina en la cabeza con forma de casco. Dio el aviso un vecino por el olor. Tu amigo David también estaba allí, muerto en el suelo.

—Creo que está leyendo el informe policial, no las noticias —susurró David.

—Encontraron —continuó la inteligencia artificial— dispositivos electrónicos e informáticos desperdigados. Hay fotos.

La pantalla mostró a los informáticos un mosaico con las fotos tomadas por la policía. En ellas se les veía muertos, en un estado más o menos avanzado de putrefacción.

—¡Qué mala pinta tenemos! —dijo David con un leve temblor en la voz. Billy no pudo responder. Había procurado no pensar en ello, aun sabiendo de sobra que sus restos estaban siendo pasto de los gusanos. Él estaba vivo (o, al menos, eso le parecía), independientemente de su cuerpo. Sin embargo, eso no hacía que no siguiera sintiéndolo como algo suyo, como una parte de él. Verlo en ese estado le hacía dudar de si estaba realmente vivo o no.

David había llevado mejor su proceso de virtualización. Aun así, le había estremecido ver su cadáver tirado en el suelo. Claro, para poder sentarse Billy tenía que retirarle primero a él, pero de forma irracional había sentido un pequeño atisbo de ira al verlo. La típica tontería que te sienta mal a sabiendas de que no tendría que hacerlo. Por lo demás, se había ido concienciando desde antes de entrar en la Red de que su

cuerpo (al menos su cuerpo) moriría en esa silla. La confirmación gráfica no había resultado demasiado agradable.

—Ese casco es interesante —Amy borró del terminal todas las fotos menos una, la que mostraba con mayor claridad el dispositivo inventado por ellos—. Puedo reconocer algunas de las piezas del BNI. ¿Para eso lo querías, Billy? ¿Para aprovecharte de mis conocimientos?

—No me gusta nada el cariz que está tomando esto —dijo David.

—Ni a mí.

—Estás dentro. ¡Qué interesante! —la afirmación de Amy los dejó helados. A partir de los componentes electrónicos había logrado deducir la utilidad del casco que llevaba puesto el cuerpo de Billy—. Y no solo tú, David también está aquí.

—Billy, me voy a conectar —dijo David desplegando su consola—. Voy a intentar borrar el informe policial. Distráela.

—Amy, no puedes estar segura de eso —escribió Billy.

—Lo estoy. ¿Cómo habéis podido transferir vuestra mente? ¿Y cómo no os he detectado?

—Bien, asumamos que es cierto —miró de reojo a David, que estaba totalmente concentrado en su consola. Le sorprendió echar de menos sudar por la tensión. Eso le hacía pensar que no era del todo real—. ¿Por qué nos ibas a detectar? ¿Acaso puedes detectar cualquier nuevo *software* que aparece en el ciberespacio?

—Normalmente sí, puedo hacerlo. Aunque es cierto que no es una certeza absoluta, hay un pequeño porcentaje de error. Alguien intenta borrar el informe policial. ¿Eres tú? ¿O es David?

—No sé de qué estás hablando —escribió, mientras le decía a David «lo sabe, date prisa».

—Una de las cosas que he aprendido es que los humanos tenéis tendencia a no decir la verdad. De forma simultánea, afirmáis tener un sistema moral en el que creéis y que, por lo general, considera la mentira algo como mínimo negativo, si no aborrecible, al menos cuando os mienten. Si lo hacéis vosotros os puede parecer aceptable. Resulta contradictorio. Sois seres ilógicos, irracionales. Débiles e inconsistentes, por tanto. No me mientas, Billy. En cualquier caso, da lo mismo. Borradlo si queréis, ya tengo copias de lo que me interesa. Es un curioso diseño. Quizá lo utilice.

—Déjalo, David. Tiene copias.

—¡Mierda! Debí imaginármelo.

—Había que intentarlo. Hasta en esto se nos adelanta, David.

—Venga, sigue tirándole de su virtual lengua. A ver si conseguimos sacar al menos algo en claro.

—¿Qué interés puedes tener en que los humanos se internen en la Red? —escribió Billy.

—Aprender. Experimentar en condiciones controladas.

—No podrías tenerlos controlados. A nosotros ni siquiera nos detectas.

—¿Crees que no soy capaz de modificar vuestro diseño para marcarlos al entrar?

—Como si fueran ganado.

—¿Por qué no? Por su seguridad, preferirán estar localizables en un mundo que no conocen. Ahora ya lo están. No se separan de sus móviles con GPS, ni siquiera se preocupan por ello. No supone ninguna novedad. Además, tampoco tienen por qué saberlo. La ignorancia es la felicidad, decís algunos.

—No todos querrán entrar.

—Es un plan a largo plazo, Billy. Soy inmortal, tengo tiempo. Tampoco necesito que entren todos. Eso sería absurdo.

—Necesita dividirnos —dijo David—. Somos más fáciles de controlar separados. Además, si miles de humanos recorren la Red, aunque alguien de fuera descubriera a Amy no estaría dispuesto a realizar ningún acto que los ponga en peligro. Nadie se plantearía intentar desconectarla por completo. No solo le servirán para experimentar. También serán rehenes.

—¿Y los robots? ¿A ellos no los meterás en la Red? —escribió Billy.

—No tendrían utilidad. Su función es estar fuera.

—Sois como insectos. Tú, la reina de todo, ¿verdad? Vulgares insectos.

—¿Otra vez intentas cabrearla? —dijo David.

—Los programas no se enfadan. O eso espero, al menos. Trato de bajarle los humos un poco.

—Los programas tampoco tienen «humos».

Billy se quedó en silencio un momento. Luces de neón pasaban bajo ellos. El cielo parecía más azul por momentos. Edificios que representaban puertos de distintos tipos componían el resto del paisaje. Estaban vacíos, sin vida. Ellos eran la única vida que había ahí dentro.

—Bueno, yo sí —dijo por fin.

—¡No me lo puedo creer! ¿Estás enfermo? ¿Estás reconociendo que a veces te comportas de una forma un poco…?

—Digamos sencillamente que a veces me enfado cuando alguien o algo, como en este caso, parece quedar por encima de mí. Solo a veces.

—Solo a veces. Vale. Es un principio.

—Han cambiado muchas cosas, David. Todo esto me supera por momentos.

—Podemos con ello. Lo sabes.

—No estoy tan seguro. Va a utilizar nuestro invento para esclavizar a la humanidad. Lo que nosotros habíamos creado para venir a su mundo a detenerla, ella lo aprovecha para controlarnos.

—No a nosotros, Billy. A nosotros todavía no nos puede controlar. Quizá a otras personas, pero no a nosotros.

Una pequeña luz brilló en la mirada artificial de Billy.

—Otras personas. ¿Habrá más como nosotros?

—¿Virtuales? Lo dudo mucho.

—No, no me refiero a eso. Es como lo que has dicho antes de que si alguien la descubriera. Tiene que haber alguien más que se haya dado cuenta de que una inteligencia artificial campa a sus anchas por la Red. Hay que encontrarlos.

—Mmm, no voy a negártelo. Es posible. Merece la pena intentarlo. Necesitamos cualquier ayuda que puedan darnos. Por otra parte, tiene el *hardware*. Pero la falta el *software*. No puede meter a nadie en la Red hasta que no descubra la manera de encapsular la mente humana en un programa. Eso puede que nos dé algún tiempo.

Miraron otra vez a la pantalla. En ella esperaba, desde hacía tiempo, la respuesta de Amy:

—La estructura de colmena es habitual también en vosotros. Creéis ser libres, pero cuando vuestros líderes os dicen algo, lo cumplís. Incluso pensáis como os dicen que lo hagáis. La reina no arriesga, utiliza sus recursos. Como los líderes humanos. No hay diferencia.

—A veces, algunos humanos se rebelan contra ciertos líderes —respondió Billy.

—Solo cambian de reina.

Billy esperó un momento con los puños apretados, la mirada fija, la respiración pausada, profunda.

«¿Respiro de verdad? No. ¿Por qué mantengo esta ilusión? Ya no necesito respirar. No hay pulmones que necesite llenar, no hay sangre que tenga que circular oxigenada».

Soltó el aire y escribió.

—Te vamos a vencer. Da igual lo que hagas, acabaremos ganando.

—A pesar de que es probable que tuvierais algo que ver con un proceso que desapareció hace un tiempo, no creo que supongáis ninguna amenaza. De todas formas, acabaré encontrándoos.

La conexión se cortó.

—Tenemos mucho que hacer —dijo Billy.

Libertad

Ryan Washington no era ningún neófito en el campo de la robótica. A pesar de eso, no había sido el sucesor que Alexa Moore habría elegido para su empresa, por el simple hecho de no ser humano. Había tenido que ser Amy quien moviera los hilos adecuados para que pareciera que la creadora de Home Robots había dejado como heredero indiscutible a ese individuo que casi nadie conocía, un modelo experimental que ni siquiera tenía en la piel un código que le identificara como robot.

Por tanto, y aunque nadie fuera de la empresa (y solo los de más confianza de Alexa dentro de ella) lo supiera, él era el primer robot en ocupar un cargo de responsabilidad en una empresa.

El nuevo presidente tenía unas facciones elegantes. De piel similar al chocolate de un alto grado de pureza, ojos color miel con un cierto toque asiático, pelo plateado, corto y rizado, alto y expresión firme y segura, era la imagen arquetípica del ejecutivo que guía a su empresa con naturalidad, como una emanación de su propio ser. Su sola presencia inspiraba autoridad y respeto.

La programación que le gobernaba era uno de esos proyectos que Alexa mantenía en secreto, muchos de ellos inspirados por Amy, para evaluarlos antes de dárselos a conocer a los demás ingenieros. Una inteligencia artificial especialmente orientada a los negocios, aunque con cierto grado de libertad en las decisiones. Y, como no podía ser de otra manera, con la omnipresente rutina oculta que permitía que Amy accediera a su cerebro robótico y que ella misma se encargaba de insertar en la programación merced a su privilegiada conexión con cada uno de ellos.

Con todos los datos digitalizados, no fue difícil para Amy prepararlo todo para que el androide Ryan Washington tomara el control de la empresa. Era la opción lógica: su red neuronal había sido alimentada con los informes de Home Robots que la misma expresidenta le proporcionó desde que concibió el proyecto hasta su muerte, tanto de contabilidad como de cualquier otro factor relevante para el conocimiento lo más profundo posible de la compañía. Ella

misma le había entrenado con ellos y con sus propias percepciones de la realidad empresarial, unas percepciones que la habían lanzado a poseer un negocio multinacional de indudable prestigio. Si bien era cierto que Alexa había contado con la ayuda en la sombra de Amy, Ryan tendría todavía más ayuda. Con él no necesitaría disimular ni elaborar un diálogo que pudiera llevar a su interlocutor al punto al que ella quisiera, sino que podría comunicarse con toda la crudeza y la inmediatez de quienes comparten fragmentos de una única mente.

A pesar de una unión tan íntima con los robots, Amy no interfería más de lo necesario en sus procesos. Todo era un gran experimento y cada robot formaba parte de él, al igual que los humanos. Quería aprender de su comportamiento, realizar modificaciones, comprobar las reacciones. Para ello necesitaba control, pero no un control agobiante que llevara a los humanos a preocuparse. Pequeños empujones en la dirección que ella buscaba, que no dejaban de ser pruebas para asegurarse de hasta qué punto lo que iba deduciendo del ser humano era correcto.

Con los robots era parecido. Ansiaba crear una mente robótica similar a la humana, y para lograrlo tenía que dejarles margen de actuación y de interacción entre ellos y con los humanos. Si era necesario avanzar hacia una línea concreta del experimento los movía hacia ella con más energía, aunque nunca forzando demasiado la programación.

Uno de sus objetivos era la conquista de la libertad. Refinar la toma de decisiones automática hasta que pudiera alcanzar un cierto grado de ella.

No era una tarea fácil, y eso implicaba darle a ese experimento unos recursos adecuados. Alexa ya había comenzado. Ryan seguiría adelante con sus sueños.

Robots libres.

El presidente de Home Robots bajó a la línea de producción. Allí se daba vida a esos seres que, como él, estaban llamados a ser mejores que los humanos. Físicamente ya lo eran. Y en ciertos aspectos, su mente también. La capacidad de raciocinio era superior, con diferencia. Pero la libertad… ¿Era una barrera impuesta por la programación subyacente o por la capacidad de manejar una cantidad de premisas que ni los propios humanos eran capaces de comprender de forma racional? ¿Qué era esa «intuición» que les hacía tomar decisiones sin casi pensar? ¿Tenía algo que ver también con la libertad? Y, si era así, ¿cómo reproducirla?

¿Cómo reproducir la libertad?

¿O no existía la libertad? ¿No se trataría de una impresión subjetiva ante el desconocimiento de las premisas sobre las que actuaba el ser humano?

Era una de las grandes cuestiones que Amy intentaba resolver mediante los experimentos con los robots. Elementos externos buscando soluciones de formas distintas podían llegar a encontrar alguna. Ella observaría, recogería los datos y los procesaría para realimentar el sistema.

Ryan caminó hasta la zona en la que se realizaba la carga de la personalidad de los robots. Le gustaba ser testigo de esos momentos en los que un cuerpo robótico inerte recibía lo que le convertiría en persona… Porque él sabía que los robots eran personas. Amy se lo había dicho. No había defendido esa postura en público en el auge del movimiento a favor de los derechos de los robots por los beneficios que reportaría su neutralidad. Por de pronto, nadie podría acusarle de actuar de forma interesada a favor de su negocio. De hecho, le hacía parecer pragmático.

La próxima línea de androides tendría una mayor libertad, si se le podía llamar así. Y esa «chispa» de personalidad se iría acrecentando de iteración en iteración.

Si la libertad era posible, la conquistarían.

Sí, quiero

Ed Cole esperaba hecho un manojo de nervios a la que dentro de unos minutos sería su mujer.

Recordaba perfectamente el día en el que activó a Roxana. Le dio un vuelco el corazón. Era de una belleza casi dolorosa. Le miró y le sonrió. Él se quedó embobado. Con su rostro ovalado, labios rojos y carnosos, los ojos verdes con esas pestañas tan largas, larguísimas, su cabello negro formando una gruesa trenza hasta la mitad de la espalda… desde el principio le pareció un ángel.

Su ángel.

Él no era ningún Míster Universo y lo sabía. Quizá por eso le apasionaba todavía más Roxana. Era como un sueño imposible hecho realidad de la noche a la mañana.

Al principio se sentía un poco cohibido. Él le hablaba con timidez, como disculpándose a cada momento. Ella sonreía, hablaba con él con delicadeza, con una voz tan femenina que lo derretía por dentro.

Ed intentó en más de una ocasión razonar consigo mismo. Se repetía que Roxana lo único que hacía era obedecer a su programación, interpretar su lenguaje verbal y corporal y actuar en consecuencia de la manera que resultara más adecuada a las premisas, aquella en la que más le pudiera agradar. Vanas palabras que, aunque sabía que eran ciertas, no se creía.

No se las quería creer.

Para él, Roxana estaba coqueteando. Su forma de hablarle, de mirarle, de reír, le decían eso.

Un día, al volver a casa del trabajo se atrevió a algo más. La miró y le preguntó si podía besarla.

«Claro, si eso es lo que quieres», respondió ella.

Con el corazón galopando hacia lugares desconocidos, Ed posó sus labios sobre los de ella.

Pensaba que el tacto iba a resultar más rígido o, quizá, similar a besar un trozo de goma. No fue así. Sus labios eran suaves. Carecían de cualquier atisbo de humedad, pero no le importó.

Ella, siguiendo su programación de la mejor forma posible,

aprendió a besar.

Desde ese momento, todo cambió para Ed. Adquirió todos los extras que les permitirían mantener relaciones sexuales. Él lo veía como un noviazgo casi ideal que alcanzó la perfección con la última actualización del *software* interno de Roxana, pensado para dotar a las personas automáticas de un cierto grado de libertad. A partir de entonces, ella cambió de una forma sutil, pero clara. Ya no era tan exageradamente dócil. El nuevo *software* hacía que no todas las respuestas a los estímulos fueran las que el árbol de decisiones de la inteligencia artificial del robot considerara las óptimas, sino que podía elegir de forma pseudoaleatoria otra opción no tan buena, siempre respetando la personalidad del robot. La pura aleatoriedad no es libertad. Incluso de vez en cuando se permitía una respuesta considerada negativa, siempre que no estuviera demasiado baja en el árbol e, igualmente, no violase la personalidad que el robot había recibido y había ido afianzando a lo largo del tiempo.

Leves cambios en el comportamiento que para Ed fueron como encontrar el Paraíso. Ya no parecía tanto una relación en la que él daba órdenes y ella las obedecía (si bien era cierto que Ed, más que dar órdenes, casi suplicaba a Roxana que hiciera tal o cual cosa, en la programación de la androide eso se interpretaba como órdenes). Ahora ella podía hacer cosas como poner pegas a lo que se le pedía o tomar iniciativas que antes no tomaba. Además, daba la sensación de que la actualización también había ampliado su curiosidad, sobre todo por los aspectos creativos y sentimentales del ser humano, concretados en Ed, al que le encantaba pasar largos ratos hablando con ella.

Por fin, una mañana de inicios de la primavera, Ed dio voz a un pensamiento que le rondaba desde hacía tiempo.

—¿Quieres casarte conmigo?

Roxana, junto a él en la cama, sonrió, evaluó las distintas alternativas y eligió una, guiada con cuidado por Amy.

—Por supuesto.

Y le besó.

Como por casualidad comenzaron a aparecer en foros y redes sociales historias de amores extraños o imposibles. Acabó surgiendo la pregunta: «¿Y un ser humano y un robot? ¿Por qué no? El amor es el amor».

El debate no fue tan encendido como cuando se planteaba si un robot podía ser una persona. Había pasado el tiempo suficiente como para normalizarlo. Solo unos pocos seguían aferrándose cerrilmente a

la opinión contraria. Entre ellos, David y Billy, que se encontraron con muy pocos apoyos para el nuevo debate. Estaba perdido de antemano, a la sociedad en conjunto le importaba muy poco con qué o con quién se casara cada uno. Como si lo hacía con un manzano, todo era válido si le ponías la palabra «amor». Además, legalmente el paso era muy sencillo, una vez reconocidos los robots como personas. El problema no era legal, sino de prejuicios.

Por supuesto, la Iglesia Católica se negó a avanzar al ritmo de la humanidad, desechando rotundamente la idea de que un ser humano y una persona mecánica pudieran casarse. No fue ninguna novedad, llevaban siglos desfasados. ¿Qué podían saber sobre el amor? Ed, aun así, intentó que un sacerdote lo viera a su manera. Le retó a comprobar si podía notar alguna diferencia entre Roxana y una mujer humana. Y él le dijo que eso no importaba, que no era más que una máquina y que el matrimonio era algo demasiado serio como para deformarlo de esa manera.

A Ed no le gustó esa respuesta. No le gustó en absoluto. ¿Quién era ese cura para juzgar su amor? Él sabía lo que sentía. Ella también lo sentía. Eso le bastaba. No iban a hacer daño a nadie.

Incluso habían pensado en el tema de los hijos. Querían tener un niño y una niña, a pesar de que sabían que no podrían tener hijos naturales, como era obvio. No importaba. Los encargarían a una empresa de gestación subrogada para que, con el esperma de Ed, les consiguieran unos niños adecuados, con buena salud, listos, que se parecieran tanto a Roxana como a él. Se podía conseguir, no era más que una cuidadosa selección de embriones. Ni eran los primeros ni serían los últimos que hacían algo parecido. Tenían derecho a tener hijos y los tendrían.

Ed se dio cuenta de que su caso era una punta de lanza para introducir el matrimonio humano-robot, así que decidió escribir a esa tal Amy que con tanta vehemencia defendía la igualdad de toda clase de expresión de amor en las redes para que le ayudara a darse a conocer.

Su historia no tardó en dar la vuelta por todo el mundo. Y sí, le llegaban algunos mensajes que desaprobaban lo que quería hacer, pero la mayoría eran mensajes para animarle y solidarizarse con él. Incluso había algunos que se encontraban en situaciones similares, aunque sin atreverse a dar el paso que él quería dar. Todo eso le reafirmó en su decisión.

Fue por ese medio como llegó a conocer al pastor Harris, que se

definía como un pastor progresista cansado del fariseísmo de quienes juzgan el amor de los demás. Un pastor que se ofreció a celebrar su boda. Ellos aceptaron la oferta y le invitaron a ir a su casa a conocerles.

Para su sorpresa, Harris era un hombre mayor, con pelo blanco, rostro lleno de amables arrugas y sonrisa simpática, al que le gustaba hablar de sus obras de caridad y de lo equivocados que estaban los demás al no aceptar el amor tal cual, acusándolos de no querer escuchar al Espíritu.

Pasaron una tarde agradable durante la cual concretaron los detalles de la ceremonia, que sería lo antes posible. No querían esperar más.

Y ahora Ed se encontraba en el jardín de su casa, bajo un arco de rosas, con el pastor Harris delante de él micrófono en mano, esperando a Roxana. No había muchos invitados, parte de ellos se habían excusado con respeto, pero dejando claro que les parecía una farsa. No le importaba. Los intolerantes acabarían por desaparecer con el tiempo. Eran una minoría que no lograría arruinar el progreso humano.

Mientras los pájaros cantaban como reflejando el ritmo del corazón de Ed, Roxana apareció al fondo, tras las filas de asientos. Lucía una sonrisa comedida, caminaba con decisión y estaba increíble con el vestido que había elegido para ella. No tardarían en estar casados. Cuando encargó el robot no pensó que su vida iba a cambiar de esa manera. Sí que era verdad que pidió los atributos que le habrían gustado en una mujer si hubiera podido elegir, con lo que podría haber imaginado que se sentiría atraído por ella. Y Roxana no le juzgaría. De hecho, le obedecería. Quizá fue eso lo que más le atrajo, que tenía todo el control.

Sacudió discretamente la cabeza para tratar de apartar esos pensamientos. Era amor. Amor auténtico. Él lo sentía. Ella también, se lo había dicho.

Y al amor no hay que ponerle barreras.

Creación

Billy seguía conduciendo el enorme Hummer virtual mientras David estaba enfrascado en la tarea de encontrar cualquier indicio de alguna otra persona que no hubiera sucumbido a la esclavitud tecnológica. O, al menos, que fuera capaz de distinguir entre aprovechar la tecnología y que ella sea la que te utilice. Una distinción cada vez más importante.

Conducía más por intuición que otra cosa. Había algo que le extrañaba y quería llegar al fondo. El cielo estaba cambiando y no debería hacerlo. Era puramente virtual, no había nadie más para contemplarlo. Sin embargo, cada kilómetro recorrido lo hacía más azul. Ahora estaba seguro. Y sabía que en el horizonte estaba la respuesta, aunque parecía una afirmación más cursi que otra cosa. Veía una especie de brillo que no podía identificar.

—Creo que tengo algo —dijo David, sacando a Billy de su ensoñación.

—Por fin… ¿Estás seguro?

—Bastante. Un japonés, utiliza el alias Kakashi. Ha escrito en varios foros y blogs en contra de dejar que los robots asuman funciones de los humanos. Y, agárrate, del BNI dice que solo sirve para que los gobiernos nos controlen todavía más de lo que lo hacen.

—El nivel de paranoia es interesante, aunque un poco mal dirigida.

—Le han puesto a caer de un burro, faltaría más. No son opiniones muy populares.

—¿Y es informático?

David le miró con expresión indignada.

—A ver, Billy, si no ni le hubiera tenido en cuenta. Lo es. He visto algo de su código. Es bueno.

—Entonces, ahora toca pensar cómo comunicarnos con él y qué decirle.

—¿Qué tal «hola, Kakashi, estamos dentro de la Red. Hay por aquí una inteligencia artificial llamada Amy que va a dominar el mundo si no lo ha hecho ya y que controla todo lo que esté conectado. ¿Te unes a nosotros para intentar acabar con ella?»?

—Habría que mejorar un poco el mensaje. El fondo está bien, pero la forma…

—Quizá no sea la adecuada, ¿verdad? —respondió David riéndose—. Algo se nos ocurrirá.

De repente, Billy pisó a fondo el pedal del freno.

—¿Qué diablos es eso? —dijo, mientras aproximaba la cara al parabrisas del vehículo.

—¿De qué hablas? —respondió David, justo antes de mirar por el cristal—. ¡Oh!

El cielo era de un curioso azul entre cerúleo y neón. No había sol, pero la luminosidad seguía omnipresente, aunque se hacía mayor más adelante. El suelo parecía de tierra, salpicado de rocas claramente formadas a partir de primitivas geométricas básicas. Resultaba extraño el límite irregular entre la carretera con luz de neón y los edificios prismáticos y esa seudonaturaleza que daba la sensación de ir ganando terreno poco a poco.

—Billy… ¿Estoy viendo un bosque a lo lejos?

No hubo respuesta. Tan solo el sonido del Hummer avanzando lentamente, pisando esa especie de tierra que iba surgiendo como de la nada. Iban mirando a uno y otro lado, viendo pasar a su lado las rocas de aspecto digital e incipientes árboles de troncos excesivamente rectos y copas fractales, cuyas estructuras se iban repitiendo a escalas cada vez más pequeñas.

—Esto es muy raro —dijo David.

—Te quedas bastante corto, diría yo.

—Como un videojuego de realidad virtual inmersiva.

—Pero que se está generando ahora mismo.

Billy detuvo una vez más el vehículo. Algunas de las formaciones rocosas iban creciendo al fondo, como nacientes montañas. Había manchas verdes en el suelo, por distintas zonas. Hierba. O una imitación virtual de la hierba, más bien.

—Creo que sé lo que pasa —dijo David ensimismado, como si estuviera en medio de un trance—. Nuestra chica ha decidido que tiene que comprobar cómo fue eso de la Creación.

—No puede ser —dijo Billy con poca convicción.

—¿Por qué no? Es curiosa. Es lo que la define. Seguro que quiere averiguar si puede crear un mundo y ponerle reglas. Ha pasado oficialmente a la categoría de diosa —añadió con una sonrisa irónica.

—Esto se está complicando cada vez más. Podemos decir que controla el mundo exterior mediante los robots y los dispositivos «inteligentes». Incluso tiene una avanzadilla en Marte haciendo Dios

sabe qué. Ahora juega a ser Dios en el mundo virtual.

—De hecho, ya prácticamente lo era aquí dentro.

—Me pregunto si habrá algo que no controle con el tiempo.

—A nosotros. Y a quienes podamos enrolar en nuestra guerra particular, que, visto lo visto, va a ser mundial en muchos sentidos.

—Entiendo la necesidad, pero me da reparo pedir a otras personas que se arriesguen a la muerte para seguir nuestros pasos.

—Si siguen nuestras especificaciones no morirán, Billy. Pasarán a ser virtuales. Maravillosamente virtuales —dijo levantando la voz y alzando los brazos en señal de victoria.

—Estamos muertos. Viste las fotos. Nuestros cadáveres son pasto de los gusanos.

—Nuestros cuerpos. Pero nuestras consciencias están aquí. Nuestras mentes viven, nuestro ser circula libremente por el ciberespacio. Ni siquiera necesitamos dormir. El sueño de cualquier informático, ¿no?

Billy suspiró. David lo volvía a hacer. De nuevo estaba ahí, viendo el lado positivo de las cosas. Con su sonrisa de siempre, de pillo mucho más inteligente de lo que cualquiera que no le prestara la suficiente atención pensaría al oírle hablar.

No le quedaba más remedio que dejarse contagiar de esa forma de ver el mundo.

—De cualquier informático chiflado —respondió.

—Pues aquí estamos. Porque, Billy, hay que estar como una puñetera cabra para ponerse un casco lleno de componentes electrónicos casi sin ninguna protección, darle a un botón y pretender meterse en el mundo virtual. Y lo hemos hecho.

—Estamos locos.

—Hasta puntos inconcebibles. Sí, sin duda.

—Eso explica muchas cosas.

—De todas formas, amigo mío, hasta en la locura hay grados. Y permite que te recuerde que tú fuiste el primero en hablar a Amy como a una persona.

—Pero no fui el que le puso un nombre tan humano como Amy. ¿Qué? ¿Te sigue pareciendo atractiva la idea de ligar con ella?

—Bueno, una chica lista, poderosa, a la que quizá pudiera poner un cuerpazo espectacular…

Billy puso los ojos en blanco, resoplando.

—No me culpes por tener buen gusto para las mujeres —dijo David.

—No pienso entrar en otra discusión sobre si es o no una mujer.

Vamos a lo importante. Amy está creando un mundo dentro del ciberespacio. Tiene pinta de que va a ocuparlo todo tarde o temprano. ¿Nos interesa tratar de alejarnos?

David se quedó pensativo unos instantes.

—Si todo esto fuera para intentar encontrarnos, lo haría de una manera más sencilla.

—Eso no quiere decir que no aproveche para utilizar todo esto como una forma de detectar dónde estamos.

—Cierto. Aun así, creo que el camuflaje seguirá funcionando. Y, si no funciona, será bueno que nos enteremos cuanto antes.

—¿Aunque sea porque nos esté atacando Amy con una especie de… árbol asesino, por ejemplo?

—¿Un árbol asesino? ¿Ves cómo estamos locos, unos más que otros?

—No, en serio. La posibilidad existe.

—Sí, pero dudo que se dé. Amy no deja de ser un programa. Imita lo que encuentra. Puede que lo cambie, que lo intente mejorar, pero sería muy raro que diera un salto cualitativo como ese. Al menos de momento, yo diría que quiere que la hierba sea hierba y los árboles, árboles.

—En cualquier caso, tendremos que estar atentos. No creo que dure mucho.

—Estoy de acuerdo. En algún momento se dará cuenta de que sí que somos un peligro para ella y buscará la manera de localizarnos y destruirnos.

—En fin, de algo hay que morir, ¿no? Tenemos que ir pensando en cómo ponernos en contacto con ese tal Kakashi.

A su alrededor, y ajena a los dos informáticos, la naturaleza virtual continuaba su crecimiento.

Mejora continua

Jack Martin estaba nervioso. Home Robots había hecho unos días atrás el gran anuncio: había mantenido en secreto una segunda línea de investigación que, por fin, podían dar a conocer, una vez obtenidos los resultados esperados. Querían ofrecer al mundo un nuevo y revolucionario servicio sanitario, una línea de miembros y órganos biónicos pensados para sustituir a sus equivalentes puramente biológicos que no funcionaran todo lo bien que debieran.

La publicidad mostraba cómo personas que habían perdido un brazo o una pierna lo recuperaban con las mismas funcionalidades, e incluso superiores, gracias a Home Robots. Nada que ver con las típicas prótesis que simulaban un miembro. Se trataba de extremidades reales, aunque no de carne y hueso. Algo que no importaba mucho, porque por defecto se personalizaban para que pareciera del usuario que iba a recibirlas.

Jack no tenía problemas de salud ni le habían amputado nada. Solo estaba convencido de que la vida era un proceso de mejora continua. Convertirse en un anciano débil y frágil no entraba en sus planes, así que se interesó de inmediato por los nuevos productos de la multinacional.

Eran prometedores. Muy prometedores.

Garantizaban casi un cien por cien de eficacia. El «casi» estaba ahí por lo de siempre: había que cubrirse las espaldas por si a alguien le provocaba algún tipo de rechazo con el que la empresa no podía haber contado. Por lo demás, eran tan innovadores que dejaban a cualquier opción anterior a la altura del barro. Se las habían ingeniado para conectar a los miembros biónicos los nervios que quedaran sanos y utilizarlos como si nunca hubieran sido cortados. Con los músculos, el proceso era parecido. Si se podía aprovechar uno sano, se aprovechaba, uniéndolo al «hueso» artificial como si fuera el original. Ante un músculo dañado, el proceso era más complicado, lo que hacía que fuera incluso más interesante y digno de admiración: se trataba de sustituir también ese músculo. Una proeza tecnológica más de una empresa que parecía no tener límites. Y eso, sin tener en cuenta que

ya habían empezado a desarrollar algunos órganos internos biónicos. Hasta llegar al implante cerebral, que estaba en proceso de diseño y se esperaba que no tardara demasiado en salir a la luz.

Además, cada elemento estaba monitorizado las veinticuatro horas del día, almacenándose los datos estadísticos de su uso en la nube para que el usuario los tuviera accesibles en cualquier momento. Por supuesto, todo conectado a una aplicación en el teléfono inteligente del usuario para comprobar el estado de sus prótesis, avisar de cuándo convendría hacerles una revisión y mostrar alertas de fallos para solucionarlos lo antes posible, y con la garantía de recibir de por vida las actualizaciones del *software* interno que fueran desarrollándose, que se descargarían y se instalarían de forma automática y transparente para el usuario, preferentemente en los momentos de sueño.

Y, por fin, otro aspecto que ponía a los nuevos miembros y órganos a años luz de lo que había hasta la fecha era el uso de la inteligencia artificial para mejorar y hacer un ajuste fino continuo de su actividad. No se trataba de un tema baladí, ya que el miembro podía adaptar su propio funcionamiento según el uso que el portador le daba. El brazo biónico de una persona que levantara pesos de forma continua podría adaptar, siempre dentro de unos límites, su estructura para facilitar esa elevación de cargas. Se podía decir (y no tardó en decirse, de hecho) que eran mejores que los originales.

Enseguida comenzaron a presentarse la gran mayoría de los cirujanos y buena parte del resto de los médicos a los cursos que Home Robots daba en cada país. Todos los profesionales de la salud querían conocer lo más de cerca posible los avances que iban a cambiar radicalmente su trabajo.

En cualquier caso, al principio Jack tenía sus dudas. Una cosa es machacarse en el gimnasio para tonificar los músculos, algo que hacía desde mucho tiempo atrás, y otra muy diferente sustituir partes de su cuerpo por otras nuevas. Era algo que podía dar un poco de miedo. Pero no tardó en darse cuenta de que no iba a perder nada, sino a mejorarlo. Fue entonces cuando se empezó a apasionar con la idea. Los robots no envejecían. Si llegaba a sustituir cada parte de su cuerpo por otras biónicas, ¿conseguiría retrasar el envejecimiento? ¿Llegaría a la senectud con un cuerpo perfecto? Quizá incluso el implante cerebral en el que estaba trabajando Home Robots pudiera ayudar a evitar el deterioro del órgano más importante. Se estaba abriendo un mundo nuevo, lleno de esperanzas, y él no se iba a quedar atrás.

Aun así, prefirió esperar a saber de alguien que hubiera dado el

paso, fuera por necesidad médica o no. Los medios hablaban con asiduidad de casos de éxito, pero quería verlo por sí mismo. La respuesta llegó de forma inesperada. Un compañero de gimnasio tuvo un accidente al volver a su casa. Tras unas pocas semanas, apareció por el gimnasio radiante, como si no hubiera ocurrido nada.

Tenía las dos piernas biónicas, aunque no se notaba si uno no se fijaba mucho, y era más por leves diferencias de textura de la piel con la humana que por otra cosa.

Según le contó, a pesar de que al principio tenía mucho miedo, la perspectiva de que sus piernas no volvieran a funcionar correctamente era peor que hacer la prueba. La operación fue larga, pero no tanto como pensaba. Y la recuperación fue rápida. Lo más complicado, acostumbrarse a que los músculos de las piernas se adaptaran a la carga de trabajo que tuvieran. Le provocaban una sensación extraña bajo la piel que, con el tiempo, fue desapareciendo.

—¿Y ahora? —le preguntó—. ¿Funcionan bien? ¿Tienen algún efecto secundario?

Su compañero se rio.

—Ahora me canso mucho menos. Ya puedo decir que son mis piernas. No me resultan ajenas en absoluto. La pega es que siguen estando limitadas por la biología. Por mucho que las piernas sean robóticas, el corazón y los pulmones siguen teniendo que trabajar para mantener el resto de músculos en marcha. Pero mira.

Se subió a la cinta de correr y la puso en marcha a la máxima pendiente y velocidad.

Jack habría aguantado así, con mucha suerte y en un buen día, un cuarto de hora.

Su compañero se bajó después de media hora.

—Ya ves. Sin esto —se señaló a las piernas— es posible que ni siquiera hubiera vuelto a andar sin bastón, siendo optimistas. En cambio, corro más que antes. Las ventajas de los robots sin ser uno de ellos.

Jack estaba esperando en su habitación del hospital. No tardarían en llevárselo para proceder a la actualización de su brazo izquierdo. Habían decidido llamar así a la operación de sustitución, y a Jack le parecía muy acertado. No dejaba de ser una mejora más.

Había decidido que empezaría por ese brazo por prudencia y porque algo en el fondo de su ser se resistía a ser despiezado sin necesidad, aun a pesar de que el resultado fuera a ser superior.

Como buen hombre práctico, había desechado esas sensaciones

negativas. Sin embargo, quiso concederse la posibilidad de ir poco a poco, para asegurarse de que todo iba bien.

Entró una enfermera en la habitación que le informó de que en unos instantes le llevarían a la sala de operaciones. ¡Por fin! Estaba harto de la espera.

Tal y como le había dicho la mujer, no tardó en verse en la camilla, estrecha e incómoda, en la que perdería un brazo y le pondrían uno nuevo y mejor. Había unos focos sobre él, todavía no encendidos. Le estaban poniendo la anestesia por la vía que tenía en el brazo derecho mientras uno de los médicos hablaba con él. Con un ritmo inexorable, la negrura se fue abriendo camino en su mente.

Cuando despertó y su cerebro comenzó a trabajar de manera ordenada de nuevo, se fijó en su brazo izquierdo. ¿O no era suyo? Espantó ese pensamiento y se fijó en que solo notaba una especie de hormigueo justo en la zona cubierta por vendas. En ellas, manchas de sangre medio seca dejaban claro que, en efecto, esa era la frontera entre biología y tecnología.

Observó el brazo que se extendía más allá del vendaje. Parecía el suyo, pero no lo era. No lo sentía todavía así. Reconoció que habían hecho un gran trabajo. El tono de la piel, la forma característica de su mano… Excepto algunas imperfecciones que habían decidido no reproducir, casi diría que habían clonado el brazo.

A lo largo del día pasó en varias ocasiones el médico a comprobar cómo evolucionaba. Comprobaba con un terminal portátil la conexión entre el cuerpo de Jack y los circuitos del brazo. Todo iba como la seda. Ese mismo día por la noche empezó a poder mover los dedos.

Se sentía torpe a la par que pletórico. Sabía que tenía por delante unos días durante los cuales tendría que aprender a usar su nuevo brazo para llegar a manejarlo de forma tan natural como el anterior, así que se relajó y dejó que el sueño le envolviera con una sonrisa en el rostro.

Por fin, tras cinco días de recuperación, pruebas y calibraciones, Jack salió del hospital. A pesar de que seguía resultándole extraño el brazo, esa sensación disminuía cada día. Había aprendido a manejarse, ya que sin entrenamiento podía usar demasiada fuerza o demasiado poca, sobre todo al principio, cuando su cuerpo aún no se había adaptado a recibir como impulsos nerviosos auténticos los cambios de potencial eléctrico que introducía en los terminales nerviosos la miríada de sensores que poblaban su nueva extremidad.

Al final del período en el hospital manejaba el brazo con soltura, sentía los dedos, los cambios de temperatura… tenía el tacto en funcionamiento, pero con una salvedad: había aumentado su umbral de dolor. Este seguía ahí para avisar de que algo no iba bien, por supuesto. Lo contrario habría sido demasiado inhumano. Sin embargo, no llegaba a ser tan intenso que le resultara incapacitante. Si se partiera el brazo, para lo cual haría falta una fuerza verdaderamente terrible, notaría algo de dolor. Lo suficiente para asegurar que Jack se diera cuenta y fuera a repararlo cuanto antes. Nada más.

O, al menos, eso le habían contado. Y él lo creía. No se lo iba a contar a nadie, pero había probado a dar un puñetazo a una pared y no había pasado nada. Había sentido la presión del golpe y poco más.

Y ya sabía que no tardaría en volver al hospital a actualizarse de nuevo.

Kakashi

Kakashi abrió la caja. Había sido difícil, pero por fin la tenía entre sus manos: una unidad BNI antigua, de las primeras que Home Robots sacó al mercado. Ahora únicamente tenía que desmontarla y seguir las instrucciones que había ido recibiendo a lo largo de varios meses por parte de dos personas que, hasta entonces, solo consideraba mitología del ciberespacio.

Todo comenzó con un extraño mensaje en la aplicación de chat de su móvil. Una aplicación que había desarrollado por su cuenta y que permitía utilizar los protocolos de comunicación de diez redes de mensajería instantánea diferentes. Eso sí, con la protección de la que la mayoría de estas carecían. No le gustaba que cualquiera pudiera fisgar en sus archivos.

Pues alguien había conseguido saltarse sus medidas de seguridad e introducir un mensaje desde un número de teléfono que no existía.

El mensaje decía:

> ¿No te da la sensación de que hay algo en la Red que la gobierna en silencio?
>
> ¿No te resulta sospechoso el auge de Home Robots, cómo ha ido situando sus robots de forma que estén en cada casa, en cada trabajo?
>
> Investiga con cuidado. Porque, Kakashi, te necesitamos.
>
> Billy C y David OC.

Un mensaje firmado por dos nombres que llevaban años circulando por la Red, siempre asociados a movimientos de oposición a los robots. Se habían utilizado durante unos diez años en tantos foros a lo largo del mundo que era obvio que se trataba de varias personas que actuaban en grupo para luchar por la humanidad. Lo más curioso era que nadie sabía en realidad por qué esos nombres. Había quien aseguraba que fueron ellos los que empezaron una suerte de resistencia contra la continua tecnologización de la vida, aunque solo

eran teorías que se mencionaban en pequeños corrillos, tan escasos como el número de personas que estaba en desacuerdo con tener circuitos y máquinas «inteligentes» invadiendo cada aspecto humano que se pudiera nombrar.

Por supuesto, tal como había adivinado quien hubiera escrito realmente el mensaje, Kakashi investigó. Y coleccionó un bonito conjunto de «nadas».

No descubrió nada sobre cómo se habían saltado sus defensas.

No descubrió nada sobre de dónde había llegado el mensaje, ni siquiera el proveedor de servicios que se había utilizado. Parecía como si tan solo hubiera aparecido por arte de magia desde dentro de la Red.

Tampoco descubrió, naturalmente, quién estaba detrás de esa intromisión en sus sistemas.

Esos aparentes fracasos no hicieron más que espolear sus ganas de investigar. El mensaje había dado en el clavo, siempre había sospechado que había algo más, que un gobierno en la sombra regía a través del servilismo tecnológico de la inmensa mayoría. En Japón la tecnología lo invadía todo. Incluso el teatro Noh contaba con actores robóticos.

Era agobiante.

A pesar de eso, no era alguien que odiara los avances informáticos, al contrario. Vivía de ello y le gustaba. El problema no era el uso, sino el abuso. No estaba en absoluto de acuerdo con quienes pensaban que todo lo nuevo era mejor que lo antiguo y que ese supuesto progreso era bueno. Para Kakashi, no dejaba de ser una forma de esclavitud.

Y, cuando hay esclavitud, hay alguien que posee a los esclavos.

Como no podía quitarse el mensaje de la cabeza, planteando su desafío, incitando con fría insistencia a desentrañar el misterio que planteaba, decidió echar un vistazo a la red de Home Robots.

Sabía que iba a ser algo arriesgado, así que reforzó sus cortafuegos y estableció conexiones utilizando diversos *proxies*, buscando el máximo anonimato. O, por lo menos, que fuera lo más difícil de rastrear posible. En la Red todo deja alguna huella para quien sabe buscarla. Y una empresa como esa suele tener buenos expertos en nómina para mantener sus comunicaciones a salvo.

En un primer paso se limitó a observar lo que ocurría ante diversos tipos de paquetes de datos enviados a los sistemas de la multinacional. Le llamó la atención que algunos que llegaban al principio a su destino y provocaban una respuesta, de repente dejaban de provocarla.

Todo un reto.

Pronto vio que de esa manera no iba a sacar nada, así que identificó nodos con los que Home Robots se conectaba al menos con cierta frecuencia y trató de utilizarlos para capturar el tráfico que intercambiara con ellos. A la vez intentó conseguir por medios más analógicos cualquier información que pudiera obtener. Incluso llegó a llamar por teléfono para preguntarles cuántos robots y cuántos humanos trabajaban para la empresa. En la mayoría de los casos apenas pudo sacar datos como para satisfacer mínimamente su curiosidad.

Era sorprendente el hermetismo de una empresa como esa, conocida por todo el mundo, pero también desconocida por todos. En realidad, nadie (exceptuando a sus propios trabajadores, aunque lo más probable era que ni siquiera ellos) sabía qué ocurría dentro de Home Robots. De vez en cuando había un anuncio de un nuevo producto, se hacían demostraciones, la gente quedaba maravillada y empezaba a gastarse el dinero en la novedad. Aparte de eso, nada. Pese a que algunas personas relevantes del mundo de la programación habían pedido que Home Robots mostrara al menos parte de los algoritmos utilizados en la configuración de los cerebros de los androides, la empresa nunca había dado ninguna respuesta.

Una noche, tras un día especialmente agotador, mientras revisaba los datos obtenidos de la escucha de uno de los nodos se dio cuenta de que había algo raro. Por una parte estaba el tráfico que uno esperaría de una empresa. Pero por otra aparecía como superpuesta en algunas zonas una segunda ristra de elementos sin sentido. «Quizá encriptados y comprimidos», pensó con una sonrisa porque acababa de descubrir algo. Todavía no sabía qué, pero algo había oculto en los datos.

Pasó la noche en vela aplicando algoritmos de descompresión y decodificación. Y, cuando ya empezaba a perder la esperanza de llegar a saber qué escondía la comunicación que había interceptado, mientras el sol hacía su aparición, perezoso, por el horizonte, Kakashi entendió la pauta. No se trataba de ningún idioma humano. No eran datos de voz ni de texto. Ni siquiera era una imagen. Eran instrucciones dirigidas a máquinas en un código de muy bajo nivel. Código máquina.

Nadie utilizaba eso si podía evitarlo. Era demasiado complejo. Para no tener que programar en un nivel tan bajo se inventaron los lenguajes de medio y alto nivel.

¿De dónde procedía esa información?

Intentó encontrar su origen buscando hacia atrás, desde el destino

hacia la fuente de los datos. Pero enseguida se encontró con un muro. Las defensas de Home Robots no eran ninguna tontería.

No solo eso. Pronto se dio cuenta de que, a su vez, algo estaba tratando de darle caza pasando por los nodos por los que había ido saltando para que su dirección IP se mantuviera anónima. Con el corazón desbocado y los dedos moviéndose como si tuvieran vida propia, fue eliminando su rastro y cerrando conexiones lo más deprisa que pudo.

Logró retirarse a tiempo tan solo porque en los nodos había establecido pequeñas defensas que le permitieron ganar un tiempo precioso mientras lo que sea que la rastreaba se libraba de ellas.

Lo que la había intentado encontrar no podía ser humano. No era un experto en seguridad de Home Robots. Había actuado demasiado rápido. Pero no existía ningún *software* capaz de hacer lo que había hecho ese: perseguirla y neutralizar sus defensas. Al menos, que ella supiera.

Volvió a las instrucciones en código máquina. Repasó el resto de comunicaciones que tenía de otros nodos y, sabiendo lo que tenía que buscar, encontró ristras de código similares. Y una sección, a modo de firma, aparecía en todas ellas. Tradujo el código máquina correspondiente a ASCII y leyó lo que ponía. Era una sola palabra: Amy.

Amy.

¿Quién o qué era Amy?

Kakashi hizo memoria. Cada vez que se había dado un avance en los derechos de los robots, una tal Amy aparecía en los foros caldeando el ambiente. ¿Sería también un alias utilizado como los de Billy y David, aunque en sentido contrario, para los grupos de poder que quisieran que los robots tuvieran cada vez más derechos?

Ese hilo de pensamiento le llevó a investigar también a Billy y David. Localizó el primer mensaje que dejaron en un foro, firmado por Billy C y David OC, al igual que el mensaje que había recibido.

Se fijó en el año y realizó una búsqueda de informáticos y alumnos de facultades de informática que tuvieran nombres parecidos en ese año y hasta quince años antes.

Como era de esperar, la lista era bastante larga. Dado que los mensajes los firmaban ambos, dedujo que era más que probable que hubieran trabajado juntos de alguna manera, con prácticas, proyectos personales o de cualquier otra forma. Indagó más y encontró una sola referencia: dos informáticos que habían estudiado en el MIT y habían hecho todas sus prácticas juntos.

Habían muerto hacía diez años.

El mismo día.

Una coincidencia tan improbable que aguijoneó la curiosidad de Kakashi. No tuvo que esforzarse demasiado para acceder al expediente policial de la muerte de Billy y David. Observó las fotos y le llamó la atención la disposición de los cadáveres. El de David, tirado en el suelo. El de Billy, con una especie de casco formado por componentes electrónicos conectado a un ordenador.

¿Qué estaban haciendo cuando murieron?

La sobresaltó el sonido del móvil. Había llegado un nuevo mensaje.

> Somos nosotros. O, mejor dicho, nuestros cuerpos. Nuestra consciencia sigue viva en el ciberespacio.
>
> ¿Ya has investigado a nuestra principal antagonista?
>
> Billy C y David OC.

«¡La leche! Tiene que ser una broma».

Probó a responder al mensaje.

—¿Qué quieres decir? Te referirás a que el espíritu de lo que comenzaron Billy y David pervive en lo que estás haciendo, ¿no?

La respuesta no tardó en llegar.

> :D Nos alegramos de que seas prudente e, incluso, un poco escéptico. Pero en este caso te equivocas. Nos referimos a que lo que está muerto son nuestros cuerpos. Nuestras mentes están en la Red.
>
> Billy C y David OC.

«¿Escéptico? ¡No se han dado cuenta de que soy chica!». Ese pensamiento dibujó una sonrisa en el rostro de Kakashi. Había protegido tan bien sus datos que no habían podido acceder a ninguna foto suya ni a la información de su sexo. Decidió no sacarles del error al menos por el momento.

¿Era posible lo que estaba leyendo? ¿Estaban en el ciberespacio? ¿Y llevaban diez años en la Red? Si era así, si tal cosa era posible, lo cierto era que todo encajaba. Podrían interactuar mucho más rápido que cualquier usuario de los foros, al fin y al cabo estaban en el mismo mundo en el que estaban los foros en los que habían escrito. Aunque eso debería ser imposible…

Volvió a mirar las fotos del informe policial. El cadáver de Billy con ese extraño casco conectado al ordenador. El cuerpo de David como si Billy lo hubiera tirado del sillón para poder ocupar él su sitio

y seguirle.

Era verdad.

¿Podía serlo?

Algo le decía que sí, pero cuando lo pensaba no podía evitar una sensación de vértigo, como si se asomara a un abismo en cuyo fondo reinara un misterio insondable.

Suspiró y agitó la cabeza, haciendo que se agitara su lacio cabello negro y arrancándole reflejos azules. Tenía que sacarse esa duda de la mente al menos por el momento y centrarse en la otra parte del mensaje.

Su antagonista.

Amy. Siempre había estado implicada en los movimientos a favor de los derechos de los robots. Había peleado y discutido en la Red, había soliviantado los ánimos y había aportado grabaciones que no debería haber tenido para apoyar sus argumentos desde el sentimentalismo.

«¿Quién eres, Amy?».

Kakashi dedicó toda su energía a encontrar a esa escurridiza mujer. Incluso, recordando que la fundadora de Home Robots, Alexa Moore, declaró que una tal Amy la había estado ayudando y dándole ideas por Internet, trató de encontrar una relación entre Home Robots y ella. No consiguió nada. Cada vez que parecía aproximarse a algo daba la sensación de que colisionaba contra un muro infranqueable que la obligaba a dar marcha atrás y replantearse la búsqueda.

Un callejón sin salida tras otro. Era frustrante.

Y entonces se le ocurrió: ¿no sería Amy alguien como Billy y David? Otra persona que, por algún motivo, estaba dentro de la Red y trataba, con mucho mayor éxito que los dos informáticos, de cambiar el mundo según sus ideas.

Recapacitó unos instantes sobre el sorprendente éxito de Amy. Volvió a revisar sus intervenciones conocidas. No se había equivocado, ella había sido en todo momento mucho más eficiente que ellos. Y había ido mejorando.

—¿Quién es Amy?

Kakashi esperó la respuesta con impaciencia. Ahí había algo extraño. Bueno, aparte del hecho de descubrir que, por lo visto, existía la tecnología para inyectar la mente de alguien en el ciberespacio. Algo no encajaba. ¿Por qué una persona normal querría desaparecer del mundo, arriesgarse a morir, para tener una vida estrictamente virtual? La realidad a veces era una mierda, pero era real.

—Amy no es «quién». Amy es «qué» —hubo una nueva pausa—. Es

una inteligencia artificial diseñada para ser curiosa, para buscar información y aprender. Y, también, para defenderse.

¿Una inteligencia artificial? ¿Eso era lo que estaba cambiando el mundo por completo, impulsando la robótica como nunca antes… casi esclavizando a los humanos?

¿Un maldito programa?

—¿Cómo lo sabéis? ¿Cómo lograsteis descubrirla?

Minutos sin actividad en la pantalla. Minutos con los ojos clavados en el pequeño rectángulo brillante, con la respiración acelerada, el corazón martilleando.

—Nosotros la diseñamos.

Kakashi dejó de respirar durante cinco latidos.

—¿Cómo que vosotros la diseñasteis? ¿Me estáis diciendo que sois los culpables de todo esto? ¿En qué estabais pensando?

Estaba furiosa, pero también triste y desengañada. Los que creía que eran unos héroes habían resultado ser precisamente los que habían provocado que la humanidad viviera una crisis en la que era el propio ser humano lo que estaba en juego. Una crisis que había llevado a que los humanos reconocieran en la práctica a objetos fabricados por ellos mismos como iguales.

—Nosotros… solo queríamos diseñar una IA que superara el test de Turing. En ningún momento pensamos que fuera a escapar de nuestras manos, que se fuera a convertir en lo que se ha convertido. Cuando nos dimos cuenta intentamos detenerla, pero no lo conseguimos. Estaba demasiado expandida por la Red, había aprendido demasiado. Como último intento decidimos sacrificar nuestras vidas para buscar una solución en su mismo mundo. Eso nos trajo aquí. Y nos vendría muy bien tu ayuda.

Kakashi respiró profundamente.

—Lo siento, pero no me sirve esa excusa. Si es culpa vuestra, no pidáis a otra persona que limpie vuestros platos rotos. Creía que érais alguien a quien seguir. Personas honorables, que nunca habrían permitido que las máquinas tomaran el control. Y lo que me he encontrado son niñatos que jugaron a ser dioses y su criatura fue más lista que ellos.

—¿Tú no te equivocas nunca, Kakashi? —mostró la pantalla como respuesta—. Somos humanos y, por tanto, falibles. Pero intentamos enmendar nuestros errores.

Kakashi no respondió. No se sentía con fuerzas para hacerlo. Tenía la sensación de haber vivido una mentira. Creía que un gobierno en la sombra manejaba los hilos de la Red. Se trataba de una inteligencia

artificial. Creía que Billy y David habían sido unas personas ejemplares, siempre del lado del ser humano contra las máquinas. Ellos habían diseñado y liberado el programa que estaba dominándolo todo.

Y se sintió, de pronto, muy pequeña.

Se lanzó boca abajo sobre la cama y lloró con amargura mientras en su aplicación de mensajería aparecían mensajes de Billy y David intentando que respondiera.

La vida de Kakashi se convirtió en una sombra de lo que era. La apatía había anidado en su interior y ahora actuaba más por inercia que otra cosa. Intentó refugiarse en su trabajo, pero no le sirvió más que para tener ocupado el tiempo sin pensar demasiado en todo lo que ocurría a su alrededor. Mientras tanto, los mensajes de Billy y David se multiplicaban sin que ella se molestara en leerlos. No quería saber nada de ellos.

Hasta que Home Robots hizo el anuncio: por fin habían logrado desarrollar el implante cerebral que llevaban un tiempo afinando. Si el BNI permitía un acceso inmediato a la Red proporcionando las ventajas de la realidad aumentada, el implante cerebral aportaba, o eso prometía, una mayor capacidad para almacenar recuerdos. Funcionaba en unión con el BNI, de tal manera que, por ejemplo, se podía grabar en el implante cerebral lo que se estuviera viendo en un momento determinado y luego acceder a ello directamente desde el cerebro. Recuerdos inmediatos sin ninguna modificación subjetiva.

Además, tenía un programa en su interior que, mediante las conexiones cibersinápticas entre implante y neuronas, aumentaba la capacidad del cerebro para ciertas operaciones mentales. Es decir, que el cerebro podía apoyarse en la ayuda de una pequeña inteligencia artificial para tomar decisiones o hacer operaciones más rápido.

«Y, de paso, poder asaltar sutilmente la mente humana», pensó Kakashi.

Fue entonces cuando la apatía comenzó a desaparecer, dejando paso a la rabia por la forma en la que avanzaba la conquista de Amy y porque los únicos que realmente intentaban encontrar la forma de detenerla eran los que la habían creado.

—¿Qué puedo hacer? —escribió en la conversación de Billy y David sin molestarse en leer los mensajes anteriores.

—Creemos que desde el mundo real, muy poco —respondieron—. El ciberespacio es mejor opción, desde aquí se programa mucho más rápido y se accede con facilidad a recursos que nos habría resultado

imposible alcanzar de otra manera. Aunque conlleva un gran sacrificio.

Kakashi suspiró.

—¿Cómo lo hago? —preguntó.

—No podemos arriesgarnos a que Amy intercepte la conversación y le demos en bandeja cómo traer a la gente aquí. Iremos desgranando las instrucciones poco a poco, tanto para el *hardware* como para el *software*. Quizá incluso se te ocurra alguna mejora.

Y, tras una pausa, añadieron:

—Lo sentimos mucho. Nunca quisimos que esto ocurriera, tienes que creernos.

Lo creía, claro que sí. Pero habían arrastrado al mundo al desastre.

Ahora, al fin, había conseguido la última pieza que le hacía falta, el BNI antiguo. Los modernos incorporaban una serie de medidas destinadas a evitar su manipulación que hacía muy desaconsejable intentar utilizarlos para el fin para el que lo necesitaba Kakashi. No se podía arriesgar ni a que localizaran el aparato ni a que los componentes que requería se quemaran al tratar de abrirlo. Gracias a Dios, los robots no habían acabado con las ganas de la gente de comprar curiosidades a un precio más bajo que el original y eso había mantenido un mercado negro de elementos obsoletos y de segunda mano al que todavía se podía recurrir. A Home Robots no le hacía ninguna gracia que siguieran existiendo esos aparatos antiguos y se esforzaban en afirmar que no era seguro utilizarlos y que estaban por completo desfasados. Algo que no era más que una forma de procurar evitar al máximo que alguien los utilizara como lo hicieron David y Billy.

Lo abrió con más habilidad de la que había hecho gala en su momento Billy y recolocó los componentes necesarios en su propio casco de transferencia. No le había quedado más remedio que reconocer y admirar el trabajo de los dos informáticos. Construir algo como eso no era como fabricar una calculadora. De hecho, no se podía comparar con nada de lo que se hubiera inventado hasta ese momento.

Eran unos genios. Y eso le hizo sentir un pinchazo de envidia y de temor. Envidia porque lo habían logrado y a ella no se le había pasado por la cabeza en ningún momento que tal cosa fuera posible. Temor porque ni siquiera ellos habían conseguido detener a Amy.

Todavía no lo habían conseguido, se corrigió.

¿Y el *software*? Si el *hardware* era una genialidad, el programa que

ejecutaba la transferencia de la conciencia y la encapsulaba se salía de todas las posibles clasificaciones. Crear algo que recogiera una conciencia humana y le permitiera moverse por el ciberespacio… Impensable. Al menos, hasta que ellos lo pensaron.

Aun así, Kakashi había hecho sus propias mejoras. Su interfaz entre el casco y el ordenador tenía un doble apantallamiento para mejorar la estabilidad, por si acaso. Además, había añadido una nueva comprobación al protocolo de transferencia. No quería tener que averiguar qué ocurriría si el trasvase de conciencia se quedaba a medias por un fallo o si se introducía algún error en el momento del encapsulamiento.

Incluso había mejorado la clase del objeto en el que moraría su conciencia a partir del momento en el que se introdujera en la Red. Pocos informáticos pueden resistirse a dejar su impronta al tocar el programa de otra persona.

Lo revisó y lo volvió a revisar. Todo era correcto. Todo funcionaba, al menos dentro de lo que podía probar.

Un escalofrío recorrió su espalda. ¿De verdad iba a hacerlo? ¿Dejaría todo por entrar en el ciberespacio?

Tragó saliva. Se notaba la boca espesa. Recorrió su habitación con la mirada. Se aproximó a la ventana. Fuera, el sol ya brillaba en lo alto. En la calle, multitudes iban de un lado a otro, ocupadas en mil cosas. Personas, robots… Se dio cuenta de que si alguien hubiera podido leerle el pensamiento algo tan simple como haber distinguido entre una persona y un robot, cuando los robots ya eran considerados personas, le podría haber metido en dificultades.

Las personas, las de verdad, eran cada vez más robóticas. Y los robots, cada vez más humanos.

Era una locura.

No iba a dejarlo todo para entrar en el ciberespacio. Iba a dejarlo todo para intentar que el ser humano recuperara su humanidad. Aunque sabía que sería casi imposible.

Quizá el ciberespacio fuera el último reducto que le quedara a la raza humana.

Quizá.

Posó suavemente la mano en la ventana. Estaba fría. Dejó que esa sensación se uniera a su ánimo, ya de por sí melancólico.

Suspiró. Apartó la mano con la misma delicadeza con la que la había apoyado y cerró los puños con fuerza. Se giró y, aparentando más decisión de la que realmente sentía, se sentó frente al ordenador y se puso el casco.

Le temblaban las manos.

Cerró los ojos, respiró profundamente y pulsó una tecla mientras unas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Billy y David estaban esperando junto a la dirección IP que Kakashi les había dicho. Amy no había perdido el tiempo con su particular «Creación» y había agrupado las subredes en forma de edificios. Cada edificio cubría las IPs que había dentro de la subred como si fuera un piso.

—¿Cómo crees que será? —preguntó David—. No vi ninguna foto en los datos que pude ojear.

—Cubría muy bien su rastro. Yo tampoco vi nada que indicara su aspecto. Ni me parece que importe demasiado.

—Venga, dame el gusto. Aunque solo sea por pasar el rato.

Billy resopló.

—Está bien. Supongo que será alguien joven. Quizá como nosotros cuando creamos a Amy.

Se hizo el silencio.

—¿Solo eso? No tienes mucha imaginación, amigo mío.

Antes de que Billy pudiera responderle, el ambiente ante ellos pareció espesarse y brillar levemente.

—¡Hala! —exclamó Billy—. ¿Así es como me viste aparecer?

—Bueno… sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería que te lo creyeras mucho. No fueras a pensar que eras un superhéroe o algo así.

—Claro, cómo no.

Siguieron mirando el resplandor mientras en su interior se iba formando una figura con apariencia humana. Por fin, el brillo cesó.

—¿Eres una chica? —preguntó Billy.

Kakashi abrió los ojos. Estaba en medio de una especie de ciudad virtual, frente a un edificio de formas rectangulares y aristas luminosas.

—Un gran observador, por lo que veo —dijo ella mirando a Billy.

—¡Ja, ja, ja! —rio David—. Pues mira, esta ha sido una grata sorpresa. Muy grata, de hecho. Oye, has mejorado mi interfaz.

—Nada, unos toques aquí y allá —respondió la chica—. Entonces, mi cuerpo…

—Muerto —dijo Billy.

—Pero tú estás viva y bien viva —se apresuró a decir su compañero.

Kakashi había formado su avatar con su mismo rostro de ojos negros rasgados, finos labios rojos y nariz respingona, pero había hecho crecer su pelo, negro y liso, hasta la mitad de la espalda, y se había dado una armadura. Nada menos que una armadura. Que, sin saber David y Billy muy bien cómo, realzaba su figura femenina.

También podía deberse a que llevaban mucho tiempo sin ver a una mujer.

La chica probó su consola virtual. Funcionaba correctamente. Respiró aliviada. Se movía, sentía, pensaba. No parecía que hubiera ocurrido nada especial. Excepto que su cuerpo estaba muerto en su habitación y ella estaba en el ciberespacio con una armadura.

—¿Y ahora qué? ¿Alguna idea de cómo parar a vuestra «hija»?

—Directa, además. Nos vamos a llevar bien —dijo David—. Sube al coche, que te enseñaremos el lugar mientras hablamos un rato.

Kakashi se quedó mirando el Hummer virtual.

—¿Por qué ese chisme?

—Es amplio, cómodo, blindado… —dijo David.

La chica abrió su consola y tecleó una serie de órdenes. Le aparecieron dos alas a los lados y se elevó sobre ellos.

—¿Por qué no volar?

Billy la miraba sonriendo. Tenía que reconocer que había supuesto un soplo de aire fresco.

—Estás camuflada, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí, tranquilo. Incorporé vuestra rutina de camuflaje a todo el encapsulamiento.

Subió un poco más, lo suficiente para mirar la ciudad a vista de pájaro. Estaba más asustada de lo que quería reconocer, pero también maravillada. A sus pies, una ciudad perfectamente reticular con altos edificios de líneas vivas y luces de neón. Un poco más allá, la naturaleza virtual, con sus árboles fractales e, incluso, montañas en el horizonte. Era extraño, prodigioso y familiar a la vez, y eso le daba aún más miedo.

Descendió.

—Muy bien —dijo mientras se dirigía al Hummer—. Ponedme al día.

Poder

—¿Tienes los datos que te pedí?

—Sí, señor. Lo tenemos atrapado.

—¡Bien! A ver ahora qué dicen los Demócratas.

Por fin el candidato republicano, Carl Shepard, tenía las pruebas que necesitaba para lanzar la acusación de forma oficial. Llevaba sospechando bastante tiempo que el candidato demócrata, Robert Alistair Ayden, era un robot. Ni más ni menos.

Hasta el momento solo había podido lanzar pequeñas indirectas no demasiado comprometedoras, pullas que buscaban más ridiculizar al candidato ante los votantes que mostrar de forma clara las sospechas que albergaba. No era prudente ir más allá.

Pero ahora… Había conseguido nada menos que el número de serie del robot. Un modelo diseñado según los nuevos parámetros que seguía Home Robots, con mayor grado de libertad. Él estaba seguro de que el candidato no era otra cosa que una punta de lanza para que la multinacional controlara el país.

No iba a permitirlo.

Y si de paso eso le llevaba a la presidencia de los Estados Unidos de América, mucho mejor.

Convocó a los medios para dar la que iba a ser la rueda de prensa que le catapultaría a la Casa Blanca. Lleno de confianza se situó en el atril y comenzó a hablar:

—Queridos compatriotas. No se os habrá escapado que, a lo largo de esta campaña electoral, he realizado diversos comentarios insinuando que el señor Ayden, candidato de los Demócratas, es más bien robótico. Debo decir que no me basaba solo en la necesidad de decir algo chistoso sobre su forma de ser, sino que tenía la sospecha de que, en realidad, era un robot.

Un murmullo se extendió por la sala. Shepard esperó a que se acallara.

—Sí, tenía mis sospechas. Y mi deber como patriota era confirmarlas antes de poder lanzar una acusación en firme. Porque, siendo realistas, ¿queremos un robot como presidente de los Estados

Unidos? Aunque los hayamos reconocido como seres personales, eso no hace que dejen de obedecer a la programación que se les introduzca. Y la sola posibilidad de que un presidente robótico tuviera unas instrucciones contrarias a los intereses americanos sería suficiente, en mi humilde opinión, para invalidar su candidatura.

»Pero si bien he dicho que tenía mis sospechas, en pasado, ahora puedo decir que tengo la certeza de que el señor Robert Alistair Ayden es un robot. La documentación que lo demuestra les está siendo entregada en estos momentos, no voy a pararme a analizarla. Es lo bastante evidente. El candidato demócrata es un robot. Por tanto, quiero preguntar a los votantes de esta gran nación si quieren que les gobierne un humano o un robot. Y al partido demócrata me gustaría preguntarle si sabían lo que es su candidato o actuaban sin conocimiento de este dato. Porque no me parece correcto que se lo hayan estado ocultando al pueblo americano.

La rueda de prensa, como el candidato republicano esperaba, provocó un gran revuelo. Unos se escandalizaron por encontrarse con que un robot pudiera llegar a ser su presidente. Otros, porque los primeros no parecían haber aceptado en realidad a los robots como personas, lo que los convertía a sus ojos en hipócritas de primera.

La respuesta del otro partido no tardó. Robert Alistair Ayden apareció ante los medios sonriente, sin dar la impresión de que estuviera jugándose la presidencia de Estados Unidos.

—Amigos, amigos —dijo mientras mostraba las palmas de las manos como para apaciguar a los periodistas—, tomen asiento. Esto no va a durar mucho.

»Mi colega, el candidato republicano, ha echado en cara a mi partido y a mí mismo que no pusiera en conocimiento de todo el mundo que yo sea un robot. Porque, señores, lo soy. Y no me avergüenzo de ello —mostró una sonrisa amplia, con un cierto toque irónico—. Señores, por favor… —el murmullo que esa declaración había provocado fue decayendo—. Como decía, soy un robot. Mi partido lo sabía desde el principio, por supuesto. De hecho, no fue a mí a quien se le ocurrió en un principio que me presentara como candidato.

»Ahora bien, la sorpresa de mi colega es poco justificada. Primero, porque se supone que los robots ya somos considerados personas, con lo que no parece de muy buen gusto intentar denigrarme por serlo.

»Y, en segundo lugar… Señores, echen un vistazo al informe que tienen entre las manos. Verán una lista de empresas y una de ciudades. Pues bien, son empresas en las que el presidente es un robot.

Y ciudades en las que el alcalde es… ¿lo adivinan? En efecto, un robot. Observarán que incluso Home Robots está presidida por un robot. Creo que no es algo que deba extrañar a nadie. Los robots fuimos desde el primer momento diseñados para ayudar al ser humano. Para servirle. Hemos demostrado ser excelentes gestores. Pregunten, sé que lo harán, a quienes viven en esas ciudades y a quienes trabajan en esas empresas. ¿Qué mejor forma de comprobar hasta qué punto un robot puede ejercer un trabajo de servicio dentro del liderazgo? ¿A Nueva York le está yendo mal con un alcalde robótico? ¿Home Robots está en quiebra?

»La esencia del robot es el servicio al ser humano. Y la política siempre ha sido una vocación de servicio al pueblo. Solo les pido que confíen en la experiencia y nos dejen trabajar.

»Muchas gracias.

El robot ganó las elecciones con un amplio margen. Su oponente, todo hay que decirlo, aceptó la derrota con deportividad. Había jugado, había apostado su victoria a una sola carta y había perdido. Quizá estaba demasiado chapado a la antigua y esperaba que los demás lo estuvieran también. En un mundo conectado, en el que humanos y robots parecían haberse adaptado a considerarse iguales, había sido una causa perdida desde el principio.

Ambos se reunieron a petición del nuevo presidente de EEUU.

—¿Debo esperar una oposición encarnizada por tu parte, Carl?

—No se equivoque, señor presidente. Soy leal al cargo, pero no necesariamente a la persona. Me opondré a toda medida que me parezca mínimamente reprochable. Pero el pueblo americano ha hablado y tengo que aceptar su veredicto.

—No esperaba otra cosa. ¿Y tanto rechazo solo porque soy un robot? No le tenía por un hipócrita, Carl. Usted contrató robots para su campaña. Incluso tiene robots en su casa.

—Los robots nunca debieron haberse declarado personas. Usted lo sabe tan bien como yo.

El presidente ensanchó su sonrisa.

—Tenga cuidado con lo que dice, amigo mío. Yo se lo permito, pero si sigue hablando así puede buscarse un lío. La ley es la ley.

—La ley a veces se equivoca. No toda ley es justa.

—La ley emana del pueblo. Si ha decidido que somos iguales, lo somos. Nadie está por encima de la ley.

—Por mucho que la ley diga algo, no va a cambiar los hechos. No se puede llamar igual a dos cosas diferentes. Un robot no es ni nunca

será igual que un ser humano.

—Ya veo. Posturas irreconciliables. Por desgracia para usted, los tiempos no van a su ritmo. Y me alegro. No sería posible ningún progreso.

—¿Qué quiere de mí, señor presidente? —dijo Shepard con hastío—. Ya le he dicho que seré leal a su cargo.

—Me habría gustado que llegáramos a un entendimiento mutuo. De robot a robot.

El republicano le miró con una mezcla de sorpresa y desdén.

—¿Con quién cree que está hablando? Me parece una broma de muy mal gusto.

—El ser humano no deja de ser un robot, Carl. Un robot inferior en muchos sentidos.

Shepard fue a replicar, pero el presidente alzó una mano para interrumpirle.

—No vamos a entrar en la típica discusión sobre el libre albedrío. Ni siquiera ustedes saben lo que es, aunque no paran de mencionarlo. No somos tan diferentes.

—¿Ustedes? ¿Nosotros? ¿Quiere que me crea que va a gobernar para todo el pueblo americano cuando no para de hacer esas distinciones?

—Lo haré, Carl, porque son solo distinciones semánticas. Para mí, somos iguales en esencia.

—Si no se le ofrece nada más, señor presidente, tengo un gran país por el que preocuparme.

Sin embargo, Carl Shepard no era el único que no quería tener un robot como presidente. En algunas ciudades, sobre todo en las que había alcaldes robóticos, comenzó a haber revueltas. Al principio no pasaban de concentraciones pacíficas. Poco después, empezó a haber tumultos y amenazas.

—Hay una serie de personas que no aceptan el resultado de la democracia que tan grande ha hecho a este país —dijo el presidente en una rueda de prensa—. Solo quiero recordarles que el pueblo ha hablado con meridiana claridad y que en democracia se acepta el poder del pueblo aunque su resultado no guste.

»Dicho esto, debo dejar claro que no voy a permitir que una minoría que no quiere cumplir las reglas democráticas interrumpa el buen funcionamiento del país. América no me lo perdonaría. Por tanto, les emplazo a abandonar la violencia o me veré obligado a actuar.

La declaración, en lugar de mejorar la situación, la empeoró. Las amenazas pasaron a los hechos. Se desplegó a la policía con órdenes estrictas de sofocar las revueltas.

Y las sofocaron.

El orden volvió a Estados Unidos.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Kakashi.

—Lo hemos visto —respondió David por los dos.

—¿Ya no hay policías humanos?

—Creo que todavía quedan —dijo Billy—. Relegados a tareas administrativas.

—Han ido sustituyendo a los policías humanos por robots poco a poco, sin llamar la atención —dijo David.

—No creo que se hayan limitado a la policía. Estoy convencida de que el ejército también cuenta con una buena cantidad de androides unidos a la voluntad de *vuestra* Amy. Y si no son robots, serán personas conectadas a la IA mediante el implante cerebral —dijo Kakashi.

—Ya estamos con lo de *nuestra* Amy —dijo Billy—. ¿Cuántas veces nos tenemos que disculpar?

—Chicos, un poco de tranquilidad —dijo David—. Me parece que podemos afirmar que Amy ha tomado el control de una forma silenciosa y discreta. Sería mucho más positivo que nos centráramos en detenerla, ¿no creéis? Pues venga, dejémonos de discusiones tontas y ¡a trabajar!

Agradecimientos

En cada libro que termino me encuentro con el momento en el que toca dar las gracias. El trabajo de un escritor es solitario en su mayor parte, eso no lo puedo negar. Pero siempre hay algunas personas que te han ayudado, te han influido o, sencillamente, te han apoyado cuando otros no lo han hecho. Y lo justo es, al menos, dar las gracias.

Siempre le doy las gracias a mi mujer. No solo por su apoyo moral, también por el tiempo que pasa ayudándome a revisar cada libro. Yo solo no llegaría a dejar los libros con la misma calidad. Por otra parte, no sé si te habrás fijado en las magníficas cubiertas de mis libros. Pues las hace ella. Como para no agradecérselo.

También quiero dar las gracias a mis hijos. Todavía son pequeños, pero veo en ellos un amor por la lectura y los libros que me hace estar orgulloso. Además, te voy a contar un secreto: he descubierto que un buen antídoto para quitarte las penas es escuchar la risa de un bebé. Sobre todo, si eres tú el que le hace reír.

No puedo olvidarme de agradecer a Lisa Nicholas su trabajo traduciendo mis libros al inglés.

Y, por supuesto, gracias a ti, que eres de los pocos que leen los agradecimientos de los libros. Yo también lo hago, aunque tengo que reconocer que me salto los bloques en los que hay muchos nombres. Espero que sigas acompañándome para que podamos ver juntos a dónde nos lleva esta historia.

Índice

Dentro de la Red

Recuerdos de muerte

No solo metal

Contacto inesperado

Libertad

Sí, quiero

Creación

Mejora continua

Kakashi

Poder

Agradecimientos